

Sergio González Ruiz

Veintiséis leyendas panameñas



Luisita Aguilera P.

Tradiciones y leyendas panameñas



*B*iblioteca de la *N*acionalidad
AUTORIDAD DEL CANAL DE PANAMÁ

Veintiséis leyendas panameñas



**Tradiciones y leyendas
panameñas**

Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.

•••••

Sergio González Ruiz
**Veintiséis leyendas
panameñas**



Luisita Aguilera P.
**Tradiciones y leyendas
panameñas**

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría Editorial

Natalia Ruiz Pino

Juan Torres Mantilla

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho



P.
863 González Ruiz, Sergio
G589v **Veintiséis leyendas panameñas**/Sergio González
Ruiz.— Panamá: Autoridad del Canal, 1999.
134 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Na-
cionalidad)
Contenido: **Tradiciones y leyendas panameñas**/
Luisita Aguilera P. 158 páginas.
ISBN 9962-607-13-2
1. NOVELA PANAMEÑA
2. LITERATURA PANAMEÑA-NOVELA
I. Título

La presente edición se publica con autorización de los propietarios
de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,
sin permiso escrito del editor.

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista
de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD**
Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

Presentación

Veintiséis leyendas panameñas del doctor Sergio González Ruiz son pruebas de esta realidad. Los relatos preñados de grandes fantasías despiertan la imaginación y curiosidad de cualquiera que los escuche. En ellas la inteligencia se subordina a la imaginación soñadora del relato, que no permite ver la realidad por más que sus hechos demuestren lo contrario. Todos los que hemos visitado la región sur de la Península de Azuero, hemos visto aquellas dos grandes formaciones rocosas que emergen de las aguas de nuestro Océano Pacífico y a las cuales identificamos como Las Comadres. ¿Pero qué fuera de este sitio si no estuviera matizado por el misterio y fantasía de la narración popular tipificada como leyenda? El pueblo primitivo y civilizado ve en aquellas dos rocas a Ana Matilde y a Juanita, y aunque muchos no aceptan en público el suceso mudo, en la intimidad de su pensar, Las Comadres y su playa son testimonio de una herencia que recoge generaciones tras generaciones como bien certifica el autor al referirse a sus padres de quienes las aprendió, “con su peculiar lenguaje vernáculo”. Sergio González Ruiz, es un fiel amante de las raíces y costumbres de sus antepasados. Para aquel distinguido médico cirujano y oftalmólogo, escritor, poeta y político, los quehaceres del pueblo son cosas propias con las cuales se ve identificado desde su niñez en su pueblo natal, Las Tablas. Para Sergio González Ruiz, su colección satisface un anhelo: “El anhelo de perpetuar lo nuestro, lo que es nuestra herencia y que se nos va, se nos escapa, con la

PRESENTACIÓN

partida de los viejos hacia la eternidad”, como bien prologa su obra. Es que con la partida de cada informante narrador se nos van cien años de historia no escrita, irremplazable e insustituible para la historia de la humanidad. Cada una de las veintiséis leyendas recoge un comienzo, un clímax y un final en el cual se mueve la trama.

El repertorio de relatos recoge varias clases de leyenda, las hay: animísticas como *Las comadres*, *El entierro y el ánima*, *La niña encantada del salto del Pilon*, *La misa de las ánimas*, *La silampa*, *La tepesa*, *Señiles*, *Setetule*. Son leyendas de almas y espíritus en pena. Otro grupo está representado en las etiológicas como *El loro de doña Pancha* y *La pavita de tierra*, en donde se resalta la causa de las cosas. Además, la obra del galeno santeño muestra leyendas heroicas como *El zajorí de la Llana*, al igual que la leyenda religiosa como las tituladas: *La leyenda de Santa Librada*, *El árbol santo de Río de Jesús* o *El Esquipulas y los esquipulitas*. La contribución del galeno tableño ha permitido el salvamento de un material sensible, que dada su condición de oralidad dentro de la recomposición de las nuevas formas de vida que provocan el abandono de expresiones de nuestra narrativa popular. En su presentación hay que reconocer una intención de rescate del contenido, matizado de una forma que combina “uno que otro adorno y aderezo” dentro del estilo popular, pero con clara preeminencia de éste. Se advierte que las veintiséis leyendas son auténticas narraciones de nuestro pueblo, fiel herencia del tiempo y su tradición.

Sergio González Ruiz nació en Las Tablas, Provincia de Los Santos, el 8 de enero de 1902. Bachiller del Instituto Nacional y graduado de médico cirujano de la Universidad de Pensylvania, Filadelfia, EE.UU., ejerció la profesión de médico en pueblos del interior y la ciudad capital, en donde se distinguió al ocupar cargos de gran responsabilidad. En su vida pública fue Presidente de la República, a.i., Ministro de Estado y Diputado a la Asamblea Nacional de Panamá. Su producción bibliográfica abarca en-

PRESENTACIÓN

sayos y artículos literarios y científicos, entre otros un trabajo sobre *El síndrome de Vogt Koyanayi* publicado en la Revista Estudio e Informaciones Oftalmológicas, de Barcelona-España; otro sobre *Transplantes corneales*, sobre la operación de *Schepens para el desprendimiento de retina* y un importante trabajo sobre *Toxoplasmosis ocular en Panamá*, publicado en los Anales del Instituto Barraquer de Barcelona. En el orden literario ha publicado diversos poemas en periódicos locales y un libro de versos titulado *Momentos líricos*.

Concluye este recorrido con la obra y personalidad de Luisita Aguilera Patiño, dedicada y abnegada educadora de nuestras aulas universitarias donde dedica sus mejores esfuerzos a la enseñanza de nuestra lengua madre. Luisita estudia en Chile donde inicia su incursión por el mundo de las tradiciones populares y de la cual es fruto un importante estudio dedicado al refranero panameño, donde se compila una extensa muestra de aquellas frases que dibujan la filosofía del pueblo en sus más variadas formas de pensar. Es por todo ello una contribución que merece ser consultada. Pero Luisita también camina por los senderos de la literatura costumbrista o la proyección estética del folklore. Este es el caso de “los creadores cultos que redescubren las costumbres de las clases populares suburbanas y rurales, y su reproducción en todas las formas poéticas y literarias”, como bien apunta el argentino Carlos Vega en su tratado *La ciencia del folklore*. **Tradiciones y leyendas panameñas** es lo anterior, la mano culta con su forma y estilo moldeando el hecho manejado por el pueblo. Todas y cada una de las leyendas insertadas en el texto tienen su origen en las mentes de nuestros hombres y mujeres folk, de allí salen al gabinete de nuestra distinguida escritora quien con la habilidad que le es característica “le da un bien logrado intento de vaciar esa herencia del pasado en un molde literario de suave belleza”, a buen decir del chileno Rodolfo Oroz, en 1956. Luisita Aguilera persigue valorar el patrimonio imaginativo de su tierra. Salida de las entrañas del país profundo, encuentra en la

PRESENTACIÓN

leyenda un material familiar, conocido y conveniente a su propósito por lo cual no cabe indagar un interés científico sino el interés literario de la pluma que revela sus emociones, su ternura o su “trágica melancolía”. Es la pluma de Luisita la que escribe, no es la transcripción fiel de la prosa popular con los giros y expresiones propios del alma del pueblo.

Rodolfo Oroz describe con agudeza la arquitectura de la prosa de Luisita Aguilera al decir que es “sobria, sin amaneramientos y complicaciones, sin imágenes inútiles, sin futilidades. Y debido a esta sencillez y severidad artística que renuncia al encaje literario superfluo, su estilo depurado proporciona hondo gozo espiritual al lector”.

La producción literaria de Luisita Aguilera Patiño comprende obras como **El Panameño visto a través de su lenguaje**, **Leyendas y tradiciones de Panamá**, **El refranero panameño**, entre otras.

JULIO AROSEMENA MORENO

Panamá, 1999

Sergio González Ruiz

**Veintiséis leyendas
panameñas**



La leyenda panameña y Sergio González

AGUSTÍN DEL SAZ Y SÁNCHEZ



Publicado en *La Prensa* de Barcelona, apareció el 4 del presente mes de agosto un inteligente comentario de la obra de nuestro distinguido compatriota, Doctor Sergio González, intitulada *Veintiséis leyendas panameñas*, que obtuvo alto puesto de honor en el último concurso literario nacional Ricardo Miró.

El autor de tan atinado comentario es el muy recordado profesor de español Don Agustín del Saz y Sánchez, uno de los más prestigiosos valores de la intelectualidad española contemporánea, gran escritor y cultor de nuestra lengua castellana.

Aquí se le recuerda con gratitud y cariño por haber sido por largos años profesor del Instituto Nacional y de nuestra entonces recién creada Universidad.

Ofrecemos a continuación el trabajo del Profesor del Saz, quien regenta en la actualidad una cátedra de castellano en prestigioso Centro Universitario barcelonés.

«**L**os escritores más arraigados a la patria siempre se han sentido atraídos por la tradición como expresión material y espiritual de su pueblo. Sergio González, médico panameño que de sus tierras tableñas fue a graduarse en Pensilvania, que conoce minuciosamente los pueblos interioranos de Panamá, que ha vivido sus luchas políticas hasta ser Ministro de Estado y candidato a la presidencia de la República que ha convivido con los intelectuales de la capital, lanza ahora *Veintiséis Leyendas Panameñas*, que a su poética tradición unen un orgulloso sentir patriótico.

SERGIO GONZÁLEZ RUIZ

El alma de pueblitos y campitos, empapada de panameñismo auténtico tiene todo el interés y encanto de las bellas verdades y mentiras viejas. Estas leyendas algunas las había oído en Panamá, como “El padre sin cabeza”, otras son variantes de tradiciones españolas como “La misa de las ánimas”, otras reminiscencias indígenas americanas como “La Tepesa”, de rasgos amazónicos. Todo es tan panameño, tan interiorano, tan bellamente impregnado de supersticiones, de gracias, y pecados campesinos, que la avaricia y la lujuria se extendió como una neblina poética, ya como silampa, ya como ánima irredenta. Montes, piedras, ríos, árboles, animales y hombres, todo pone en vigencia esa lucha sempiterna entre el alma y el cuerpo. Hasta las piedras tienen tradición de personas (“Las Comadres”), y las ánimas, interviniendo, traen los recuerdos pasados y actualizan los viejos pecados eternos.

Del terror a lo desconocido nos libra la Virgen en su devoción criolla y esos niños que protegen, a quienes los sostienen en sus brazos, de las almas en pena. Sergio González, político y médico panameño, con la más noble sencillez de expresión, nos ha narrado estas leyendas que acaban de editarse en Panamá. El narrador sostiene tal atracción en su prosa que no es posible dejar de leer todas sus leyendas después de conocer una.»

(Publicado en *La Estrella de Panamá*, el lunes 24 de agosto de 1953.)

Prólogo

*E*stas leyendas, sencillas algunas y sentimentales otras, como el alma del pueblo que las ha creado, han sido escritas para satisfacer un anhelo: el anhelo de perpetuar lo nuestro, lo que es nuestra herencia y que se nos va, se nos escapa, con la partida de los viejos hacia la eternidad y la afluencia constante de elementos y de influencias extrañas que le van quitando gusto y fisonomía a nuestras costumbres y a nuestras tradiciones.

No pretendo originalidad, si no es en la forma y en uno que otro adorno y aderezo de algunas leyendas demasiado ingenuas o simples para ser interesantes. Pero sí reclamo para ellas un mérito y es el de ser auténticas y fieles a la tradición popular; y otro, el de haber sido escritas con cariño y con amor: con el cariño que se tiene por las cosas de la patria y de la raza y con el amor que inspiran las creencias de nuestros padres y los relatos hechos por ellos para nosotros, a la luz de la lumbre, cuando de niños nos dormíamos abrazados a sus rodillas o en el regazo de sus brazos cariñosos.

Yo habría deseado publicar esta obra antes y haber gozado el placer de leerle a quien fue el mayor inspirador de estas leyendas, mi querido padre, Don Francisco González Roca (ciego desde hacía años) el producto en su forma final. Pero desgraciadamente se adelantó la muerte y se llevó el mejor de los padres y uno de los más justos de los hombres que he conocido, antes de que nuestras leyendas vieran la luz. La mayoría de ellas las aprendí de sus labios o de los labios de mi madre, su abnegada compañera, y algunas están relatadas casi literalmente como él las contaba en su peculiar lenguaje vernáculo y con todo el sabor local que tenían los relatos de un hombre tan apegado al terruño y tan enamorado de su tierra (y de las cosas de su tierra) como él;

SERGIO GONZÁLEZ RUIZ

porque difícilmente podría encontrarse otro hombre más conmovedoramente leal a su tierra nativa y más amante de todo lo de ella, de sus gentes, de sus tradiciones y de sus costumbres, que Francisco González Roca, a quien deseo de todo corazón y con toda justicia rendir el tributo póstumo de mi doble gratitud por su desinteresada colaboración y, sobre todo, por haberme enseñado, entre otras tantas cosas que me enseñó en la vida, a querer y apreciar lo nuestro por encima de todo.

Panamá, mayo de 1952.

S.G.R.

Las Comadres

Pasó hace mucho, muchísimo tiempo. Entonces, como ahora, las niñas vecinas jugaban en la calle en las noches de luna, a la “pájara pinta”, al “ternerito salí de mi huerta”, al “Mirón, mirón, mirón” y cantaban bellos romances como aquel que decía:

—Hilito de oro, hilito de oro
Que quebrándose me viene
¡qué lindas, señora,
qué hijas tiene!

—Yo las tengo, yo las tengo,
Las sabré mantener.
Con el pan que yo comiere
Comerán ellas también.

—Yo me voy enojado
a los palacios del Rey
A contarle a mi señor
Lo que vos me respondéis.

—Vuelve acá escudero honrado,
Tan honrado y tan cortés
Que de las tres hijas que tengo
La mejor te daré.

SERGIO GONZÁLEZ RUIZ

—Ésta escojo, ésta escojo
Por esposa y por mujer
Que parece una rosita
Acabadita de nacer.

—Lo que te encargo, escudero,
es que me la trates muy bien,
Sentadita en silla de oro
Tirándole cartas al Rey.

Era la misma gente, sólo que más atrasada en muchas cosas que la de hoy día y con costumbres más sencillas y más severas tal vez, pero con las mismas virtudes y defectos, los mismos sentimientos y las mismas pasiones.

Las niñas y los niños jugaban aparte; y los niños, en general, eran tratados como niños y obedecían y respetaban a sus padres en vez de hacer su soberana voluntad como es ahora la regla. A las ocho de la noche todos estaban recogidos en casa, decían “el bendito” a sus padres y, con un beso de éstos, se iban a la cama.

Jugaban también las niñas “a las muñecas” y a “las amas de casa”. Hacían a veces, en verano, en los patios, a la sombra de los árboles de mango, o de los cerezos u otros árboles frutales, “covachas” con petates o con hojas de cañas o pencas secas de palmas o hacían enramadas; y allí jugaban “a las comadres” y, en compañía, hacían “cocinados”, reales o ficticios, según la edad de las niñas; todo con la ayuda de alguna persona grande, generalmente la mamá de alguna de ellas, que era la que en realidad cargaba con el peso del trabajo si el “cocinado” resultaba de verdad. En estos juegos solían participar también niños varones que eran los encargados de recoger leña, de acarrear el mobiliario, de enterrar las horquetas para la enramada, de cargar el agua, de las tareas más pesadas, en fin.

En esos juegos inocentes primero, en los juegos de prendas después y en la misa los domingos, en las procesiones y en las

“rogativas”, en los paseos a la playa, etc., niñas y niños empezaban a conocerse, a tratarse, más o menos a distancia. A admirarse de lejos, a hacerse señitas y a enamorarse finalmente.

Después venían las palabras deslizadas al oído lo más discretamente posible, en las ocasiones propicias, los regalos furtivos de un pañuelo o de un rizo, de un perfume o de una flor; las serenatas y, al fin, la declaración formal, el permiso de los padres para las visitas, el noviazgo y el matrimonio, cuando no la cita a hurtadillas, los amores clandestinos y la fuga, que ha sido siempre lo más frecuente. Fulano “se sacó” a Zutana era la noticia principal del pueblo una mañana cualquiera y la mayoría de estas uniones duraban para toda la vida con o sin la bendición del cura. Otras fracasaban aunque hubieran sido legítimas. Lo mismo que hoy.

•••••

Ana Matilde Espino y Juanita Villarreal eran vecinas y amigas entrañables. Habían crecido juntas, pues habían nacido y pasado su niñez en dos casas contiguas, de familias amigas de toda la vida. Juntas jugaron de niñas, juntas fueron a la escuela y, después, ya señoritas, juntas iban a todas partes: a misa, a las novenas, a las procesiones, a los juegos de prenda, a los bailes, a las fiestas, a los paseos a la playa; en fin, a todas partes.

Cuando de niñas jugaban en el patio haciendo “cocinados”, se llamaban “comadres” y así siguieron llamándose siempre; y como se querían sinceramente hacían los planes más inocentes y peregrinos. Decían primero que no se casarían nunca, que siempre seguirían juntas; pero si llegaban a admitir que una de las dos se casara algún día, decían que la otra sería su comadre, de veras entonces, porque sería la madrina del primer hijo y viviría, además, en la misma casa con la comadre.

Pasó el tiempo y fatalmente llegó un día cuando una de las amigas, Juanita, se enamoró con un guapo mozo del pueblo que, sin embargo, no tenía la aprobación de los padres de la joven. Serenatas van y serenatas vienen; acecho a la entrada o a la salida

de la iglesia; un papelito hoy y otro mañana, el joven tenía que valerse de toda clase de habilidades para comunicarse con Juanita, que estaba celosamente vigilada por sus padres y por la “servidumbre” de la casa.

Juanita era bella y dulce, pero recatada y tímida. Sentía cariño por Juan José Delgado, el guapo mozo, y se sentía halagada por la corte que éste le hacía; la oposición de los padres contribuía también a aumentar su interés por el joven. Pero no podían verse con frecuencia ni hablar como era debido y esto los desesperaba a los dos. Hasta que se le ocurrió un día la idea a Juan José de buscar la ayuda de Ana Matilde, la amiga íntima y confidente de Juanita, y amiga suya también. Así comenzó a visitar con frecuencia a su amiga Ana, joven también, bella y hermosa, de carácter alegre y jovial. Acompañados de la guitarra, que ella tocaba “divinamente”, cantaban juntos bellas y románticas canciones que Juanita escuchaba desde la casa vecina, sabiendo que eran para ella. Una salida al portal les daba a los jóvenes enamorados la oportunidad de cruzar un saludo, una sonrisa o, si no había moros en la costa, de hablar algunas palabras. A veces venía el joven a casa de Ana, evitando ser visto por la gente de la casa del lado y un momento después llamaba Ana Matilde a “su comadre” Juanita para “decirle una cosa”; y así tenían los enamorados una oportunidad de verse.

Los amores de Juanita y Juan José progresaron gracias a la ayuda de la comadrita querida, cada día más amable, más angelical. ¡Qué buena era Ana Matilde! Los dos enamorados la idolatraban y ella, a su vez, los quería con toda el alma. A su “comadrita” la quería Ana desde la infancia; era como una hermana; y al joven Juan José, tan inteligente, tan ocurrente y tan alegre, ella le había tenido siempre mucha simpatía y ahora que lo había tratado de cerca y con frecuencia y que estaba de novio con su amiga, lo quería más y encontraba su compañía encantadora. Cuando por alguna circunstancia él no venía a la casa, ella, casi sin darse cuenta, pasaba inquieta y apesadumbrada ; y cuando

él venía ¡qué alegría tan grande la que sentía! Tomaba la guitarra en sus brazos y le arrancaba notas sublimes. Cantaban y reían un rato, antes de que se les juntara Juanita... Y cuando ya “enseriaron” los amores Juanita y Juan José, vencidos al fin los reparos de la familia Espino, y éste visitaba ya a su novia en su propia casa, Ana Matilde no pudo evitar una tristeza, muy delicada pero muy honda, que supo disimular pero que estaba ahí en su corazón, a pesar suyo.

•••••

Llegó al fin el día del matrimonio de Juanita y Juan José. Ana Matilde fue Dama de Honor de “su comadrita” querida. Después de la ceremonia y de la celebración alegre y fastuosa, hubo besos y lágrimas, votos de felicidad, recuerdos y añoranzas... y promesas, muchas promesas, antes de la despedida. Juanita y Juan José se fueron a pasar la luna de miel a la finca y Ana quedó sola en su casa, desolada y triste. Pero al regreso de los esposos, la visitaron, la agasajaron y la invitaron a venir a su casa todos los días. Las dos amigas queridas pasaban horas enteras cosiendo o bordando o simplemente charlando y jugando, mientras Juan José se iba a sus quehaceres. Muchas veces comían juntos los tres y después de la celebración iban los dos esposos a casa de Ana Matilde, en donde pasaban la velada.

Cuando Juanita salió encinta se renovaron los propósitos de encompadrar. Ana Matilde sería la madrina del nene y así fue. Un hermoso niño vino, pues, a completar la felicidad del nuevo hogar y “la comadre” Ana fue la madrina.

¡Alegría! ¡entusiasmo! ¡fiesta! el día del bautizo del niño. Lo llevaron a la iglesia con música. Repicaron las campanas del pueblo cuando el padre derramó sobre la cabecita inocente las aguas bautismales. Después, brindis con las bebidas más finas, comida abundante, fuegos artificiales, en la noche, y, finalmente un regio baile.

Ana jugaba ahora con su ahijado como antaño jugaba con las muñecas. Le “hablaba chiquito”, le decía cosas dulces y, sin pensarlo, lo llamaba a veces “niño lindo de papá”, cuando estaban

solos; y sentía una ternura exquisita, casi maternal. Otras veces, al hablarle con dulzura al nene, inconscientemente miraba al padre; y al encontrarse sus miradas, ella temblaba toda y se sonrojaba, pero pronto se sobreponía y pasaba su turbación; disimulaba y se iba. Pero Juan José poco a poco fue dándose cuenta de lo que pasaba en el alma de su comadre y empezó también, a pesar suyo, a mirarla con malicia, a pensar en ella con insistencia y a reparar en sus encantos.

Una tarde llegó a su casa y encontró allí sola a Ana Matilde que mecía al nene en una hamaquita especial que le tenían. (Su comadre le había pedido que se lo cuidara mientras ella salía a una diligencia). Estaba de espaldas. Tenía el pelo recogido en un rodete sobre la cabeza y la nuca descubierta. Juan José llegó por detrás, suavemente, hasta cerca de ella que, al sentir su proximidad, sentía también en la nuca el hechizo de su mirada ardiente. Juan José contempló aquella cabeza adorable y aquella nuca tan blanca y tan linda y, sin saber bien lo que hacía, la besó con inusitado ardor; buscó luego los labios... Ella quería resistir pero no supo qué le pasaba que se sintió incapaz de hacerlo como si se hubiese quedado paralizada y, finalmente, correspondió el beso con toda la sed contenida de un amor que tanto tiempo había sentido en silencio.

•••••

Hacía ya días que Ana Matilde no venía a visitar a sus compadres. Siempre estaba esquiva, siempre tenía algo que hacer. Evidentemente, evitaba a Juan José. Pero Juanita, inocente y siempre cariñosa y amable, creía en sus excusas e iba a verla a la casa suya y a veces la ayudaba en los quehaceres domésticos. Se llevaba en ocasiones el nene a casa de su amiga y así pasaban juntas algún tiempo. Finalmente, Ana Matilde volvió a frecuentar la casa de sus compadres. Volvieron a ser como antes.

•••••

Ahora había llegado Agosto y los paseos a la playa estaban en su apogeo. Juanita había invitado a Ana Matilde y a otras amigas y amigos a un paseo el sábado siguiente.

De todas partes del pueblo y de los campos vecinos bajaron ese día a la playa familias enteras en carretas y a caballo. La playa estaba “invadida”. Todos los lugares de sombra fueron aprovechados por la gente, evitando solamente la sombra malsana de los manzanillos. Las carretas con sus toldos de “encerado” servían también de refugio para el sol y en caso de lluvia.

La playa era amplia; lisa y casi plana, tal como es hoy. Tenía sólo un ligero declive, lo que la hacía bastante segura. Había una loma y junto a los pies de ésta una albina pequeña a la cual penetraba un estero. Una barra de piedras veíase allí cerca de la loma, frente a la boca del estero y hacia la mano izquierda. Hacia la derecha se extendía la playa como una franja interminable, bordeando el mar, y limitada atrás por una serie o sucesión de pequeñas dunas de arena blanca y finísima cubiertas a trechos, por el verde encaje de las parras de “batatilla”.

Se bañaba mucha gente frente a la “llegada” o sitio más próximo al fin del camino, a la margen derecha del estero. Más hacia la derecha, a medida que se alejaba uno de este lugar, había menos y menos gente. En uno de estos sitios más solitarios se bañaban “las comadres”, que habían elegido un bonito “real”, fresco y sombrío, ahí cerca, detrás de las dunas.

Al medio día muchos se quedaron durmiendo la siesta a la sombra de los mangles, agayos, y palos de maquenca. Juanita, que había estado durmiendo un rato, despertó de pronto, sobresaltada. Había estado soñando algo desagradable pero no podía precisar qué. Buscó con la vista a su esposo y no lo encontró en donde lo había visto hacía poco aparentemente dormido. Tampoco estaba su comadre Ana en el sitio en donde estaba antes. Los demás estaban por allí tendidos debajo de los árboles callados, quietos, inmóviles. Miró hacia la playa. Estaba desierta. Ahora empezaba ella a darse cuenta de algo que había pasado por alto, que no había captado claramente en el momento oportuno; algo vago como un presentimiento, algo que había creído percibir en un cruce fugaz de miradas entre Ana Matilde y Juan José.

“Habían estado cantando los tres una bella canción de amor y ella había creído notar una mirada dulce de inteligencia entre los dos, pero al instante había desechado ese primer asomo de sospecha de su parte...” Se levantó, se fue resbalando, sigilosamente, por la suave arena, a veces de rodillas, a veces medio acostada, por entre las ramas bajas de árboles enanos, hasta que percibió un rumor de voces, y se detuvo a escuchar. No se oía bien. Avanzó un poco más y, detrás de un cerrito de arena, en una sombra formada por unas trepadoras y las ramas de unos “coquillos”, alcanzó a ver dos personas, un hombre y una mujer, que hablaban en voz muy queda. Aguantó la respiración. Vió que se abrazaban y se besaban. El corazón le saltó en el pecho y le “repiqueteó” en las sienes, anticipando el peligro. Había creído identificar al hombre. Era Juan José. Avanzó un poco más. Ahora veía mejor. “Era él, sin duda”. Se acercó más, jadeante ya de la emoción; y en un momento en que se separaron los cuerpos pudo ver claramente que el hombre era su marido y pudo ver también la cara de la mujer. “¡Era su amiga de infancia, su comadre Ana!” Por unos instantes se quedó extática, sin saber qué hacer. Tembló toda; creyó desfallecer; pero, sacando fuerzas de flaqueza, empezó a retroceder para no ser vista; y cuando ya estuvo segura de que no podían verla, quebró intencionalmente unas ramitas para hacer ruido, en la esperanza de que al oírlo terminarían el “odioso idilio”.

Regresó a su sitio, se tendió en la arena nuevamente y se fingió dormida. Casi al instante regresó la comadre Ana, con mucha cautela, pero evidentemente turbada y se acostó en la arena blanda y fresca, debajo del árbol de mangle, en el mismo sitio en donde había estado antes de acudir a la amorosa cita; y se quedó allí, inmóvil, aunque realmente presa de sobresalto y desesperación, aparentando lo mejor posible que dormía. El compadre no vino. Se fue por allá mismo a otro “real” en donde (pensaba él) diría más tarde que había pasado todo el tiempo.

—Comadre, despierte, que ha dormido ya mucho — (dijo al fin Juanita a su amiga, haciendo un gran esfuerzo para ser amable

y para que no le temblara la voz. Se había levantado y estaba de pies, cerca de Ana Matilde.)— Venga, vamos a darnos un baño — añadió.

Pálida y nerviosa se levantó Ana Matilde, haciendo milagros para disimular; y sin decir nada siguió obediente a su amiga que, dando media vuelta, se dirigió resueltamente hacia la orilla del mar. Entraron las dos hasta donde “reventaban” las olas. No había nadie más alrededor.

—Vamos a “lo hondo” —propuso Juanita, al mismo tiempo que empujaba hacia adentro un “tuco” de los muchos que empleaban los bañistas para flotar, agarrados a ellos y para nadar, mar adentro, hasta distancias a las cuales no podían llegar con la sola fuerza de sus brazos. Ana Matilde se agarró de un extremo del palo con una mano y comenzó a nadar con la otra, imitando a su amiga y las dos se fueron alejando de la orilla. Cuando estuvieron bien lejos, le dijo Juanita a su comadre lo que acababa de ver. Ana lamentó de todo corazón lo que había pasado; le pidió perdón; le confesó su lucha interior: cómo había tratado de alejarse de ellos; cómo había intentado dominar su pasión y cómo al fin había sido débil y no había podido evitar el incidente que acababa Juanita de presenciar. Juanita, a su vez, le hizo duras recriminaciones; la llamó falsa amiga; la maldijo. Las dos lloraron y se desearon la muerte como la única solución a su desgracia; y, finalmente, Juanita, en su desesperación y atormentada por los celos, con un brusco sacudimiento, le arrebató el “tuco” a Ana Matilde y se fue nadando y empujándolo cada vez más lejos con el deliberado propósito de hacer que su comadre se ahogara. Ana Matilde comenzó a nadar desesperadamente y a pedir auxilio. Pero nadie la oía, excepto Juanita, porque los demás estaban demasiado lejos. Al fin, tras un esfuerzo sobrehumano, alcanzó a Juanita justamente cuando una ola gigantesca, inmensa, le había arrebatado a ésta el palo en que se apoyaba; se agarró de ella, llena del temor a la muerte porque ya le fallaban las fuerzas; y ahora las dos, agarrándose y hundiéndose mutuamente, cansadas ambas y tratando de

apoyarse la una en la otra para salvarse, se fueron, arrolladas por la enorme ola y envueltas en el tremendo torbellino de los aguas, y hasta hundirse al fin en el frío y negro fondo del mar.

Dicen que era tan grande la ola que se levantó inopinadamente aquel día y tal el zumbido y estruendo que hizo, que toda la gente que se hallaba en la playa en otros sitios, tuvo que huir despavorida presa del más grande pánico hasta lo alto de las dunas, para salvar la vida; y que cuando la enorme ola se retiró, poco después, dejó al descubierto dos enormes piedras gemelas que antes no existían, justamente en el sitio en donde las infortunadas jóvenes, las dos comadres queridas, habían peleado por amor y celos, unos momentos antes. Sus cuerpos nunca fueron encontrados y se dice que fueron transformados por la mano del Altísimo en esas dos piedras llamadas desde entonces “Las Comadres”, que han quedado allí para siempre como testimonio mudo de la tragedia y que le han dado el nombre a la más popular de las playas tableñas: la playa de “Las Comadres”.

El Charcurán

Dice una vieja leyenda que una vez llegó a Las Tablas un viejo comerciante francés y después de un tiempo de estar allí establecido, enfermó de los ojos. Estaba ya perdiendo la vista y de nada le servían ni las medicinas que le habían ordenado los médicos de Panamá, a donde había ido en busca de los recursos de la ciencia, ni las *tomas* ni los *baños* de los *yerberos*. Al fin, ya desesperado por la terrible amenaza de la ceguera total, le pidió a Santa Librada, patrona de Las Tablas, que le hiciera el milagro de curarlo, ofreciéndole en cambio *una manda* u oferta en prueba de gratitud y reconocimiento. Le prometió a la santa unas campanas de oro si lo curaba.

Dicen que el francés, en forma milagrosa, mejoró bien pronto y se puso bueno. Y que para pagar su manda encargó al Perú unas campanas de oro por las cuales pagó una fortuna. Sucedió esto en tiempos cuando aún estaban los mares de la América Hispana infestados de barcos piratas y aconteció que uno de éstos persiguió al barco en que venían del Perú las campanas de oro, buscando, aparentemente, un momento propicio para atacarlo pero sin lograr reducir la distancia lo suficiente para disparar sus cañones. Así llegaron a las costas panameñas y entonces el barco de las campanas de oro logró escapar, poniendo rumbo a Mensabé, en donde entró, yéndose bien arriba hasta la boca misma del río que, como es bien sabido, desemboca en una bella ensenada o pequeña bahía.

Dice la tradición que hasta la entrada misma del puerto llegó el pirata, sin atreverse a entrar, pero que la nerviosidad de los tripulantes del barco que traía el sagrado presente era tan grande, que al llegar a un charco amplio y profundo llamado “El Charcurán” (probable contracción de charco y grande) arrojaron al fondo las campanas de oro de Santa Librada.

En el curso de muchos años se hicieron esfuerzos para recuperar las campanas de oro pero todos los intentos fueron en vano. El Puerto de Mensabé es muy profundo y en ese sitio se dice que alcanza una profundidad enorme, lo que ya de por sí es una gran dificultad para los buzos que han tratado de encontrar las campanas de oro; pero la causa principal de los fracasos, siempre que alguien se ha aventurado a tratar de recuperar el tesoro, ha sido que, al instante, el Charcurán, generalmente quieto, sereno, tranquilo y tan transparente que permite ver en su fondo algo que amarillea como el oro, se torna turbulento, “*se revuelve*”, se opaca; porque dicen que un monstruo marino hace repentinamente su aparición, revuelve el fondo, agita las aguas, de ordinario majestuosamente tranquilas, y el resultado es que súbitamente se forma un inmenso remolino, peligroso, trepidante, sonoro, que amenaza tragarse al intruso. Por eso ya nadie desde hace muchísimos años, trata de sacar las campanas. Todos saben que es inútil intentarlo siquiera. Por eso también hace ya mucho tiempo que el pueblo, como para consolarse de una derrota o burlándose tal vez, de buen grado, de su impotencia, se inventó historietas y cantos llenos de buen humor, alusivos a la leyenda de las campanas de oro del Charcurán. Hay un canto que recuerdo haber oído cantar en una *tuna*, en unos carnavales tableños y cuya letra decía:

“Muchachas, vamos al Charcurán
La que se descuida
Se va *pal plan*.”

VEINTISÉIS LEYENDAS PANAMEÑAS

A buscar campanas, al Charcurán
Y si se descuidan
Se van *pal plan*".

El “entierro” y el ánima

José María González y Juanita del Castillo formaban una pareja feliz. Hacía unos pocos años que se habían casado y tenían ya, además de dos hijitos como dos ángeles, blancos y rubios, una buena casa en el campo, una extensa heredad y una hacienda de ganados de las más grandes de la comarca, la que era no sólo su fortuna sino, además, su orgullo; especialmente para Doña Juanita, orgullosa por naturaleza y por tradición, como que, hija de padre y madre españoles y ricos, había estado siempre acostumbrada al lujo y al poder, lo que sin embargo no impedía que fuese una buena esposa, amorosa, trabajadora y muy fiel, aunque un poco dominante. José María, por su parte, descendiente directo también de españoles pero pobres, era el tipo del hombre trabajador hasta el exceso, económico hasta la exageración, honrado a carta cabal y por lo tanto sencillote e ingenuo. Él le daba a su esposa todos los lujos que la fortuna de ambos les permitía; pero siempre, como era la costumbre de la época (y que todavía persiste entre los campesinos de la región), enterraba a hurtadillas sus piezas de oro y monedas de plata cada vez que podía, hasta que llegó a reunir una gran cantidad de dinero en esta forma, sin que nadie, ni siquiera su esposa, se diera cuenta. Y de esa plata no tocaba ni un real. Prefería pasar cualquier apuro antes que tocar una de esas monedas. Aun hoy día no es raro ver entre los campesinos, que han conservado mejor que nadie las tradiciones y costumbres de nuestros

antepasados, algún viejo, pobremente vestido y viviendo miserablemente, que al morir deja un cántaro lleno de plata. Parece que al enterrar el dinero se desarrolla una psicología especial en el dueño del tesoro, que goza con la contemplación de él, de vez en cuando, y siempre con el pensamiento de tenerlo ahí; y sufre también con el celo y la obsesión por conservarlo intacto, los que alcanzan a veces extremos increíbles.

Así le sucedió a José María González. Tenía una fortuna enterrada en la tierra pero no quería tocarla y ése fue el origen de su desgracia.

•••••

Aconteció que llegaron por esos días a Las Tablas unos Garcías, gente preparada y muy ladina, de seguro provenientes de algún pueblo más adelantado; muy bien trajeados, de hablar fácil y de maneras distinguidas. Parecían gente muy importante. Trabaron amistad con don José María a quien pronto fascinaron con sus modales y éste les brindó la hospitalidad más cumplida y generosa. Los Garcías habían venido a ventilar algún asunto de negocios y necesitaron, de momento, un fiador. Naturalmente la persona más indicada para tal fin, ahí en ese pueblo, extraño para ellos, vino a ser don José María y éste, sin pensarlo dos veces, les salió de fiador. Cuando le contó a la esposa lo que había hecho, ésta, como mujer al fin, desconfiada, le desaprobó la acción, diciéndole que a lo mejor esos hombres quedaban mal y él tendría que pagar la fianza.

Las nuevas pronto corrieron por el pueblo de lo que había hecho don José María por los forasteros y aunque, a la verdad, a muy pocos les importaba un bledo lo que pudiera pasar, todos decían lo mismo: “que don José María tendría de seguro que pagar esa plata”. Algunos se lo decían a él mismo pero la mayoría se lo decía a la señora. Y como los forasteros se fueron un buen día sin despedirse siquiera (“anochecieron y no amanecieron”, decía la gente), se redoblaron los cuchicheos y habladurías: “lo que es don José María tiene que pagar esa plata. Y

tendrá que vender todo el ganado porque es mucho el dinero de la fianza y el ganado no vale nada”.

La señora estaba nerviosa y enojadísima; y el pobre don José María, nervioso también, no supo ni cuándo empezó a vender sus ganados, en la certeza de que, efectivamente, tendría que pagar y cuanto antes, mejor. Vendió el ganado de La Garita, el del Llano del Río, el de Las Coloradas. Doña Juanita, que al principio era de las que lo molestaban más con la “*cantinela*” de que tendría que pagar, trató ahora de pararlo, diciéndole que era una locura lo que hacía, que no siguiera vendiendo; pero en vano; el hombre siguió vendiendo ganado, terrenos y todo. Ella entonces lo amenazó con dejarlo si seguía deshaciéndose de todas las propiedades.

—Te has vuelto loco, y vamos a quedar en *las latas*”, le decía doña Juanita.

— Y yo me voy de aquí. A mí no me verán pobre en Las Tablas, no señor.

Don José María, a pesar de que tenía su tesoro enterrado, no hizo caso y siguió vendiendo. Era verano y algunos ganados estaban ya en la sierra. A la sierra se fue, pues, a buscar el resto de la hacienda para venderla.

La señora decidió irse. Averiguó cuándo había salida de canoa y se fue a la Villa a cogerla; se fue y se llevó los dos hijitos. Le dejó la llave de la casa a su cuñada Petra.

Cuando don José María regresó, encontró la casa cerrada y sola. Corrió a casa de su hermana y supo la mala nueva. Precipitadamente se fue a Los Santos, en busca de su esposa y sus hijitos. Le pidió por favor que volvieran; le aseguró que con el dinero que él tenía enterrado había para comprar todas las haciendas de Las Tablas; pero fue en vano todo, pues la señora no le creyó la historia del “entierro” y “lo que era ella, no era verdad que la verían pobre en Las Tablas”.

Decepcionado regresó don José María a su casa. La canoa salió de Los Santos y en ella salió doña Juanita con los dos

niños; pero ya el viento norte era muy fuerte y el mar se picaba mucho. Un señor llamado Montiano le contó, pocos días después, a don José María, cómo la canoa se había volteado y se había hundido apenas hubo salido un poquito mar afuera. Montiano era pasajero también de la malhadada canoa y uno de los pocos sobrevivientes del naufragio. “Había encontrado a doña Juanita luchando con las olas dos veces: la primera, llevaba los dos hijitos *pegados* a sus ropas; la segunda vez ya la mar le había llevado uno de los niños y quedaba uno todavía agarrado de ella; después ya no volvió a verlos más”.

Don José María lloraba y lloraba, en silencio. Se acostó a morir de pena y efectivamente no duró mucho tiempo. Cuando ya sintió llegar la hora de la muerte llamó a su hermano Juancho y le dijo:

—Hermano, Dios me ha castigado por mi avaricia o mi ignorancia. ¡Mi pobre Juanita y mis pobres hijitos muertos en esa forma tan dolorosa y triste!... pero bien, me queda el consuelo de que ya no voy a durar mucho.

Hizo una pausa y prosiguió luego:

—Yo tengo un entierro de oro y plata y quiero que lo saque, pero la mitad del entierro debe entregársela a Juan Pablo, el hermano menor de Juanita, porque de ella era la mitad de mi fortuna; ella tenía algo cuando nos casamos y me ayudó también a trabajar. En la puerta del potrero de “El Cocal”, junto a un *guapo cansaboca*, hay dos botijas llenas de oro y plata, enterrados. Entre las dos botijas hay también enterrada la cache de una daga que le puede servir de guía. Lleve a Juan Pablo con Ud. la noche que vaya a sacar el entierro y divida con él.

• • • • •

Se murió don José María. Pasaron “las nueve noches” y los rezos y las misas. Una noche temprano, Juancho convidó a Juan Pablo para que lo acompañara a “El Cocal” a sacar “un entie-

rró” de su hermano José María. Una vez en el lugar indicado por el difunto, comenzaron a cavar y al poco tiempo encontraron la cache de la daga; le entró la codicia a Juancho y pensó que era mejor cogerse todo; así es que dijo a Juan Pablo:

—Mi hermano me habló de dos botijas llenas de oro y plata, pero parece que estaba delirando porque lo que ha dejado es una cache de daga vieja. Si Ud. quiere seguir escarbando, siga solo que yo me voy.

Juan Pablo, que era apenas un muchacho de trece años y que les tenía miedo a los muertos, no quiso “ni pensarlo”, quedarse ahí solo. Así es que regresaron al pueblo.

Como a media noche volvió Juancho solo a escarbar el entierro y “él que da el primer coazo a la tierra, y una voz *trapajosa* que le dice: eso no es lo tratado, compadre”. Juancho cayó fulminado del susto, perdió el habla y el sentido y quedó allí exánime por mucho tiempo. Cuando volvió en sí ya era casi de día y se fue corriendo a buscar a Juan Pablo y le contó lo que le había pasado.

—Vaya a sacar Ud. el entierro, que yo no lo quiero—le dijo a Juan Pablo; pero Juan Pablo tampoco lo quiso y ahí se quedó el entierro por mucho tiempo.

Desde que sucedieron las cosas que dejo relatadas empezaron a verse fantasmas en la puerta del potrero de don José María. Los que pasaban de noche por el camino real de “El Cocal”, al pasar frente al sitio donde estaba el entierro, veían a veces una luz que corría por el llano: otras, la sombra blanca de un hombre, “de seguro el ánima de don José María”; y, a veces, las dos cosas y “*otros aparatos*” más.

•••••

Pasó mucho tiempo. Pasaron los lutos. Ya pocos se acordaban de don José María. Llegaron las fiestas de Santa Librada ese año. El primer día de toros, en el portal de la casa de Agustina González, en la esquina de la plaza, al lado de la iglesia, estaba ésta con su tía Petra, la hermana del difunto, viendo los

toros. Había mucha gente en el portal, del campo y del pueblo; pero entre toda la gente llamaba la atención una muchacha *empollerada* y cargada de toda clase de prendas: *peinetas de balcón, cadenas chatas, mosquetas de perlas, sortijas*, etc. Agustina se quedó observando a la muchacha y de pronto agarró a doña Petra por el brazo, mientras le decía, temblando y palideciendo de nerviosidad: “Mire, mire tía, allá”.

—¿Qué te pasa, muchacha, has visto a un fantasma? —dijo la señora.

—Allá, esa muchacha, tía. Esa muchacha carga una cadena del cofre de tío José María. ¿Ud. se acuerda, tía, de aquella cadena con los doblones de oro y la cruz grande y el escapulario de oro? Mírela, mírela, ésa es la misma.

Doña Petra reconoció, en efecto, la cadena, que ella había visto entre las prendas de su hermano. Ésa era indudablemente la prenda. “¿Cómo la habría obtenido esa niña?” Averiguó quién era y supo que era hija de un señor Juan Ramírez, hombre “pobrecito”, que de la noche a la mañana había hecho fortuna.

Efectivamente, Juan Ramírez era un agricultor humilde que trabajaba muy duramente para sostener a su mujer y a sus hijos. Súbitamente este hombre, que estaba casi en la miseria, había empezado a prosperar y a muchos llamó la atención esa prosperidad: “¡Juan Ramírez con pantalón negro de casimir y camisas blancas muy finas; con sombrero blanco y montando caballos de a cien pesos! ¡ Reyes, el hijo, jugando plata, cortejando muchachas de las familias más acomodadas; y su hija, luciendo prendas y joyas riquísimas !” La familia Ramírez había subido como la espuma. Pero no pasó mucho tiempo cuando empezó a correr el rumor de que Juan Ramírez estaba loco; que no dormía de noche; que se le oía hablando cosas incoherentes; que no dormía nunca en la misma casa sino que se iba y pedía posada en alguna casa vecina, hoy en una, mañana en otra. Y así se fue poco a poco, primero en el pueblo y sus alrededores; después de campo en campo. Un día, en el Sestadero, le pidió posada a

Bartolo Cárdenas y como se levantaba a cada rato y volvía a acostarse y no dejaba dormir, el dueño de la casa le preguntó:

—¿Hombre Juan; qué es lo que le pasa a Ud. que se para cada rato? ¿Qué es lo que tiene que no lo deja dormir?

—Vea, amigo Bartolo, ya no aguanto más. Voy a contarle a Ud. lo que me pasa—respondióle Juan Ramírez—. Lo que a mí me pasa es que me persigue un ánima.

—¿Cómo es eso, Ño Juan?

—Como lo oye. A mí me persigue el ánima de José María González y me sigue por todas partes. Hizo una pausa. Bartolo estaba asustado pero se animó a pedirle que continuara.

—¿Ud. se acuerda de las *abusiones* que salían en el potrero de Ño José María? Bueno, una noche yo iba por el camino real del Cocal y al enfrentar a la puerta del potrero de Ño José María vi un bulto por la parte *aentro* de la cerca. Yo *taba* muy pobre y muy *jodío*; así que me dispuse, *dentré* y conjuré el ánima de Ño José María. Cuando me le acerqué al bulto, oí que me dijo:

“—Juan, ¿quieres tener plata?, ven para decirte dónde está.

“Yo lo seguí y me llevó a un lugar, al pie del guabo cansaboca que hay ahí.

“—Escarba aquí —me dijo— pero antes vamos a hacer un trato.

“Y yo *jice* el trato con el muerto pero no he *cumplío*”.

Bartolo contaba que cuando llegó a este punto del relato, él estaba temblando de miedo y que no había sabido más de sí; que cuando volvió a despertar, el viejo Ramírez había desaparecido y que poco tiempo después lo encontraron muerto debajo del guabo cansaboca en el potrero de José María González. Es una lástima que Cárdenas se desmayara. Hubiera sido muy interesante saber qué trato había hecho Juan Ramírez con el ánima de don José María.

El canto del mochuelo

Está grave la señorita Elisa. Hace ya tres días que pasa en una gran agonía. La fiebre no cede. El médico ha dicho que es pulmonía lo que tiene y ya se le han puesto millones de unidades de penicidía. Temprano se hizo el diagnóstico y se comenzó el tratamiento.

Elisa es joven y fuerte. Hasta hace pocos días rebosaba salud y alegría. Sólo después del baile del 28 de Noviembre se había “rociado” al salir del salón, camino de su casa. Uno de esos chaparrones imprevistos, fugaces, llamados “barre-jobos”, tan característicos del fin del invierno, la había sorprendido en la calle. Se había mojado un poco y se había resfriado. Después el doctor había dicho que tenía neumonía doble.

•••••

Antonio estaba desesperado, triste, abatido. Amaba a Elisa entrañablemente. Eran vecinos y la había visto crecer desde niña hasta verla convertida en la hermosa mujer que era ahora. “Ella era tan dulce, tan buena...” Acababa de verla en un momento que fue permitido hacerlo. “¡Estaba tan descompuesta, tan pálida, tan lánguida! ¡Y esa mirada suya, de ansiedad! ¡Y esa respiración tan fuerte y tan rápida! A pesar del oxígeno que le administraban cada hora, a veces se ponía cianótica y siempre estaba agitada como si le faltara aire.

“Era verdad que la pulmonía era una enfermedad muy grave. Por algo la llamaban los médicos ingleses y norteamerica-

nos ‘el Capitán de la muerte’; pero ahora con los *antibióticos* todo había cambiado.

“¡Qué enorme diferencia entre las condiciones actuales y las que él había conocido allí mismo en su pueblo, allí mismo en su barrio! Aquellas calles lóbregas, aquellas calles fangosas, de invierno y llenas de polvo en verano. Ni un coche, ni un bombillo eléctrico, ni acueducto, ni servicios higiénicos, ni hospital, ni nada. Entonces la gente se moría sin el auxilio de la ciencia”. Repasó con la mente tantos cuadros tristes que había contemplado en su niñez: “Toribio, muerto de tétano, sin una sola inyección de antitoxina, en medio de dolores tremendos; y Pedro; y Margarita; y el peor y más triste de todos los casos, su hermanito Manuel... Apenas si se daba él cuenta de las cosas entonces, pero había algo que se le había grabado en la mente para toda la vida. “Era de noche. Estaban velando. Repartían café y galletas de soda. Estaban sentados en el “portalete” de la cocina, ahí precisamente donde él estaba ahora, cuando empezó a cantar un pájaro en el *palo* de mango del patio que estaba ahí todavía como testigo mudo. Uno de los presentes (no podía recordar quién) había dicho: “malo, está cantando el mochuelo”; y otro había comentado en voz baja, como para no ser oído por los familiares, pero sin cuidarse de él, tal vez por lo pequeño que era entonces: “lo que es a este niño no lo salva nadie porque cuando hay un enfermo grave y canta el mochuelo, la muerte es segura”. Antonio recordaba claramente cómo había sentido una ola fría de terror y había escuchado el fatídico canto: Pim, pim, pim, pim... Después, recuerda que entró a ver a su hermanito y que éste lo miró con una mirada de ansiedad y de angustia que le había llegado al alma y que luego había vuelto los ojos hacia otra parte, exactamente como lo había mirado Elisa hacia un rato. Al fin el sueño lo había vencido y a la mañana siguiente, lo recordaba como si fuera ahora, con ojos estupefactos, había visto, en una mesa adornada de flores, con una mortaja muy blanca y entre cuatro velas grandes de cera, a

su hermanito tendido, quieto, inmóvil; y, delante del niño muerto, a su madre desgarrada por el dolor, llorando amargamente”.

•••••

Pasó un largo rato. Antonio, en las sombras, lloraba en silencio. Su amada sufría y estaba grave de muerte. Él lo presentía por más que el médico se sintiera confiado: “Su Elisa moriría”.

Era ya de madrugada. En el patio las frondas comenzaban a iluminarse con la luz de una luna tardía. Empezaba a hacer frío. Este año soplabla la brisa del Norte temprano. De repente empezó a cantar el mochuelo otra vez, desde lo alto de algún árbol cercano: el mango o el níspero, quién sabe si el guanábano.

Antonio sintió, a pesar suyo, un estremecimiento de terror. “Se espantaron” las gallinas, (“como entonces” pensó Antonio). “Era ya seguro. Su Elisa iba a morir”.

“Más ¿por qué? ¿Qué demonios tenía que ver el canto de un pajarraco con la vida o con la muerte? Esas supersticiones lo asustaban a él cuando era niño. Ahora era diferente. La gente de los campos es muy “imaginativa”, se decía. “Al oír ese canto monótono, pim, pim, pim, pim, por horas y horas, siempre igual, siempre el mismo, llegaron a encontrarle algún parecido, alguna analogía, con los golpes del martillo en los clavos cuando el carpintero del lugar tenía, a media noche, que hacer algún *cajón* de muerto, de urgencia”.

Pim, pim, pim, pim, seguía imperturbable el mochuelo su canto fatídico. Antonio, muy a su pesar, lo escuchaba y, gradualmente, a medida que se prolongaba el canto, le iba encontrando un lejano parecido, después un parecido indudable, con el martilleo del carpintero “haciendo cajones de muerto”.

“¿Y si fuese verdad la leyenda?” pensó con redoblado temor. “¿Qué sabemos nosotros de los misterios de la vida y de la muerte? ¡Pero es absurdo! ¿Qué lógica hay en esa tonta leyenda? Y sin embargo, después de todo ¿qué sabemos nosotros si lo lógico o lo que nos lo parece es real y verdadero? ¿Y si resultase que todo lo que creemos y todo lo que juzgamos cierto,

lógico y científico no es realmente así sino de otro modo?”

Antonio sentía que sus convicciones se debilitaban. Tenía miedo. Su novia adorada estaba en peligro de muerte. “Allí estaba tendida, presa de una enfermedad terrible. ¡No, su novia tenía que vivir! El médico le estaba aplicando los tratamientos más modernos, pero era preciso hacer lo que fuera para salvarle la vida: lo lógico y lo ilógico, lo científico y lo anticientífico”.

Como un autómatas se levantó Antonio y se fue a la trastienda, cogió un riflecito *de salón* que allí había y se fue, patio abajo, caminando, primero muy rápido, despacio después, más y más despacio, sigilosamente, con mucho cuidado... Arriba del guanábano estaba el mochuelo, desprevenido, cantando su monorrímo interminable: pim, pim, pim, pim...

A la luz de la luna veíase la sombra del cuerpecito indefenso (una lechuza pequeña parece el mochuelo). Antonio lo vio bien, alzó el rifle, apuntó: ¡fuego! y rodó por el suelo, sin vida, el infeliz monchuelo.

•••••

Elisa amaneció sin fiebre y, como suele suceder en las pulmonías, después de la dramática lucha con la muerte que la hizo pasar asfixiándose horas y días, en medio de la más horrorosa desesperación, ahora dormía como un ángel, como si no hubiese pasado nada, tranquila y feliz.

La niña encantada del Salto del Pílon

El Río Perales nace como un humilde arroyuelo en las faldas del Canajagua y baja en dirección Noreste por entre peñascales, como cantarina fuente primero, hasta encontrar un pequeño valle, el que sigue, ya convertido en río por la afluencia de diversas quebradas y ríos menores, que se le van sumando en el trayecto. Después penetra entre cerros de mediana altura que forman una doble cadena en dirección norte y noreste y que en la parte más baja reciben el nombre genérico de Cerros del Castillo. En la parte media de ese estrecho valle recibe las aguas del Río Hondo que baja también del Canajagua y un poco más abajo las del Río Pedregoso (famoso por formar las más altas cataratas de la provincia de Los Santos), y que ya en este sitio es conocido con el nombre de Río Laja por correr por un lecho de piedra viva. Así aumentado su caudal, el Río Perales, a trechos corre en forma sosegada y tranquila, a trechos en forma rauda y torrentosa, según el declive y la configuración del terreno y en su descenso forma a veces rápidos y saltos, de los cuales el más famoso es el Salto del Pílon, ya entre las últimas estribaciones de los Cerros del Castillo, antes de llegar a las tierras bajas de Perales.

Ya sea por lo impresionante del paraje, ya por el estruendo que hacen las aguas al estrellarse contra la roca viva, ya sea porque algo extraordinario pasara allí en tiempos remotos, la leyenda existe, desde época indefinida, de que hay allí “un en-

canto” y aún hoy, cuando uno pasa cerca de ese sitio un hálito de misterio y de recelo parece envolverlo a uno y pocas son las personas que se atreven a bañarse en el charco, profundo y redondo como un pilón, que la fuerza de las aguas ha cavado en la laja viva a través de los siglos.

•••••

Los indios de la costa habían sido sometidos o se habían refugiado en las montañas para desde allí, en unión de otras tribus, seguir resistiendo al invasor español. Hacía ya tiempo que había muerto Atatara, señor de París; y sus aliados, o habían muerto o habían sido vencidos. En los llanos de Las Tablas existía ya una pequeña colonia española y una ermita, a la orilla de un arroyuelo cuyo nombre primitivo se perdió en el silencio de los tiempos y que vino a conocerse después con el nombre de Quebrada de la Ermita. De allí salían algunas expediciones de españoles y de indios vasallos a explorar las comarcas hacia el sur y el oeste, hacia las regiones montañosas, siempre en la esperanza de encontrar oro. No hubo quebrada o río que no exploraran.

Un día iba Don Julián del Río con un grupo de indios, explorando el Río Perales. Iban río arriba y no habían tenido ningún tropiezo hasta cuando llegaron a un sitio en donde podía oírse ya claramente el ruido de un salto; aquí los indios se detuvieron y le informaron a su amo que de allí no seguirían más adelante; que ahí cerca había un salto y que era peligroso llegarse hasta él porque era un lugar encantado en el cual salía un espíritu en la forma de una mujer muy bella, peinándose con un peine de oro, para atraer a los hombres y que más de un español que se había aventurado a llegar hasta allí, había desaparecido misteriosamente.

Don Julián pensó que aquel cuento eran patrañas de los indios y les increpó, los insultó, pero en vano. No logró que siguieran adelante. “Son patrañas”, pensaba Don Julián. “Quién sabe qué rica tumba de indios habrá en estos alrededores y ellos no quieren que sea profanada. ¿Y el cuento del peine de oro? ¿Peine de

oro han dicho? De seguro que habrá eso y quién sabe que otros objetos más de oro”. Dejó atrás, pues, a la asustada gente y siguió adelante sin hacer caso de las admoniciones que le hacían.

Cuando llegó al sitio en donde estaba el salto fue sobrecogido por un extraño sentimiento, mezcla de temor supersticioso y de admiración pura y simple. Subió por la orilla izquierda del río hasta llegar a lo más alto de una inmensa barrera de piedra que se levanta transversalmente y cierra el paso al curso natural de la corriente. Contempló el río que se deslizaba por su lecho, casi sin declive, mansamente, hasta encontrar la barrera de piedras inmensas en donde estaba parado. Era evidente que en la estación lluviosa, en las formidables crecidas del río, toda esa muralla era sobrepasada por las turbulentas aguas; y ahí, a sus pies, veíanse, aquí y allá, grietas profundas abiertas en la roca y perforaciones hondas, cilíndricas, hechas en las lajas por las aguas en el curso de siglos o milenios. Mas como era ya fines de diciembre y comienzos de la estación seca, las aguas claras, transparentes como un cristal, al encontrar la barra alta, transversal y maciza de piedras, se desviaban a la derecha para precipitarse, por una amplia brecha, (mayor y más baja que todas las demás) socavada en la parte más vulnerable de la roca, con un gran estruendo, en un chorro ancho, abundante, raudo y poderoso que cae a uno como canal profundo, abierto y cavado también en la roca, en donde las aguas forman un hervidero blanco de espumas y agitadas olas y remolinos vertiginosos; para deslizarse al fin, más adelante, con increíble rapidez, sobre el lomo liso de la laja viva y caer más abajo aún en un amplio pozo, redondo y profundo, con paredes cortadas a pico y lisas como las de un brocal. Aquí notaba que las aguas se dividían en dos corrientes, una menor que gira alrededor del pozo, silencioso, de aspecto misterioso, superficie relativamente tranquila y color casi negro; y otra rápida, murmurante y espumosa que se va gritando o gimiendo hacia una como laguna espaciosa, en donde se remansan las aguas antes de precipitarse de nuevo en un

rápido que queda más abajo y en el cual un ruido de aguas espumosas y agitadas, al romperse contra las piedras que se les oponen, rivaliza con el ensordecedor estruendo, incesante y eterno, del salto. Allí abajo, bien lejos, se adivinaba el remanso tranquilo, el curso lento y silencioso del río. A los lados, las laderas de la montaña y un follaje sombrío de algarrobos, guayabos de montaña, harinos, caracuchos y madroños de la tierra, que en esta época aparecían blancos como trajes de novia, cubiertos totalmente de florecillas blancas como los azahares. Don Julián, que estaba embebido en la contemplación, deleitosa y solemne a un tiempo mismo, de este paraje bello y salvaje, se había olvidado de la superstición de los indios; pero los madroños, “blancos como traje de novia”, le hicieron recordarla.

Y un instante después, atónito, mudo de asombro, contempló la más bella y extraordinaria visión del mundo. Sobre el hervidero de las aguas, en la neblina sutil que se levantaba de ellas, enfrente del chorro, se dibujaban los colores del iris. De pronto, vio surgir una figura esbelta y blanca de mujer. Luego la vio que alzó las trenzas de oro con una mano fina y blanca donde brillaban al sol, como diamantes, las gotas de agua; y que con la otra mano empezó a peinarlas con un peine amarillo y reluciente como el oro.

Estaba desnuda y sus senos y su talle y su cintura, sus muslos y sus piernas, todo era perfecto. Don Julián temblaba de emoción y de espanto; pero ella lo miró con sus ojos azules, de un azul profundo, y le sonrió con tal dulzura que en un instante se sintió sin miedo alguno y más bien dispuesto a seguir tras esa hermosa aparición, atraído como se sentía por su divina belleza.

—¿A quién quieres más? —le dijo al fin la niña encantada o encantadora—, ¿a mí o al peine de oro?

Por un instante Don Julián permaneció mudo, presa del asombro y del recelo. Luego, habló casi sin saber lo que decía, para contestar a la pregunta:

—A ti, oh divina criatura; a ti, mujer o demonio, lo que seas; a

ti hermosa mujer cuya belleza sin igual me ha hecho sentir una pasión sublime —dijo Don Juan con notable vehemencia.

Sonrió la hermosa entonces y díjole:

—Te has salvado, Julián del Río, porque te has olvidado del oro envilecedor. Si hubieras mencionado siquiera la palabra oro, habrías rodado a ese abismo que se abre a mis pies. Yo cuido los tesoros de estas montañas y a los que han llegado hasta aquí con sed de oro les he dado su castigo. Pero tú, que prefieres la belleza al oro, te has salvado. Puedes irte, enhorabuena.

Don Julián la miraba extasiado, absorto, en silencio. Sintió una ansia infinita de besar esos labios, de acariciar ese cuerpo virginal, blanco, sonrosado y tierno; y sentía que una voluptuosidad nueva, distinta, desconocida, lo envolvía como en sutiles redes. Se olvidó de que ésa no era una mujer real sino “un encanto”, se olvidó de todo y al fin le dijo con voz enronquecida por la emoción de amor:

—Te adoro, mi princesa; no me pidas que te deje.

Y como la niña encantada comenzara a hundirse suavemente entre las espumas de las aguas turbulentas, Don Julián, que estaba al borde de la roca cortada a pico, sobre el precipicio, se lanzó tras ella y, enlazado a su angelical figura, se fue hasta el fondo de las aguas agitadas; y de allí en los delicados brazos de su amada, como en un sueño, sintió que se deslizaba dulcemente sobre el lomo liso de la laja, hasta el remanso misterioso, frío y profundo del charco del Pilón.

• • • • •

Hasta las hadas tienen sus amores. Desde aquel día la niña encantada del Salto del Pilón no ha vuelto a salirle a nadie más.

La leyenda de Santa Librada

Todos los pueblos de nuestro país tienen un patrón o patrona, un santo o santa que han escogido como el predilecto de su devoción, al que consideran como el más milagroso de todos los santos y como protector de los intereses de esa tierra, a la cual tiene amor acendrado y da protección absoluta. Llegan a ser tan grandes la devoción y el cariño que a su patrón toman los feligreses que, con el transcurso del tiempo, casi que se olvida la universalidad del Santo en cuestión y en las mentes de los habitantes del pueblo o de la parroquia llega a prevalecer la idea de que el patrón o la patrona tiene para ellos una preferencia o exclusividad en todo, como si fuera algo propio, como de la familia. A él o a ella recurren para todas las cosas y le “mandan” las mandas más diversas y curiosas, desde una vela de a real hasta una “cadena chata”, a cambio de los favores más peregrinos.

Los milagros que realiza el patrono o la patrona se cuentan por millares en cada parroquia todos los años y casi siempre son los mismos y retribuidos en forma casi idéntica: una manito de plata por haberle salvado una mano con una “postema”; un bracito de oro por haberle hecho sanar, sin defecto alguno posterior, un brazo con fractura del húmero o del radio; un collar de oro por haberle evitado la operación de las “glándulas” (amígdalas) etc., etc. Pero entre estos milagros comunes y corrientes sobresalen algunos que son verdaderos prodigios y que a través del tiempo y la distancia han llegado hasta nosotros envueltos en

un halo de misterio y de ingenua y cariñosa exageración, como veremos más adelante.

Al patrón o a la patrona se le celebra todos los años su fiesta en la fecha correspondiente y estas fiestas patronales son las más grandes del pueblo. Primero son las novenas y la salve, la víspera del día del santo. Esa noche sale el patrón o patrona en procesión por las calles del pueblo y después de la procesión hay fuegos artificiales en los que nunca faltan, además de las “cámaras” y bombas, voladores y cualquier adición moderna de pirotecnia, los clásicos “montantes”. El día del santo hay la misa solemne en la mañana, parranda y “cantadera” todo el día y bailes en la noche. Al día siguiente hay la corrida de toros del primer día, con cabalgata, paseo de la bandera, etc.; un día sereno después, que en algunos lugares es día de “coleadera” de ganado o “gierra”; y, por último un segundo día de toros o corrida en la cual toreros aficionados conservan la tradición española del toreo y todos demuestran la afición a los toros que llevamos en la sangre, lo mismo que llevamos en el alma la música de España. Y aun hay pueblos que celebran todavía un día más de fiesta llamado “día de la gallota”.

Las Tablas, pueblo típico del interior indo-español de Panamá, conserva muy bien esas tradiciones y tiene, al igual que los otros pueblos de alguna importancia en el Istmo, su patrona, muy guapa y muy querida y española por añadidura, Santa Librada; y todos los años le celebra sus fiestas en forma solemne con derroche de entusiasmo y sin evitar gastos a todo lujo.

Si hemos de creer la leyenda, Santa Librada o Santa Liberata como la llaman muchos, vino a Las Tablas con los primeros pobladores españoles o tal vez los precedió un poquito y ya los estaba esperando cuando éstos llegaron al sitio en donde se levantó más tarde su templo. En efecto, dicen las viejas tableñas haber escuchado de labios de sus abuelas que hubo un tiempo lejano cuando los fundadores del pueblo andaban buscando un sitio o lugar adecuado para echar los cimientos de la población y

en esa búsqueda llegaron a una extensa llanura, casi plana y lisa como una mesa, pero con ligeras ondulaciones y suaves colinas, en las cuales crecían, aquí y allá, a largas distancias, algunas “matas” o minúsculas agrupaciones de árboles, arbustos y enredaderas. En medio de esa llanura, casi despoblada de árboles, que ahora comenzaba a dorarse con la llegada del verano, veíase un bosque relativamente pequeño, pero espeso y sombrío, en una pequeña depresión del terreno por cuya parte más baja corría (y corre aún) una cantarina fuente (de cristalinas aguas en aquel tiempo lejano).

Penetraron en ese bosque los cansados españoles y casi enseguida les atrajo el canto maravilloso de unos pajaritos, tal vez los “bimbines”, “puis” y “picogordos” y el de otros pájaros amarillos, más grandes que los canarios (tal vez los “chapines”) y aun el de otros pajaritos más pequeños, de pecho amarillo y dorso negro (quizás los “chuíos”), cuyas maravillosas armonías rivalizaban con las de los canarios, si bien su voz era más débil que la de éstos. Siguiendo a estos bellos cantores del bosque y admirando la belleza y magnificencia de los árboles milenarios que allí había, se fueron internando más y más en la frondosa arboleda. ¡Qué maravilla de altura y de espesor la de los espavés, los ceibos, los corotúes o higueros! ¡Qué soberbia elegancia la de los bongos, balsos, panamaes y algarrobos! ¡Qué esbeltez y belleza la de los cedros, marías, caobas, manglillos y guayabos de monte! ¡Qué sublime belleza la de ese conjunto de verdor con sus gradaciones de verde, desde el verde claro de las hojas nuevas, de los helechos y de las palmas de coco, el verde caña de los barrigones y de las cañazas o bambúes, el verde y ceniza de los guarumos, el verde plateado de los algarrobos y el verde y oro de los caimitos, hasta el verde oscuro de las palmas reales, las de corozo, las de “písvá” y las de Pacora; de los nísperos, los higos, los rascadores, los guabos, los harinos y cien clases más de árboles del trópico! Pero por encima de todo esto ¡qué bella, qué hermosa policromía! la de esos árboles que al

perder sus hojas en esta época del año, se habían llenado de flores, salpicando así de manchas multicolores el fondo verde oscuro del bosque: los cañafístulos de rojas flores; los macanos y guayacanes de flores amarillas, de oro; los robles de flores color lila pálido; los madroños de blancas flores como los azahares; los caracuchos de flores blancas, rojas y amarillas; los balos de flores de color rosa pálido; los poroporos de hermosas flores amarillas y las flores de la cruz, de color morado. Y debajo del altísimo techo de los árboles mayores, helechos, lianas y bejucos de diversas clases y formas (“de corazón”, “de mariquita”, “de corona”, “de culebra”, “redondito”, “negrito”, “blanco”, “colorao”, “barquillo”, “puque-puque”, etc.) y una profusión de plantas sin nombre y de parásitas diversas; toda esa confusión de plantas de la selva tropical, toda esa vegetación lujuriente de la cual se desprende un vaho que, unido al que se levanta de la humedad y de la descomposición de materias orgánicas en el suelo, parece embotarle a uno los sentidos y envolverlo como en un mágico letargo. . .

Iban los españoles ya un poco fatigados de tanto andar por llanos y por bosques, desde hacia ya mucho tiempo. Los pajarillos seguían adelante entonando sus trinos y como indicándoles el camino a seguir. Ellos los seguían como autómatas. Para empeorar las cosas los “corrococos” y “chigarras”, con sus millones de voces, iguales, ensordecedoras, contribuían a aletargarlos más. Siguieron, pues, desganados, un poquito más adelante, en medio de la penumbra del bosque, cuando de pronto se alegraron sus ojos con la presencia de un claro o “limpio” en medio del bosque, un lugar abierto en donde, minutos después los deslumbró la luz que a chorros entraba desde el cielo por un boquete abierto en medio del follaje.

El claro estaba hecho de rocas milenarias en las que, desde luego, no había árboles sino apenas algunos arbustos creciendo en las grietas, entre las peñas, junto con enredaderas, pitahayas y tunas de rojo fruto, campanillas blancas, rosadas, azules; flores

silvestres, amarillas y rojas; y algunas orquídeas de plástica belleza y maravillosos colores. En el centro de estas rocas, así adornadas como un altar, iluminada por los rayos del sol, con la cara bella y radiante, veíase la imagen de una santa. Los admirados españoles cayeron de rodillas, como movidos por un resorte, ante la sublime aparición. Pasada su turbación inicial, reconocieron en la bella estatua de piedra que tenían delante a la imagen de la joven mártir gallega, Santa Librada. Pensaron que era de buen agüero tal encuentro y, de común acuerdo, decidieron llevarse la estatua de piedra de Santa Librada que, por un milagro de la providencia, allí habían encontrado, con la idea de poner la población, que iban a fundar, bajo la protección de la santa y de erigirle a ésta un templo “en la dicha población”.

Eligieron para situar el pueblo la parte más alta y plana de la llanura, cercana al bosque, y allí improvisaron sus viviendas; ahí colocaron a la virgen en un altar; pero ¿cuál no sería su sorpresa cuando un día amanecieron sin su santa venerada? Todos estaban desconcertados. ¿Quién se habría llevado la santa? ¿Se habría ido ella sola? ¿Sería su desaparición otro milagro tan grande como su inesperada aparición en medio de aquel bosque solitario? Salieron todos a explorar los terrenos vecinos: y fueron a dar, al fin, al mismo bosque y al sitio mismo en donde la habían encontrado el primer día.

Allí estaba ella, bella y radiante, como satisfecha de encontrarse en ese primitivo altar de la naturaleza. De rodillas todos, rezaron y le dieron gracias a Dios por haberles devuelto tan preciado tesoro. Una vez más se la llevaron consigo, pero de nuevo volvió Santa Librada a dejarlos para regresar a su sitio predilecto. Hasta que al fin, interpretando como voluntad de la santa el que fuera allí en donde se le erigiera su templo, le prometieron que allí levantarían su iglesia y fundarían su pueblo. Esto fue lo que pensó aquella buena gente, según dicen las viejas; y enseguida se dio comienzo al trabajo de desmonte y limpieza del terreno para hacer las casas y construir una “ermita”

que alojaría temporalmente a la milagrosa imagen. Tumbaron también montes para sembrar maíz, arroz, plátanos y otros frutos; y en los llanos comenzaron a criar sus ganados. Después de pocos años había ya una pequeña aldea, con hatos de ganado en los llanos vecinos y con campos de cultivo, salpicados, aquí y allá, por árboles gigantescos que quedaban como señal apenas de lo que antes había sido selva virgen, bosque umbrío.

Pasaron los años y la población fue creciendo. Sobre las peñas donde habían encontrado la santa, hubo una ermita por algunos años; pero pronto se comenzaron los trabajos para la edificación de un templo, el cual, se hizo precisamente sobre las mismas rocas milenarias que habían servido a la sagrada imagen de mansión o altar. Y desde entonces (y aún antes, como queda dicho) ha venido obrando milagros Santa Liberata, entre aquella gente y sus descendientes, gente sencilla y buena, trabajadora y creyente, que han creado riqueza y abundancia en toda la región por medio de sus esfuerzos y su inteligencia, ayudados por la fe en su santa patrona que les ha colmado de bendiciones y beneficios, sanando a los enfermos (hijos, hermanos y seres queridos); haciendo llover, en las sequías, después de las “rogativas”; en las faenas del campo, dándoles buenas cosechas; en las tormentas y en los temblores de tierras, librando a sus protegidos de todo mal. Millares son los enfermos sanados por su santa intervención, innumerables los perseguidos de duendes, brujas y demonios que se salvaron por su fe en Santa Librada y muy rico, por supuesto, también, el cofre de prendas de la santa en el cual se han ido acumulando los regalos de los agradecidos tableños, del pueblo y del campo, a través de los tiempos.

En el año de 1900 estalló la última guerra civil en el Istmo, encabezada por el gran caudillo liberal tableño, Dr. Belisario Porras. Esta guerra, que comenzó en el centro de Colombia en 1899, duró tres años y en el curso de ella hubo altas y bajas en la suerte de las fuerzas contendoras, conservadoras, y liberales. El gobierno conservador colombiano tenía, desde luego, muchas

ventajas a su favor. Como gobierno que era tenía más recursos de armas, de organización, de dinero y de crédito, amén de batallones de soldados regulares, bien disciplinados; pero los patriotas liberales tenían la fuerza incontestable de su decisión y su entusiasmo para luchar por sus ideales y eran, en el Istmo, la inmensa mayoría indudablemente.

La guerra se libró principalmente en tierra, pero hubo también combates navales y desembarco de tropas en ciertos lugares estratégicos por parte de ambos bandos contendores. Un día, aseguran personas mayores de Las Tablas, se presentó un barco de guerra colombiano, frente a las costas tableñas con la intención aparente de desembarcar tropas conservadoras por Mensabé o por la Boca de La Laja. Pero cuando el barco estuvo ya cerca, el Capitán pudo ver asombrado, que miles de hombres, armados, con fusiles y cañones, esperaban en las playas de Mensabé y de La Candelaria, listos a impedir el desembarque y, lo que era peor todavía, colocados en situación ventajosa para coger a los invasores entre dos fuegos. El capitán miró con los catalejos y vio cómo se paseaba por la playa, del lado de Mensabé, una mujercita vestida con falda roja y capa de color azul con una espada en una mano y una cruz en la otra, dando órdenes como si fuera la Capitana que comandara ese ejército. Ordenó entonces alejarse de ese puerto y poner proa hacia la Boca de La Laja; pero en las playas del Uverito y en las de ambos lados de la boca de La Laja vió el mismo cuadro de Mensabé y La Candelaria y a la misma Capitana u otra igualmente vestida y del mismo tamaño, que daba órdenes y se aprestaba a la defensa. En estas circunstancias al “cachaco” no le quedó otro recurso que desistir de la invasión y alejarse, cavilando de dónde habría sacado esta gente tantos hombres y armas, por qué tendrían esas capitanas y cómo estaría de guarnecida la plaza de Las Tablas, si tenían tan gran contingente de tropas regadas por las playas. Muchas gentes de Las Tablas, Sestadero, La Laja, Santo Domingo, Loma Bonita, Cocobolas, Manantial y Palma Grande se dice que presenciaron el milagro

(porque milagro era) y que Santa Librada en persona había estado ese día al frente del misterioso ejército.

La nueva se regó pronto por todas partes y causó gran revuelo, sobre todo en el pueblo. La gente acudió a la iglesia a ver a su patrona, que tales muestras les daba de su amor y protección; y allí estaba ella, radiante de felicidad y de belleza, con las mejillas encendidas. Estaba idéntica en todo sólo que sus mejillas parecían “chapeadas” como cuando uno se expone mucho tiempo al sol; y luego notaron algo los fieles, que arrancó de todos los pechos, al mismo tiempo, un ¡ooh! de admiración que subió hacia las naves del templo como una ola de fervor religioso, al mismo tiempo que todos, como movidos por un resorte misterioso se postraban de hinojos. Era que habían visto todos que los piececitos de la Santa estaban “cubiertos” de arena.

El árbol santo de Río de Jesús

Nadie sabe cuántos años o cuántos siglos de existencia tiene el árbol, ni si ha sido siempre el mismo o es éste un descendiente del original o de algún descendiente de aquél. Lo cierto es que sólo hay un árbol tal, y dos retoños nuevos, únicos en esa región de Río de Jesús, únicos en el país, en el Continente Americano tal vez, quizás en el mundo; porque ningún panameño ni ningún extranjero, de todos los rincones de la tierra, que todos los años lo visitan, en ningún lugar del mundo ha visto jamás otro árbol como ése. Alto como un cedro, una caoba o una maría, de tronco grueso y recto hasta bien alto, de numerosas ramas y con una copa grande y frondosa, de hojas de tamaño mediano, de forma ovalada y muy verdes, tiene un parecido lejano con el marañón de Curazao, pero tiene particularidades que lo hacen diferente y muy raro, que llaman la atención y que desde tiempo inmemorial atrajeron o captaron la curiosidad de los hombres e inspiraron en ellos supersticiones que lo han hecho legendario. Las gentes lo han bautizado con el nombre de “árbol del Paraíso” y le atribuyen virtudes y poderes extraordinarios.

En el mes de enero la corteza gris del tronco, las raíces visibles y las grandes ramas comienzan a llenarse de manchas negruzcas en las cuales, después de corto tiempo, empiezan a salir unos brotes que al principio no se sabe a ciencia cierta qué son, pero que gradualmente se convierten en ramilletes, de diversos tamaños y formas, de unas flores parecidas a ciertas or-

quídeas y a la flor de la granadilla, razón por la cual también se conoce el árbol con el nombre de granadillo o árbol de granadilla. En esas flores predomina el color morado oscuro pero combinado con otros tonos o variedades de morado, el lila y el rosado, en la parte interior; y el amarillo claro y el amarillo quemado y otras tonalidades de colores de difícil clasificación, en la parte externa. Estas flores en forma de ramillete, van saliendo en brotes sucesivos y llenan el árbol desde las raíces y el tronco hasta las ramas, de tal suerte que al llegar la Semana Santa, está el árbol, por así decirlo, vestido de flores, cuyos colores entonan muy bien con los colores litúrgicos de La Pasión. Y lo más notable es el aroma grato, indescriptible, que llena los aires del campo aledaño.

Ese aroma, “aroma de una inmensa flor”, cautiva también la imaginación de las gentes. Pareciera un incienso pagano y tropical elevándose desde ese altar que la Naturaleza levanta a Dios. Pero aun hay otras peculiaridades que han impresionado a las gentes de Río de Jesús. El árbol no da más que dos frutos, como del tamaño y la forma de una toronja, con un contenido gelatinoso, maloliente y efímero pero desprovisto completamente de semillas, razón por la cual no puede el árbol reproducirse en esa forma, según el decir de la gente. Por otra parte, cuando se han puesto a prender ramas en formas diversas, han salido yemas o renuevos numerosos cuando se coloca la rama horizontalmente. Luego, todos esos renuevos se mueren, menos uno, que vive por un tiempo pero que acaba también al fin por secarse. Una anciana de Río de Jesús me ha contado que su madre logró en esta forma prender un arbolito en el patio de su casa, el cual llegó a crecer hasta alcanzar una altura de tres metros más o menos; pero que un día de tormenta, de los muchos que suele haber en Veraguas, un rayo lo destruyó. Y desde entonces no ha visto ni sabido que se haya logrado prender otro. Solamente en el sitio donde se encuentra el árbol viejo han prendido dos hijos, como ya se ha dicho.

Además de todo esto, el “árbol del Paraíso” se encuentra en medio de una ceja de monte, cercana a un estero, a corta distancia del Puerto de La Trinidad. Hay manglares cercanos pero no hay mangles ni árboles de los comunes en las orillas de los manglares o del mar en esa como isla de vegetación que rodea al “granadillo”; y éste es único en su clase, sin parecido alguno, con los árboles que lo rodean.

Las flores, que son hermosas y fragantes, cautivan desde luego, al visitante y todo el mundo arranca su manojito de flores y lo lleva consigo; pero no pasa mucho tiempo cuando ya han perdido su perfume y su belleza. Al contacto con las manos de los hombres o al ser separadas del tronco que les da savia y vida, pronto se marchitan y deshojan. Sin embargo, las gentes, de muchas leguas a la redonda, aseguran que son milagrosas y las conservan, como guardan también las pencas benditas que reparte el Padre los Domingos de Ramos y que, puestas en cruz a la entrada de las casas y chozas, protegen a los habitantes, de muchos males. En el caso de las flores del “granadillo” los milagros que éstas hacen son curativos. Una hojita colocada en el hueco de una muela quita enseguida el dolor de muelas del afectado. ¿Que un niño tiene dolor de oído? Se le introduce un pétalo cuidadosamente doblado en el oído externo y el dolor desaparece por arte de magia. Y si alguno despierta una noche con dolor de estómago, con una infusión de pétalos de la milagrosa flor, que se tome bien caliente, desaparecen todos los síntomas y el enfermo amanece bien. Desde tiempos remotísimos saben esto los habitantes de la región y lo han practicado con buen éxito.

Es indudable, pues, que hay algo misterioso, sobrenatural, en ese “árbol del Paraíso” de Río de Jesús. Tal vez sea una de esas silenciosas bendiciones que El Eterno ha derramado sobre sus hijos. Así piensa la gente sencilla de la región y así pensaron sus abuelos y por eso, desde tiempo inmemorial se desarrolló una devoción mística en estas gentes que creen en los poderes curativos, sobrenaturales, del árbol y que todos los años van en rome-

ría desde que empieza a florecer el árbol santo, a pagar mandas, a rezar a su sombra, a pedirle remedio para sus males, a ponerle velas y a recoger las milagrosas flores que llevan a su casa como seguro remedio para muchas enfermedades.

Con el tiempo se han ido sumando curiosos turistas a la Caravana que anualmente va a visitar el “árbol del Paraíso” o “granadillo de la Trinidad” y durante los días de Semana Santa, especialmente el Viernes Santo, el espectáculo que allí se contempla es imponente, en su sencillez.

En un espacio amplio, en medio del monte, abierto y limpio de malezas por los campesinos especialmente para esos días de Semana Santa, se ven millares de velas encendidas en “*talanqueras*” o candelabros rústicos, improvisados con maderas del bosque, y a centenares de fieles que arrodillados rezan rosarios y oraciones diversas, frente al inmenso altar del árbol santo de “granadillo”, adornado por Dios mismo con sus misteriosas flores que despiden el incienso inigualable de su exquisito y exótico perfume. Es un espectáculo mitad cristiano, mitad pagano, que por lo mismo impresiona hondamente como que lo que allí hay es una comunión de almas con su Creador, en la forma más amplia y más simple, ante el primitivo altar de la Naturaleza.

Las piedras grabadas de Montoso

Habíamos subido desde Las Minas, que está a cuatrocientos metros de altura, al Alto de La Peña, ya en plena cordillera. Ñuco, con su cima aguda y grácil, a 800 metros de elevación, nos quedaba a la derecha. Desde lejos nos había parecido el lugar por donde ahora íbamos, un filo angosto; pero ahora se dilataba ante nosotros una gran extensión de tierra plana, interrumpida apenas, aquí y allá, por una loma o una cuesta. Pronto cambiamos de rumbo. Ibamos ahora en dirección sur por una meseta descendente, detrás de la cordillera del Alto de la Peña. Hacia el poniente se veían valles, ríos y algunas lomas que obstruían nuestra mirada escrutadora. De pronto, se nos apareció el más bello espectáculo que hayan contemplado ojos humanos. Más allá del verdor de los valles y colinas, más allá de esa gama de verde, desde el verde claro del llano hasta el oscuro, casi negro, de lo más tupido de la selva, apareció de repente un retazo de espejo bruñido, de cambiantes colores y reflejos, inmenso, magnífico, en forma de triángulo agudo con el vértice hacia el continente y la base en la línea imprecisa donde se une al mar infinito. Era el golfo de Montijo. Nos detuvimos un instante a contemplarlo y a adivinar las islas que, como pequeñas manchas aparecían en medio del golfo; y a identificar los ríos; allí El San Pedro, allá El San Pablo. Seguimos andando y poco después se nos aparecieron delante, primero los llanos de Chepo, en medio de la montaña (numerosas colinas de cumbres redondeadas y cubiertas

de hierba, de suaves pendientes y pequeños valles) y más atrás, hosco, misterioso, imponente y casi negro por la espesura de la selva que lo cubre, Montoso, cerro de forma cónica, de 800 metros de elevación, ancho, grueso y de aspecto casi tétrico, situado en las inmediaciones del límite entre Herrera y Veraguas. Estábamos en Tres Puntas, pequeño paraíso, a 600 metros de altura, de clima dulce y de belleza indescriptible, en donde Gollito González y sus hijos han plantado la bandera de la civilización y de la hospitalidad más generosa.

•••••

Después de una cena magnífica vinieron, como es natural los cuentos: cuentos de tigres y de serpientes; de aparecidos y de fantasmas; de peleas y de hombres “*guapos*” de la sierra. Supe que Tres Puntas está entre las cabeceras del Río La Villa y del Río Suay, que corren el uno hacia el Golfo de Parita y el otro hacia el Golfo de Montijo; y que para pasar hacia los llanos de Chepo, a donde iríamos al día siguiente, había una angosta garganta de tierra entre dos manantiales o pequeñas quebradas que alimentan la del Este, al Río La Villa, la del Oeste al Suay; que el nombre de los llanos de Chepo les viene del nombre de un cacique que había en la región al tiempo de la conquista; que en diversos lugares de los llanos hay pequeños cementerios en donde a través de los siglos se han confundido los huesos de indios y blancos, primero en las luchas sangrientas de la conquista y de la libertad y luego en la paz que siguió a la feliz unión de las dos razas. Aprendí que en Montoso, ese misterioso Montoso, que allí se veía como una negra sombra, a la luz de la luna, había las cosas más interesantes. En primer lugar su selva virgen, apenas tocada por la mano del hombre, en la que abundan el caoba, el mal llamado pino de la región, el maría, el amarillo, el cedro y otras maderas preciosas; luego, las cabeceras de los ríos, Tebario de un lado y Mariato del otro; una fauna riquísima en la cual sobresalen por su abundancia y por los estragos que hacen, el tigre pintado y el tigre congo, negro como el azabache. Pero lo más

extraordinario de todo son las piedras grabadas y el “esbarrancao” que hay en medio de la montaña, en lo más espeso y recóndito de la selva. Unas piedras grandes, de cuatro metros o más de altura, presentan, en la dirección del saliente, caras más o menos planas como si hubieran sido labradas intencionalmente para alisar la superficie, con instrumentos primitivos. En ellas, según dice la leyenda, está escrita la historia de una tribu de indios y de sus malhadados conquistadores españoles en signos ininteligibles para nosotros pero que parecen ser escritura indígena, esculpidos en bajo relieve con toscos instrumentos de metal o de piedra.

La historia como me la relataron los compañeros, es la siguiente: había una tribu pequeña pero feliz que habitaba en algún lugar cercano de Montoso cuando llegaron los conquistadores españoles, que los sometieron y esclavizaron. Iban los conquistadores en busca de oro y encontraron en Montosa un filón que explotaron, precisamente en el sitio donde se ve, como una enorme cicatriz en la falda de la montaña, el “desbarrancamiento” o derrumbe antiguo que hay junto a las piedras grabadas.

En su afán de lucro, en su codicia sin límites, llegaron los españoles hasta la increíble crueldad de mantener a la tribu entera en los subterráneos, día y noche, no dejándolos salir, sino muy contadas veces, a recibir la bendición de la luz solar. Allí, en los socavones, comían y dormían. Sólo un indio ladino entraba y salía con frecuencia porque era “de confianza” y lo tenían de mandadero para ir a la vecina Colonia de Vacamonte en donde se aprovisionaban de todo. Muchos indios morían, como era de esperarse, de enfermedades, de cansancio y de fatiga y todos sufrían horriblemente, no sólo por el trabajo agobiador, el mal trato y las condiciones pésimas de vida, sino también y sobre todas las cosas, por el dolor de su libertad perdida.

Un día encontraron en sus excavaciones una veta riquísima de mineral y fue tan grande la alegría de los españoles y tal su interés por la nueva fuente de riquezas que se abrió ante ellos que todos quisieron ver con ojos ávidos la nueva veta y todos bajaron

a contemplarla. Ésa fue la ocasión propicia para los indios. Sin armas que igualaran a las de sus amos pero armados de una determinación heroica, rompieron todos los soportes de los socavones que pudieron y cavaron en los sitios que ellos sabían más a propósito para provocar un derrumbe; y éste se produjo, sepultando a todos por igual en las entrañas de la misteriosa montaña que aún hoy permanece casi inviolada.

El único sobreviviente de la tribu, el indio “de confianza”, se cree que grabó en las piedras la historia trágica de su desdichada gente y se fue, luego, a sumarse a otra tribu vecina que aún vivía en libertad.

La misa de las ánimas

En la Villa de Los Santos ha habido todo el tiempo gente madrugadora, sobre todo mujeres; unas, las religiosas, que para oír la misa primera, se levantan muy temprano y otras, las trabajadoras, que madrugan para comenzar, “con la fresca”, a hacer pan o “carimañolas” o, en otros tiempos, a moler maíz para tortillas. Muchas de estas mujeres, en tiempos pasados, tenían la costumbre de ir a bañarse en el río, (tan bello y de agua tan tibia y agradable en el verano, que de veras “convida” a hundirse en sus ondas) antes de que llegara la luz del alba y con ella las miradas indiscretas de los hombres.

Juana Franco era una de esas mujeres del pueblo, pobre y trabajadora, que se *ganaba la vida haciendo tortillas*. Vivía en el llano del Panteón que hoy se llama barrio de San Mateo. Acostumbraba ella madrugar mucho, ir a bañarse al río y traer, de regreso, un cántaro de agua en la cabeza (sobre un “rodillo” de trapo como aún lo hacen algunas campesinas santeñas) para mojar el maíz a medida que lo molía en la piedra y para otros menesteres caseros. Ella siempre trataba de acabar temprano pero siempre “la cogía” la mañana, afanada en sus quehaceres y casi nunca iba a misa por falta de tiempo. Alma sencilla, no dejaba nunca de reprocharse su falta de cumplimiento con la iglesia y todos los días se repetía lo mismo: “un día de estos voy a levantarme más temprano para terminar pronto y alcanzar aunque sea la última misa”. Pero pasaba el tiempo y nunca podía cumplir su propósito.

Una noche de enero, blanca de luna, “clara como el día”, se levantó Juana Franco creyendo que era de madrugada y salió de su casa como de costumbre, en dirección del río. En su camino tenía que pasar al lado de la iglesia y al enfrentar al costado de ésta oyó arriba, en lo alto de la torre, sonar las campanas, como “tocando a misa” y le llamó la atención una gran iluminación que de pronto apareció en la Iglesia. “¿Qué pasará, pensó Juana Franco?”; “¿Será ya tan tarde que va a empezar la misa?” Miró por la puerta lateral de la iglesia que estaba de par en par abierta y vio que había mucha gente adentro. Puso su cántaro en el suelo, recostado a una palma real de las que allí hay, mientras pensaba: “efectivamente están en misa. Voy a aprovechar esta ocasión para ir a misa, que hace tiempo no lo hago”. Caminó por el atrio hacia la torre, dobló la esquina del atrio y entró por la puerta del perdón. Después de santiguarse y de arrodillarse un momento, clavando en tierra una rodilla; se dirigió a una pila de agua bendita, “tomó” el agua con la punta de los dedos, se hizo las cruces rituales en la frente, en el pecho y en los labios y siguió adelante, desviándose por una nave lateral para ir a hincarse en un viejo reclinatorio que tenía allí su familia desde tiempo inmemorial. Arrodillada ya y mirando hacia el altar, notó que el padre que oficiaba era nuevo y lo mismo el “monacillo”. Luego se fijó en la enorme profusión de luces procedente de *velas de cera, blancas como perlas*, y adornadas de cintas muy blancas, que había ante el altar y la gran cantidad de muchachas vestidas de blanco impecable que se arrodillaban allá, cerca de la Sacristía “Habrà algún matrimonio”, pensó Juana Franco. “Pero no se ven los novios”. Miró con más cuidado en todas direcciones. La iglesia estaba completamente llena de gente, todos vestidos de blanco, algunos con túnicas del mismo color y portando todos en la mano izquierda un cirio prendido. Se oían los rezos como un murmullo y se sentía una mezcla de olores de barniz, de heliotropos y de jazmines. De pronto rompieron a cantar en el coro unas veinte o más jóvenes de semblan-

te angelical y de vestiduras vaporosas y nveas, acompañadas por las notas quejumbrosas y solemnes del rgano. Sus voces melodiosas parecían lejanas, como un sueño, la música, dulce y sublime, era una rara música nunca antes oída por ella. Juana Franco se estremeció de emoción y de espanto a un tiempo mismo. Mir luego con mirada curiosa, examinadora, casi ansiosa, a las personas mas cercanas. Vi rostros desconocidos pero también empezó a identificar a algunas personas: ahí estaba Juanita Castillo, más allá Juan Facundo Espino y Miguel Saucedo y Dominga Correa, todos difuntos. Juana Franco temblaba como el azogue; estaba azorada, muerta de frío y de miedo; quiso gritar y no pudo; pero en ese instante una señora se le acercó sonriendo, la tomó del brazo y amablemente le dijo: “Venga, comadre, salga de aquí, que esta misa no es para los de la tierra”. La mir bien, Juana Franco, y vió que era su comadre Micaela Moreno, amiga de infancia, muerta hacía muchos años, cuando las dos eran todavía mozas. Juana se dejó guiar dócilmente y en un momento estuvo fuera de la iglesia y sólo vió ahora sombras; las puertas cerradas, ni una luz, ni una voz, completo silencio. Llena de un miedo espantoso Juana Franco “salió en una sola carrera” hasta llegar a su casa. Se sentía con fiebre. Se fue derecho a la cama, pero antes prendió luz y mir el reloj: eran las 12 de la noche. Había estado en la misa de las nimas.

María chismosa

En todas partes y en todas las épocas han existido y también hoy existen, lo mismo que en el pasado, viejas chismosas. Sobre todo en los pueblos nuestros, pequeños y de calles cortas y estrechas y de vida sedentaria y monótona, en donde todo el mundo se conoce y los pocos “forasteros” se reconocen al punto y se cuentan con los dedos de las manos. Que se habla un poco en alta voz, la chismosa de la casa del lado o la de enfrente para la oreja, aguza el oído y si es necesario camina con disimulo “hasta el canto del portal” para oír mejor lo que se conversa; que sale uno o entra otro, la chismosa atisba detrás de una celosía o de una hoja de puerta para ver quién es y qué hace. Saben siempre estas espías rústicas quién va por la calle, quién sale de noche y quién llega tarde; y algunas veces se dan una vuelta por el pueblo o visitan a otras chismosas para saber cuentos de los enamorados, de las peleas de marido y mujer, de las calaveradas de fulano y los coqueteos de zutana, etc.

Una vez hubo en la Villa una mujer de éstas que averiguaba la vida de todo el mundo y espiaba de noche, protegida por la oscuridad, para saber las andanzas de la gente. A cualquier hora que se pasara, tarde de la noche, por su calle, era casi seguro que ahí, detrás de alguna puerta o escondida en alguna sombra, estaba ella atisbando. Su fama llegó a ser tan grande, que la llamaban María Chismosa.

Una noche, como a las doce, estaba ella, como de costumbre, con una puerta “entrejusta”, esperando que algo se moviera o algo pasara por allí, cuando oyó un murmullo como de voces lejanas que luego le parecieron rezos. Miró por la rendija de la puerta y vió que por toda la calle abajo venía un gentío con luces encendidas. Un nietecito suyo comenzó a llorar en ese momento y para consolarlo fue a su cunita, lo cogió cargado y volvió a la puerta; la abrió un poquito más para ver mejor y ahora pudo apreciar que una gran procesión, como la del Viernes Santo, (sólo que más rápida), venía caminando también por los portales. Notó que todos venían alumbrando; no había una sola persona que no trajera su vela encendida. Ya llegaban frente a su puerta. Iban rezando el rosario. De pronto una de las “alumbrantas” le entregó una vela grande encendida, que ella tomó con la mano izquierda que le quedaba libre. La misteriosa procesión siguió adelante y cuando María Chismosa apagó la vela se dió cuenta de que era muy dura y que no era enteramente redonda y tenía protuberancias en los extremos. Trató de prender la vela y no pudo. Comprobó que no tenía mecha y empezó a temblar de miedo. Prendió luz y “¡Jesús, Ave María Purísima!”, exclamó. “es una canilla de muerto lo que me han dado”. Presa de terror llamó a la vecina y le mostró la tibia macabra; y enseguida se pusieron a rezar. “Esas fueron las ánimas” convinieron las dos. La vecina le aconsejó que fuera a ver al cura y así lo hizo muy temprano en la mañana.

El Cura después de oír la historia de María Chismosa le dijo que se había salvado porque tenía el niño en los brazos y le aconsejó entonces que otra noche, cuando volviera a pasar la procesión, le devolviera a un ánima el hueso de muerto, pero que tuviera el niño en los brazos.

Así lo hizo una noche que volvió a pasar, a la misma hora, la procesión macabra. Le entregó la tibia de muerto a la primera ánima que pasó y ésta, volviéndose hacia ella y dejándole ver su cara descarnada, le dijo moviendo en horrorosa mueca los huesos de su boca: “Te has salvado por cargar en tus brazos un

VEINTISÉIS LEYENDAS PANAMEÑAS

niño inocente, María Chismosa. Quédate en tu casa y no averigües más la vida ajena”.

“Hoy no, mañana sí”

Tres días hay en el año
Que son de veneración:
Viernes Santo, Corpus Cristi
Y el día de la Encarnación.

A sí cantaba, “a lo divino”, un viejo cantador de “mejorana” un 25 de marzo, día de la Encarnación, en la Placita de Jesús de la Villa de Los Santos. Y siguió luego cantando las cuatro décimas de pie forzado que se acostumbra en las “mejoranas” y en las cuales, como es de rigor cada décima termina con un verso de la redondilla. Había alguna gente rodeando a los cantadores porque en el interior siempre hay entusiastas de las costumbres tradicionales y de la música típica; pero a unos pocos metros de distancia había un “rancho” con orquesta afrocubana que tocaba guarachas y rumbas, con alto parlante e imitadores de Cascarita y mucha gente bailando y tomando.

—Mire Ud.— me dijo un viejo, de los que escuchaban el canto “a lo divino”, señalando hacia el lugar de las estridencias africanas irreverentes.— Mire Ud. cómo cambian los tiempos. Ya no se respeta nada. ¡Un día tan grande como éste, señor! Y esa gente profanándolo, con sus bailes y su música indecentes. En otros tiempos el día de hoy se respetaba. Nadie se atrevía a chistar; nadie bailaba, ni cantaba, ni trabajaba, ni mucho menos parrandeaba. No se juntaba candela, vea. La comida se hacía el día

antes y se comía fría el día de la Encarnación. Porque este día es sagrado, el día de la Encarnación del Señor, del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María Santísima. Sólo se permitía cantar décimas y cantarlas “a lo divino” porque eso es ya otra cosa; porque el canto “a lo divino” es el canto de las cosas de Dios y de la Religión. Las décimas hablan de las profecías, de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor, de los misterios de la Religión, de las glorias y milagros de la Virgen y de los Santos, etc.

—Hoy, sólo los campesinos respetan esas cosas. Ud. no consigue que un campesino cometa la irreverencia de bailar un día como hoy, ni la de emborracharse y escandalizar como lo están haciendo en esa cantina; mire Ud. Y tampoco consigue que un campesino trabaje el día de la Encarnación por ninguna plata, porque éste es el día en que habló el buey. Eso sucedió aquí cerquita, en Doña Juana, una finca próspera en un tiempo y que ahora es un “restrojal”. Sucedió que un hombre “llamarse” Mela, olvidando los mandatos de Dios que ordenó que este día se respetara y no se trabajara, un día como hoy, muy de mañana, enyugó los bueyes y los “puso” en la carreta; y él que puya a uno de los bueyes con la garrocha y le dice: “jala bueycito” y el buey que se “revira” y le contesta:

“Hoy no, mañana sí”.

—Ahí mismo cayó el hombre, privado del sentido y no volvió más en sí. Se murió ese mismo día.

Cuando el buey le habló al hombre, pegó una patada en una laja y ahí quedó marcada la huella en la piedra, como para recordarle siempre a los hombres que ese día no se trabaja. Si Ud. quiere verla podemos mañana ir allá; queda cerquita.

Así habló el viejo y yo después averigüé con algunos amigos de Los Santos lo de la huella y me han asegurado que, efectivamente, en un rastrojo, en donde antes hubo una finca, en un lugar llamado Doña Juana, hay una laja casi a ras del suelo y en ella una marca que tiene parecido indudable con el rastro que deja la pezuña de una res y que se dice fue la huella que dejó el

VEINTISÉIS LEYENDAS PANAMEÑAS

buey que un día de la Encarnación le dijo a su amo que lo puso a trabajar:

“Hoy no, mañana sí”.

El “Esquipulas” y los “Esquipulitas”

“**Y**a vienen, ya vienen”, se oye por todas partes. La gente se mueve de un lado para otro, tratando de acomodarse en las estrechas aceras y en los portales para ver mejor. “Ya vienen, ya vienen” los “Esquipulitas”. Hay miles de personas en los portales y aceras y muchos se echan a media calle porque no caben en las orillas. La gente hace un zumbido de colmena. Hasta nosotros llega una confusión de ruidos y sonidos discordes, entre los que sobresalen las voces de pequeños tambores o cajas destempladas. A lo lejos se ven titilar, subir y bajar y formar ondas, miles de luces rojizas, en hileras irregulares que se mueven poco a poco hacia adelante. Aumenta el ruido de tambores, pitos, guitarritas roncacas “hechizas” y violines destemplados.

Ya se ven llegar los primeros grupos de peregrinos, cada uno con su “Esquipulita”, una pequeña imagen blanca del Crucificado, llevada en andas por una sola persona en un altarcillo lleno de flores y adornos de vistosos colores, banderitas de papel picado, espejitos y baratijas; y rodeado todo de luces de antorchas, faroles y velas. Pasan, uno tras otro, los “Esquipulitas”, veinte o más de ellos, cada uno con su séquito de indios, con su orquesta primitiva y sus alumbrantes. No hay una sola melodía, una sola expresión de sentimiento de piedad o de fervor religioso. Pareciera que el objeto de los instrumentos es sólo hacer ruido en las formas más desagradables y diversas. Y los indios

pasan, como sombras silenciosas, resignados y tristes, herméticos, enigmáticos; y da tristeza verlos pasar y no poder penetrar ni un poquito siquiera en el misterio de sus sentimientos, de sus motivos, de sus anhelos, de su fe y sus esperanzas. Más que cristianos creyentes parecen autómatas atontados por la superstición y la tradición de siglos, de una conquista hecha más que por la espada, por la cruz.

Esos pobres indios llegaron anoche, esta madrugada o esta mañana, después de recorrer a pie inmensas distancias por caminos fragosos. Vienen de la cordillera, de los valles, de las orillas del Lago Gatún, de los confines del distrito de Antón y de parte de los distritos vecinos, cada grupo con su santito, sus instrumentos, sus tambores; y antes de bajar a la llanura de Antón, han recorrido los villorrios a donde el “Esquipulita” ha ido de visita y ha pasado en alguna casa que reclamó el privilegio de albergarlo por una noche y en donde ha recibido dádivas o limosnas de los fieles.

Los “Esquipulitas” son imágenes y embajadores del “Esquipula” grande y se pasan el año en las montañas, cada uno en un sector señalado, en alguna casa principal de alguna aldea, que tradicionalmente ha tenido tal privilegio; y de esta manera pueden los “cholos” y otros campesinos disfrutar de los beneficios de la acción directa del Santo Cristo de Esquipulas que tienen allí cerca, en la forma del pequeño crucifijo llamado “Esquipulita”.

La peregrinación de los “Esquipulitas” por los campos de la sierra comienza con bastante anticipación y el itinerario de cada uno está tan bien calculado, que terminan todos la víspera del quince de enero, en el pueblo cabecera, Antón, a donde empiezan a llegar el catorce en la noche, uno tras otro, todos con su música monótona y llena de discordancias, todos con la misma policromía de flores, adornos y vestidos de colores diversos y las luces de antorchas humeantes y lámparas que llenan de cocuyos humanos la inmensa noche interiorana, camino de la iglesia de Antón, amplia, blanca y limpia, que los espera esta noche toda iluminada y

con las puertas todas abiertas de par en par. Allí van llegando, uno por uno los “Esquipulitas” con su cortejo de “cholos” y “cholas” que los dejan ahí en el templo y se van luego a descansar o a divertirse un poco, para volver la noche siguiente a buscarlos para ir a la procesión.

•••••

En tanto, la procesión sigue su marcha. Pasan los últimos cholos y otros campesinos y ya el primer grupo de “Esquipulitas” va llegando a la iglesia. Detrás viene la procesión más ordenada, con la gente del pueblo y de los pueblos vecinos y de la Capital, en largas filas paralelas de alumbrantes y una inmensa cantidad de gente que marcha a su lado, al son de una música marcial; luego siguen el Santo Cristo y detrás de él una multitud enorme y apretada. Es la procesión del quince de enero, la procesión del Santo Cristo de Esquipulas, patrón de Antón, en la provincia de Coclé. Medio Panamá ha venido a verla y las calles del pueblo, fuera de la ruta de la romería, están atestadas de automóviles de todas las marcas y formas. Cuando la procesión llega a las inmediaciones de la Carretera Central, el tránsito por ésta se interrumpe un buen rato. Es que la fama de esta imagen del Divino Redentor es enorme, como que sólo es igualada en el país por la del Jesús de la Atalaya y la del Nazareno de Portobelo.

Es imponente el espectáculo:

El Cristo de Esquipulas es una bella imagen del Redentor, dolorosa y sangrienta, de una grande y trágica belleza; y es grande de tamaño, con las dimensiones de un hombre; y con una humana expresión de dolor y de angustia. Visto el conjunto del Santo Cristo, en la sólida Cruz (a cuyos pies hay toda una floración de rosas), sobresaliendo entre la multitud polícroma, sobre las luces y el humo y contra el fondo azuloso y profundo de la noche, ofrece a la vista un espectáculo impresionante, majestuoso, magnífico.

No se sabe exactamente cuándo llegó a Antón la sagrada imagen del Cristo Crucificado. Ha sido desde entonces adorada y es

cada día más venerada por los antoneros y por gente de todas partes que oyen los relatos de sus milagros y prodigios y así se suman a los miles que todos los años le piden al Santo Cristo de Esquipulas alguna gracia y le ofrecen una manda que después pagan con miniaturas de oro o de plata, que la gente ha dado en llamar “milagros” por haber sido regaladas por los fieles a cambio de los milagros con que fueron favorecidos. Un inmenso rosario de estos “milagros” sirve de adorno a las andas del Cristo de Esquipulas, formando una doble cadena que pende de la parte más alta y de los brazos de la cruz y rodea el cuerpo del Cristo hasta los pies, formando así un doble juego de triángulos, dispuestos en una forma artística que disimula un tanto ese despliegue de muda propaganda.



Sobre el Cristo de Antón, llamado de Esquipulas, existe más de una leyenda. Se dice, por ejemplo, que en la época colonial se vararon en las playas de Antón los restos del naufragio de un barco que llevaba hacia Guatemala la preciosa carga de la imagen de Cristo Crucificado, que fue encontrada en una caja por unos pescadores antoneros, en la playa. Así, pues, el Santo Cristo, cuyo destino era Esquipulas, en Guatemala, por la voluntad del Altísimo vino a dar a las playas de Antón, empujado por la fuerza incontrastable del mar, ciego instrumento de la más alta y poderosa fuerza que rige el universo: los designios de Dios. De allí, dice la leyenda, el nombre de Esquipulas que lleva la imagen del Crucificado que se venera en Antón.

Hay otra leyenda, tan antigua y tan hermosa como la anterior, acerca del Santo Cristo y es que, estando en apuros el pueblo de Antón por la falta de una imagen de Cristo Crucificado para la celebración de la Semana Santa, se apareció de pronto en el pueblo un hombre misterioso, de modales exquisitos y de una gran simpatía personal que se ofreció para hacer la imagen, lo cual hizo encerrándose por unos días en un improvisado taller. Cuando los antoneros fueron a ver la imagen quedaron atónitos

ante su fidelidad y su belleza; pero nunca pudieron darle las gracias siquiera a su benefactor, quien desapareció tan misteriosamente como había venido, sin haber tocado los alimentos que todos los días le habían llevado a su retiro, mientras parecía trabajar en su obra. Ni una brizna de madera se encontró tampoco por ninguna parte. La obra había sido, evidentemente, un milagro.

Hay aún una tercera teoría sobre el nombre del Santo Cristo de Esquipulas. Debido a la justa fama de que goza en todo Centro-América el Santo Cristo de Esquipulas de Guatemala, tanto por su hermosa basílica como por sus milagros, alguien indujo a los antoneros a ponerle a su Santo Cristo el nombre de “Esquipulas”, en la esperanza de que rivalizara con el de aquel pueblo guatemalteco en fama y poderes milagrosos. Y dicen que hasta la fecha de la celebración de su fiesta fue cambiada y que el quince de enero que es la fecha de la festividad del de Esquipulas, vino así a ser también la del Santo Cristo de Antón.

De las tres leyendas la última francamente no es de mi agrado y no alcanzo a comprender, honradamente, cómo puede agradecerles tampoco a los antoneros que su Santo Cristo haya tenido que adoptar el nombre de un pueblo de Guatemala o de cualquier otro pueblo, cuando el nombre de Santo Cristo de Antón suena tan bien al oído y en el corazón de los panameños que queremos todos al simpático pueblo de los llanos.

El familiar

El Viernes Santo, a las doce de la noche, cae la flor del higuerón. La persona que quiera tenerla como un *resguardo*, tiene que cogerla esa noche, apenas cae, sin hablar con nadie. Pero si se desea tener algo mejor, “un familiar”, se cogen cuatro gatitos negros y la flor del higuerón, se ponen en una olla de barro que se tapa con otra olla de iguales dimensiones; se pegan las dos ollas con engrudo; luego se reza la oración del perro prieto; se pone todo al fuego y empiezan esos gatos a llamar al Diablo... Después de un rato se baja la olla, se destapa y se encuentran cuatro muñequitos que se guardan cuidadosamente en una *tula* o en un *churuco* o en alguna otra vasija conveniente y se ocultan en algún lugar de la casa para evitar que sean descubiertos por algún curioso. Este es “El Familiar” y cada uno de los muñequitos es “un socio”. El que tiene “un socio” ya es persona de grandes recursos; pero el que tiene “un familiar” adquiere poderes increíbles porque “El Familiar” sirve para todo. Le avisa a quien lo posee los males por venir; le dice lo bueno y lo malo; le da consejos sobre todas las cosas, ya sea que se trate de las siembras y las cosechas, ya de asuntos amorosos o de cuestiones de honor; y, sobre todo, le sirve a su dueño para *resguardarlo* de los peligros y de la muerte.

Así, armado de estos poderes extraordinarios, el hombre se vuelve invencible; y cuentan los viejos que mientras “El Familiar” exista, su dueño no puede morir. Tan grande es su poder.

Así sucedió por ejemplo, en el caso del gran espadachín y hombre valiente de Tonosí, Paulino Frías. Este hombre extraordinario cortaba o le daba planazos a casi todo el que llegaba a Tonosí, *desbarataba* los bailes cuando se le antojaba, peleaba con todos los “guapos” de su tiempo y, lo que es más extraordinario aun, los señalaba nada más sin verdaderamente haberle dado muerte a ninguno; y él, desde luego, salía siempre ileso, sin un rasguño siquiera. Y “cuando se le llegó su hora” y estaba grave de muerte, *no podía morirse*. La mujer, velando junto a la cama, creía que ya estaba muerto y, al rato... Paulino vivo otra vez. Volvía y le daba otro paroxismo y otro y otro; boqueaba y todo, pero siempre volvía en sí hasta que, después de días de agonía y de angustias, llamó al fin a su mujer y le confesó, al oído, su secreto. Le dijo que no podía morirse y que deseaba morir; y que la causa de su prolongada agonía era un “familiar” que tenía.

—Saque esa *churuquita* que tengo debajo de la cama—, le ordenó. Haga una *candela* grande y quémela, que mientras no haga eso no me puedo morir y quiero descansar.

Apenas hizo esto la mujer, murió Paulino, en paz.

El retorno

¿Ve Ud. ese viejo caserón en ruinas, con amplio portal y balcón de madera torneada a la antigua, con amplias ventanas con rejas, y con puertas grandes como de iglesia, tejas enormes, negras y verdosas por el musgo y la acción de la humedad y del tiempo; y con grandes ladrillos como los que había antes en la iglesia parroquial de Santa Librada? Pues bien, ese caserón vetusto, cuyas paredes desplomadas amenazan caerse cualquier día, guarda una bella historia de amor y de tragedia. Ha estado deshabitado por más de un siglo porque todo el que ha intentado vivir en él, ha tenido que abandonarlo al poco tiempo por los mil ruidos que ahí se escuchan, especialmente de noche: sollozos, gemidos, lamentos y, a veces, en las noches de luna, chasquidos de besos, suspiros y dulces palabras, apenas perceptibles. También se asegura que, por mucho tiempo, los que pasaban de noche por el camino real, delante de la casa, veían a veces, entre los naranjos de la huerta, dos sombras blancas, como de seres humanos, que de pronto desaparecían en la oscuridad; y se asegura que eran las ánimas de antiguos dueños de la casa, dos infortunados amantes, cuya extraña historia de amor y devoción se conserva en las tradiciones de los descendientes de su único hijo, fruto de sus románticos amores, que quedó recién nacido al morir sus padres y que fue criado por una tía, hermana de su madre, “con guantes en las manos”. Aquí en Las Tablas todos han oído hablar de los “aparatos” que se oían y salían en la vieja casona; pero pocos son los que saben la historia de lo

que allí pasó hace más de cien años porque con el tiempo la gente va olvidando, los viejos se mueren y, con ellos, las tradiciones, las leyendas y muchas historias ciertas que si no se escriben se pierden, al fin y al cabo.

Nazario de la Roca y Lorenza de Agreda, dos jóvenes de las familias más acomodadas de la comarca, acababan de contraer matrimonio y se habían ido a vivir en una hermosa casa que la familia del novio había especialmente construido para ellos en una finca o huerta, cerca del pueblo, antes de llegar a la Serrezuela, en el camino real de Las Tablas a Guararé. Allí pasaron la luna de miel, entre los naranjos y marañones de la huerta, el cuerpo envuelto en los sutiles olores de los azahares y flores de marañón y el alma ebria de las delicias del amor satisfecho. Tendidos a la sombra de los naranjos, de los harinos o de los higuitos, se pasaban horas y horas, los cuerpos entrelazados, unidos los labios, entregados a la sublime pasión del amor.

Eran felices; y los primeros días ni la más leve sombra enturbió por un instante siquiera el hermoso idilio de su nueva vida de enamorados esposos; pero después de unas semanas, Lorenza comenzó a notar algo como una mal disimulada tristeza en el semblante de su amado. Ella “sentía” que algo, en lo más recóndito de su mente, preocupaba a su marido desde el día en que, por primera vez, se separaron, aunque sólo por breves horas, después de su matrimonio. Nazario le había dicho que tenía que ir a Guararé a asuntos de negocios. Se había ido después del almuerzo en su hermoso caballo alazán, famoso en la región por sus “términos”, por lo veloz y por lo fuerte o resistente; y no había regresado sino a prima noche, a paso trote, como si viniera de un viaje largo, y como cansado y poco comunicativo. Ella había notado el cambio y lo había acosado a preguntas. “¿Estaba enfermo? ¿Había salido mal en el negocio? ¿Qué era lo que le pasaba que estaba tan cambiado, tan callado, tan sombrío?” Él le había contestado con evasivas, con excusas un poco vagas e incoherentes; pero al fin le había dado algunas explicaciones más o menos satisfac-

torias sobre dificultades en el embarque de la carga en las *canoas* que entonces hacían el cabotaje, del puerto de Guararé a Panamá. “¡Ah! se le olvidaba algo”, había dicho ya seguro de sí mismo: “había tenido que ir con un amigo a ver un ganado a la Albina Grande y, naturalmente, esto había contribuido también a la demora”. Mientras ella le calentaba la comida él había reaccionado y había cambiado de humor; se había vuelto jovial otra vez, la había piropeado, la había abrazado y besado y le había disipado así los vagos temores de que algo grave le hubiese pasado. Pero al día siguiente y todos los días, desde entonces, en ciertos momentos, notaba ella que Nazario volvía a su mutismo, a su distracción, como si estuviera pensando lejos; y lo notaba sombrío, triste, desdichado.

Un día, mientras pasaban la hora de la siesta en una amplia hamaca, a la sombra de los árboles, se atrevió ella a preguntarle de nuevo qué era lo que le pasaba. Él estuvo un momento indeciso, entre si le decía o no la terrible verdad, pero al fin optó por no decírsela. “Era”, le dijo “que se sentía un poco agotado y que, como había vuelto a sus quehaceres después de tantos días sin hacer nada más que amarla y gozar las delicias de la luna de miel, tal vez resentía demasiado ahora el trabajo que antes hacía sin fatigarse y se cansaba fácilmente y cambiaba de humor”. Sin embargo, antes de terminar la siesta, cuando ya llegaba la hora de partir para el campo a “encerrar”, a “dar vuelta” a la hacienda y a otros quehaceres, tomando en los brazos a su joven esposa y mirándola fijamente a los ojos, casi con ansiedad, le dijo:

—Lorenza, yo te amo más que a mi vida. Me aterra pensar que algún día tengamos que separarnos. ¡Lorenza! Si por desgracia yo muriera y volviera a buscarte ¿te irías conmigo?

Había tanta emoción en sus palabras, tanta dulzura y tanta angustia a un tiempo mismo; y le brillaban de un modo tan extraño sus grandes ojos negros, que la joven, mirándolo así, sentía a la vez ternura y miedo. Comenzó a temblar y las lágrimas se asomaron a sus ojos, asombrosamente dulces y bellos.

—¿Nazario, por favor, dime qué te pasa? que me asustas. ¿Dios mío, qué es lo que pasa?—exclamó al fin Lorenza, con la voz medio ahogada por el llanto.

El joven comprendió el daño que le hacía a su amada y sobreponiéndose a su emoción, la abrazó tiernamente, le dijo al oído dulces palabras, le aseguró que no pasaba nada grave, que sólo le preguntaba eso por curiosidad tal vez, o porque era tan grande su amor que su deseo de tenerla siempre junto a sí, iba hasta más allá de la vida.

Esa noche, cuando la pálida faz de la luna comenzaba a asomar tras los montes, hacia el oriente, sentados en un banco, enfrente de la casa, recostados a la barandilla de madera labrada que se acostumbraba entonces en los balcones y portales y de la que quedan aún señales en el viejo caserón, estaban los jóvenes esposos gozando de la brisa, de la noche, de la luna, del amor. Lorenza sujetaba contra su pecho la noble cabeza del amado mientras la acariciaba con sus finos dedos marfileños de niña bien criada. Habían estado en silencio un buen rato, como sumidos en un dulce sueño, cuando súbitamente Nazario rompió el silencio y dijo, con voz suave y sin mucho énfasis:

—¿Cuánto tiempo durará esta dicha, esta felicidad que nos da nuestro amor, Lorenza?

—Eternamente, mi vida —fue la respuesta de la esposa, acompañada de un suave beso en la frente del amado—. Durará por siempre —añadió; y lo besó en los labios.

Pasó otro rato de silencio y de caricias; luego Nazario se incorporó un poco y con una dulce expresión de tristeza en el semblante, exclamó, como hablando consigo mismo:

—Si fuera posible vivir eternamente... Si no tuviéramos que morir... ¡Qué terrible es pensar en la muerte cuando se es tan feliz!

—No hables así, que me asustas —lo interrumpió Lorenza—. Pensemos en que viviremos mucho tiempo y que nuestro amor será eterno.

—Eterno —hizo eco la voz de Nazario, en tono reflexivo—.

Es verdad. La religión nos enseña que después de esta corta vida terrena viene la verdadera, la eterna vida en el cielo. ¿Dime, Lorenza, si yo muero primero y vengo a buscarte, qué harías tú?

—¿Qué crees que yo haría, Nazario, amándote como te amo? Irme contigo, desde luego, al fin del mundo, a la gloria o al purgatorio, a donde sea; pero hacemos mal en pensar en estas cosas que sólo Dios sabe y sólo Él dispone. Ven, amor mío, bésame. Seamos felices y no pensemos más en cosas tristes cuando la vida nos sonrío y el amor nos llama.

Pasaron los días y los meses en sucesión rápida y a su debido tiempo la joven esposa se convirtió en madre de un precioso niño que vino a alegrar el nuevo hogar como una bendición del cielo. Lorenza estaba encantada, a pesar de los sufrimientos y penalidades de un difícil alumbramiento, con su nuevo estado. Era ya madre, lo más noble y sublime en la vida de una mujer, y por ello se sentía feliz; pero estaba ¡tan débil! por la pérdida de sangre y la prolongada labor. Nazario, que había estado cada día más taciturno en los últimos meses, se olvidó ahora de sus penas y volvió a ser alegre y jovial como antes. Estaba loco de contento por el advenimiento de su primogénito, al que bautizaría con el nombre de Nazario, su propio nombre. Mimaba por igual al tierno infante y a la bella, noble y valiente mujercita que lo había hecho tan feliz.

Pero su alegría duró poco tiempo. Pronto los síntomas del mal que le minaba las entrañas se recrudecieron y se dió cuenta de que la profecía que meses atrás le había hecho el “médico” de Guararé, el más famoso de la región, iba a cumplirse. Comprendió que su fin estaba próximo y, aun a pesar de sus esfuerzos, una expresión de melancolía volvió a reflejarse en sus ojos negros y grandes.

•••••

Aquella mañana, Lorenza amaneció más débil que nunca. Se sentía una languidez, un desfallecimiento tan grande en el cuerpo y en el fondo del alma una tristeza inefable. Su hermana, que había venido a acompañarla en el evento del parto, vino muy tem-

prano a traerle el desayuno y al verle el semblante tan descompuesto, le preguntó qué le pasaba.

—No sé —le respondió Lorenza—, pero ¡me siento tan débil y los entuertos son tan terribles! No puedo moverme de los dolores que siento.

La tocó la hermana y le sintió la frente caliente y las manos y los pies fríos. Disimuló su alarma pero se fue corriendo a ver al médico del pueblo, quien le mandó darle a la enferma un té de yerbabuena, una bebida de toronjil y que le pusieran debajo de la cama una cabeza de vaca para quitarle los entuertos; y que le cepillaran pies y manos hasta que se le calentaran.

Haciéndole estos tratamientos estaba la hermana cuando le preguntó Lorenza por qué su esposo no había venido a verla como acostumbraba hacerlo todas las mañanas.

—Ah, me había olvidado de decirte—le contestó la interpelada—que Nazario tuvo que salir muy temprano y me pidió que te lo dijera, pues no quiso despertarte. Tuvo que ir a Los Santos a arreglar unos asuntos.

Lorenza trató de creer lo que le decía su hermana; pero había notado algo extraño en su fisonomía, en su voz, en su comportamiento, en todo ella que, sin quererlo, sintió algo así como un vago presentimiento de desgracia. Todo el resto del día pasó aparentemente tranquila, pero una sensación de sobresalto y de amargura llenaba su corazón, de tal suerte que ni siquiera se preocupaba de sus propias penas corporales.

Al llegar la tarde sentía una sed horrible. Su hermana le daba jarro tras jarro de agua de la tinaja en la que previamente se había colocado un pedazo de azufre para evitar “el pasmo”. Empezó a oír rumores de voces discretas, provenientes de algún sitio remoto de la casona. Sentía en las sienes el martilleo de las arterias, sudaba profusamente. Pensó en el marido que tardaba en volver y sintió una gran ansiedad. De pronto, como un aluvión, cayeron sobre ella los más negros presentimientos que en vano trató de alejar de su mente.

—¡A Nazario le ha pasado algo !— exclamó al fin, dirigiéndose a su hermana que ya no se separaba de su cama. —¿Dónde está Nazario, que no ha venido? ¿Por qué no viene, qué le ha pasado?

Trató de levantarse pero no pudo. Su hermana, nerviosa, compungida, la contuvo en sus inútiles esfuerzos, la tranquilizó lo mejor que pudo con razones y dándole seguridades de que no había ninguna novedad. Le dió una medicina para tranquilizarla y al fin se quedó dormida Lorenza, libre de preocupaciones.

A la media noche un gran ruido turbó su sueño. Estaba soñando y despertó en el instante en que, acostada boca abajo sobre una corriente de agua fresca y cristalina, bebía a grandes sorbos el agua deliciosa. Estaba con la boca seca, con una sed espantosa. Soplaba un viento huracanado, llovía torrencialmente y se oía el crujido de las ramas de los árboles que se quebraban por la fuerza del viento y caían con un sordo ruido, con un golpe seco, contra el suelo. Lorenza encendió una vela de cera negra que tenía ahí cerca de la cama y se estremeció, de frío y de temor, cuando la luz llenó el amplio aposento en donde ella dormía con su hijito y con su hermana. Allí, a su lado, estaba el nene, en su cuna, tranquilo, indiferente, profundamente dormido: “Hijo adorado”; más allá su hermana, vestida, descansaba, acostada al través en una cama. En medio del ruido de la lluvia y del viento, Lorenza creyó oír rumores de voces y luego, algo como llantos femeninos, bien muy lejos o en voz muy baja. Una ola de frío le subió de los pies a la cabeza; se puso a temblar. El viento silbaba afuera; una ráfaga vino rugiendo a estrellarse contra la casa; se abrió de pronto violentamente una ventana y se apagó la luz. Lorenza dió un grito de horror, saltó de la cama y tomando al niño entre los brazos lo apretó contra su corazón, como para protegerlo de algún enemigo invisible. Madre e hijo comenzaron a llorar desesperadamente, mientras que la hermana de Lorenza, súbitamente despertada por el grito de ésta, en vano trataba de sosegarla. Al fin, después de encender de nuevo la luz y de ayudar a Lorenza, (que no había podido mantenerse en pie y estaba sentada en el suelo con el niño

en los brazos), a volver a su cama, pudo al fin acostarla y colocar al niño en su cuna.

Lorenza sentía que el mundo le daba vueltas, que sus sienes querían estallar; que el corazón quería salirse del pecho. Luego, se fue serenando, poco a poco y pudo, al fin, hablarle a su hermana, de esta manera:

—Hermanita, tengo miedo; ven, acércate a mí.

—No tengas miedo, hermana mía, si es sólo una tormenta —respondióle la hermana—. Tranquilízate. Duerme.

—¿Y ese llanto? ¡Ese llanto otra vez! ¿Y Nazario? No me lo ocultes más, por favor, a Nazario le ha pasado algo.

Luego se quedó mirando fijamente a un rincón del aposento, sonriente, con la felicidad esbozándose, poco a poco, en su faz descompuesta por la fiebre y el temor. De pronto exclamó, haciendo un esfuerzo por sentarse en la cama:

—¡ Nazario ! mi amor, mi vida, ¿ dónde has estado todo el día? ¿qué ha pasado?... Ven, mi querido, ven que he estado todo el día esperando... Tenía miedo... Negros presentimientos... pero... ¡Gracias, Dios mío, estás sano y salvo!

La hermana, pálida como una muerta, estaba allí cerca esperando ansiosamente una oportunidad para interrumpir el fantástico monólogo. Ella no veía nada en el cuarto. Su hermana estaba, evidentemente, delirando.

—¡Lorenza! ¡Lorenza! — le dijo al fin tratando de atraer la atención de su hermana; pero ésta seguía mirando fijamente al rincón, como si no oyera nada. —Tu esposo, Lorenza, no ha regresado todavía, dijo al fin la hermana. —Tú estás enferma, querida, estas asustada, tranquilízate, duerme—. (Con las manos le acariciaba la frente y trataba de bajarle con suavidad la cabeza para que descansara sobre la almohada). Pero Lorenza insistía:

—¿Por qué no vienes a besarme, Nazario? ¿Por qué no besas a tu hijito? ¿Por qué estás siempre tan triste, tan sombrío? (Su voz y su tono eran implorantes).

Se quedó un momento atenta, como escuchando, y luego dijo, ya en un tono más natural, casi de resignación:

—Sí, amor mío, perdóname. Comprendo... Me había olvidado... Yo te lo prometí, lo recuerdo muy bien... Me iré contigo.

—Estás delirando, hermanita —la interrumpió su hermana—. Voy a buscar al médico, enseguida.

—No, no es delirio, hermana; Nazario ha muerto y ha vuelto a buscarme —le respondió Lorenza.

De nuevo se oyó, ahora más distinto, el llanto en algún lugar distante. El viento seguía azotando las ventanas. Crujió una rama de un árbol afuera y cayó con gran estrépito. Volvió a despertar el niño y rompió a llorar de nuevo desesperadamente.

Lorenza decía palabras incoherentes y respiraba con dificultad. Su hermana, llorando desconsolada, salió de la alcoba en busca de ayuda. Ahora que estaba abierta la puerta se oía bien claro el llanto en el otro extremo de la casona y los murmullos del rezo de damas enlutadas que vinieron luego, poco después, apresuradamente, en auxilio de la pobre Lorenza de Agreda.

Poco después el infante dejó de llorar, de pronto, y se hundió de nuevo en el vacío sueño de los niños.

•••••

Al día siguiente, la gente de Las Tablas asistió al entierro de los dos infortunados amantes, cuyas sombras aún suelen aparecer, de tarde en tarde, entre los viejos árboles de la huerta en donde vivieron su amoroso idilio hace ya más de un siglo.

El niño Nazario fue recogido por su tía y más tarde fue tronco de una familia que aún existe y no lleva trazas de desaparecer.

El loro de Doña Pancha

Casi a la orilla de la quebrada vivía Doña Pancha, lejos del bullicio del pueblo; pero cerca del camino real de Las Palmas, Las Cabras, Perales, Las Trancas y demás villorrios montañoses. Mitad beata, mitad bruja, un poco excéntrica pero en el fondo hábil comerciante también, ella era buena con los campesinos, a los que daba posada en su casa y en los ranchos auxiliares que tenía y les dejaba también soltar sus caballos en el amplio patio contiguo a la casa, en donde, además de árboles frutales, había un rincón de llano. Nunca iba al pueblo a menos que fuera a una necesidad urgente, o, si moría alguno, cuando sin explicaciones a nadie, se presentaba siempre al velorio, inesperadamente, y rezaba adelante un par de rosario para regresarse luego, silenciosamente como había venido, a su retiro de la casa solitaria.

Doña Pancha vivía sola y vivía del comercio con los transeúntes, los campesinos que a diario entraban y salían del pueblo y con los cuales cambiaba plátanos, ñame, yuca, frijoles, café, arroz y frutas de la tierra, por sal, azúcar, manteca, machetes, bastas telas y algunas otras mercaderías que el campesino necesita. La gente del pueblo, en el barrio vecino, iba también en gran número a comprar allí las verduras y otros comestibles. Pero Pancha sólo hablaba con ellos lo estrictamente necesario.

El encanto de todos los parroquianos eran los animales diversos que allí tenía «Ña Pancha» en jaulas o andando libremente,

según su clase y condición. Estos animales eran regalos de sus amigos campesinos y constituían sus únicos compañeros. Había monos, (gungún y carita), pájaros cantores de diversas clases (bimbines, picogordos, puís, chuíos, chapines); un gato negro, un par de perros, una guacamaya de vistosos colores, una pareja de venados mansos, un conejo muleto, etc., etc. Pero la atracción principal atracción de todos era el loro, un loro verde y grande como los de Tonosí, con blanco pico y ojos rojizos, brillantes y expresivos y un collar de plumillas amarillentas entre la cabeza y el cuello.

Como Doña Pancha vivía sola con sus animales y nadie sabía a ciencia cierta de donde había venido; y cómo era, además, rara y misteriosa en sus costumbres, decían la gente que Ña Pancha tenía algo de bruja o hechicera y que ese loro no era como todos los loros porque no sólo era parlanchín y repetía todas las cosas que oía sino que miraba y escuchaba y actuaba como la gente. Y hubo hasta quienes llegaron a pensar que “quién sabe si era un duende o alguna persona embrujada” que Ña Pancha con sus poderes sobrenaturales mantenía allí cautiva. El hecho es que el loro llamaba la atención de todo el mundo por sus acciones extraordinarias. Parado en su estaca, estaba atento a todo lo que pasaba a su alrededor. Él llamaba las gallinas a comer, *espantaba* a los perros y al gato, avisaba a Doña Pancha cuando llegaba un cliente o un amigo, saludaba a la gente, les preguntaba qué querían comprar o vender y, muchas veces a cierta hora de la noche, se le oía ayudándole a su ama a rezar el rosario. Pero sobre todas las cosas, lo que más extrañaba y más captaba la imaginación popular era ese modo de mirar del loro, esa extraordinaria expresión de inteligencia y esa comprensión de las cosas, que parecían humanas.

Un día el loro había dejado su estaca y había salido a dar un paseo por el patio. No podía volar mucho porque, con un ala recortada, a pesar de que con el tiempo le habían crecido bastante las plumas, no podía hacerlo muy bien. Pero, revoloteando un poco y agarrándose, para subir, con el pico y con las garras, se

fue trepando, de rama en rama, en un árbol de mango muy grande, que en patio había, hasta llegar a las ramitas más altas. Desde allí contemplaba los tejados de las casas más cercanas, la quebrada, el llano y allá, un poco más lejos, las primeras colinas. Soplaban una brisa un poco fresca del Suroeste y grandes y negras nubes se veían acumulándose en el horizonte. Los gallinazos volaban en círculos concéntricos, primero muy alto, luego más y más bajo, a medida que iba arreciando el viento; y finalmente bajaban en picada, con las alas recogidas, hasta buscar el refugio de algún árbol cercano. Se vió la culebrilla de un relámpago y oyóse luego la detonación de un trueno. El viento se hizo más y más fuerte; bajaba en ráfagas violentas, como remolinándose por montes y prados y por la quebrada y la llanura, zumbando y arrastrando hojas y ramas y mil otras cosas que encontraba en su camino y que levantaba en alto con sus brazos de gigante para arrojarlas lejos un instante después. La lluvia comenzó a caer, primero en gruesas gotas distintas, separadas, discretas y fuertes; todo se fue oscureciendo rápidamente y la temperatura se hizo de pronto más fría. Luego se *tupió* la lluvia, llovía a torrentes; y el viento se hizo huracanado y los truenos y relámpagos se multiplicaron. Los árboles y las palmas, azotados por el viento, se inclinaban y gemían y zumbaban ante el empuje de la tempestad.

En medio del ruido ensordecedor, se oía al loro de Doña Pancha que gritaba desde lo alto del árbol llamando a su dueña, implorando ayuda, a veces, y otras, lanzando alguna interjección fuerte entre retazos de padre nuestros y de las letanías.

—Ave María Purísima.

—Madre de la Divina Gracia.

—Espejo de Justicia.

—Torre de David.

—Arca de la Alianza— decía el loro, bamboleándose y apretando fuertemente sus garras contra la rama donde estaba parado.

Al fin, después de un rato amainó un poco el viento, menguaron los truenos y aflojó la lluvia. Antes de una hora ya había

cesado todo; brilló el sol de nuevo resplandeciente sobre la campiña y se vió al loro bajar, todo mojado y entumido; y entrar a la casa, callado y con aire de gravedad. Pancha salió a cogerlo mimosa, diciéndole: “Lorito mío, pobrecito, está muerto de frío”. Lo arropó con una toalla; y cuando ya estuvo confortable, el loro habló y dijo, sentenciosamente:

—*Ajo*. Pancha, si no sé rezar las letanías, me lleva el Diablo.

Pero aún pasó algo más extraordinario tal vez que este incidente que acabamos de narrar.

Vivía en Las Tablas por aquellos tiempos Don Hilario Correa y acostumbraba, este señor, detenerse todas las mañanas en casa de Doña Pancha cuando pasaba en su caballo cuidado o en su macho *de silla* hacia la quebrada de Las Cabras o la de La Chavela a donde iba a bañarse todos los días. De tanto oír hablar al loro de Doña Pancha y de presenciar sus hazañas, fue tomando tanto interés en él, que trató de comprárselo a la señora. Esta al principio, no quería vendérsela, pero fue tanta la insistencia de Don Hilario y la cantidad que le ofrecía tan halagüeña, que al fin convino Doña Pancha en vendérselo. Y aquí fue Troya. El loro que seguía con interés las conversaciones de los dos, cuando vió la cosa mal parada con la decisión de su ama de venderlo, protestó enérgicamente y, volando, aunque malamente, se fue de la casa a una casa vecina y de ésta, por todos los tejados, hasta llegar a un almendro muy alto al cual se subió hasta las últimas ramas de la cumbre. Y desde allí comenzó a gritar su desventura:

—¡Venderme a mí, después de tantos años de consideraciones y buen trato; después de estar juntos tanto tiempo y de quererla yo tanto! Eso no puede ser. Es una ingratitud.

Testigos presenciales que aún viven aseguran que estas o parecidas palabras decía el loro y que lloraba y se quejaba como la gente.

Doña Pancha que se había ido detrás del loro, persiguiéndolo, en vano le ordenaba bajarse del árbol. La gente del barrio, que

bien pronto se había dado cuenta de la fuga del loro, se había unido a Doña Pancha en la cacería. Hombres, mujeres y niños corrían detrás del pobre animal y los muchachos, sobre todo, formaban un gran alboroto. Algunos corrían por los tejados; otros rodearon el árbol de almendro, todos corrían o gritaban; y los más audaces trataban de darle caza, subiéndose tras de él en el árbol, pero sin lograr alcanzarlo por no poder trepar hasta las ramitas más delgadas.

En vano le ordenaba Doña Pancha, una y otra vez, que bajara. El loro no le obedecía. Tuvo al fin que apelar a la persuasión. Tuvo que prometerle que no lo vendería; tuvo que “ponerle al pueblo de testigo” de que no se separaría de él nunca para que el loro bajara, lo cual hizo al fin, después de asegurarse bien.

Doña Pancha cumplió su promesa. No lo vendió. El loro murió de viejo y dicen las malas lenguas que Doña Pancha lo veló con cuatro velas en el rincón más oculto de la casa, lo enterró y le rezó el novenario. Todo esto puede ser pura imaginación de la gente; pero de todo ello ha quedado el convencimiento de que hubo una vez en Las Tablas un loro cuya inteligencia, cuyos dichos y acciones fueron tan extraordinarias y tan similares a los de los seres humanos, que lo han hecho legendario: el loro de Doña Pancha.

La Silampa

Legamos al fin a la cumbre del Canajagua azul. Soplaban una brisa fresca del norte y se sentía un frío acariciante, agradable, que lo envolvía a uno en una dulce sensación de placidez. Eran las cinco de la tarde más o menos y la visibilidad era espléndida. Nos desmontamos y abandonando nuestras cabalgaduras, nos fuimos por estrechos senderos entre la maleza, en busca de puntos prominentes en las rocas para ver mejor el panorama. Estábamos en un claro en medio del bosque, en el cual una mano piadosa había colocado una cruz blanca. Allí estaba Guararé, allá Las Tablas, acá Macaracas. Se veían blanquear las minúsculas casitas, como casas de muñecas, o mejor se adivinaban entre el laberinto de colinas y pequeños valles que van a morir en la tierra plana que se veía ahora de un color azul oscuro en contraste con el azul claro del mar. Las otras montañas parecen cerros de juguete, enanos; y forman las más caprichosas cadenas. Ahí a la derecha hay un valle que parece de ensueños: Valle Rico. Acá a la izquierda hay otro valle más bajo pero más amplio y que se extiende en plano inclinado hasta Guararé. Flor Amarilla, Santa Ana, Nalú y Las Trancas están allí. Atrás distinguimos la Loma del Loro, el cerro Espinazo de Caballo, Montoso, la Loma Prieta, Canajagüita, Quema y una sucesión de cadenas de montañas concéntricas que se extienden hasta el valle de Tonosí, por un lado, y hasta Macaracas, por el otro. Todos miran, todos escudriñan el horizonte por todos los puntos cardinales. Uno identifica

la albina de Los Santos, que a la distancia parece un lago; otro, la isla Iguana, que se ve como una raya gris en el mar; otro, las serranías de Herrera con el Tijera y el Ñuco, o las montañas de Coclé; y las de Campana; y Punta Chame. Por el suroeste se ven la Montaña de la Tronosa y las montañas que separan a Los Santos y Veraguas, como inmensos estadios o anfiteatros mitológicos, azulosos en medio de un velo sutil. El frío, en tanto, aumenta y, hablando y gesticulando y tomando grandes tragos de “whiskey” escocés y de “cognac” español, tratamos en vano de entrar en calor.

Julio, nuestro guía, que ha notado que Elías está tiritando, dice sentenciosamente:

—A ese se lo come esta noche la Silampa.

Todos ríen porque notan que nuestro amigo está muerto de frío, pero el viejo Marcos, que todo lo observa, me dice a media voz:

—Julio se ha referido al frío, evidentemente, porque ya por extensión se le llama también silampa, pero la Silampa es otra cosa. La Silampa es la madre de la noche.

•••••

Los últimos reflejos del poniente van desapareciendo poco a poco y sólo quedan en el cielo unas pocas nubecillas como copos de algodón deshilachados a los que la luz muriente de la tarde ha teñido de un color rosado encantador.

Julio y Marcos, después de desensillar los caballos y ponerlos a pastar, se han dado a la tarea de hacer una gran hoguera; todos ayudamos, juntando grandes troncos que después de poco tiempo arden y chisporrotean. Nos congregamos alrededor de la hoguera. A pesar de los abrigos hace frío, pues ya ha caído la noche y el viento corta. Calentamos nuestros bastimentos en las brasas que se han formado ya y entre trago y trago comemos con gran apetito la gallina adobada, (“sudada”), los huevos duros y las papas cocidas con sal. Se conversa, se habla en serio y en broma; sobre proyectos de hacer una ciudad allá en las alturas; de comenzar nosotros, haciéndose cada uno una casita para ir a vera-

near. Hablamos de los mil cultivos que hay en este cerro maravilloso en donde, además de los cafetales, hay cañaverales, maizales y arrozales en las faldas y en las laderas; en donde nacen cuatro o cinco ríos e innumerables quebradas; en donde hay un clima fresco y grato y los más bellos paisajes imaginables. Con la ayuda de los catalejos, que uno ha traído, identificamos los pueblos, por sus luces. Pedasí, Pocrí, La Palma; luego Sesteadero, La Laja, Santo Domingo y Las Tablas como si fueran una sola ciudad; Guararé, Sabanagrande, Pesé, Los Santos, Chitré, Parita, Aguadulce y hasta Penonomé, allá en la lejanía. Se ven como cocuyos dormidos, con las luces rojizas, medio opacadas por la niebla y la distancia.

Terminada la comida, nos tendemos así vestidos y envueltos en gruesas mantas de lana en nuestros catrecitos de campaña o en hamacas. Arriba tenemos el cielo, lleno de millones de astros, silenciosos, lejanos, enigmáticos. Alguien vuelve a hablar de la Silampa y se le pide al viejo Marcos que explique bien lo que es la Silampa.

—Es la madre de la noche, como decía *enantes* —dijo Marcos—. Sale a las doce de la noche, especialmente en las noches oscuras de invierno. Se ve como una sombra blanca que va creciendo y creciendo rápidamente, más alta que una palma; y así se va creciendo hasta que se pierde de vista; y si Ud. no anda listo a meterse bajo techo o debajo de un árbol, se le viene encima.

Manuel María, que ya estaba “en fuego”, comentó desde su camastro:

—Eso era cuando *amarraban los perros con longaniza*. Ahora no hay Silampa que valga. Elías, pásame acá la botella.

—Vea —continuó Marcos, dirigiéndose a mí—. Su abuelo fue un hombre que no conoció el miedo. Sin embargo, una noche tenía que ir al puerto de Mensabé, a media noche, a embarcarse. Montó en su mula y cuando llegó a la Matita del Miedo, justamente a las doce de la noche, le salió la Silampa y empezó a crecer y a crecer; se le venía para encima. Así que no le quedó

más recurso *que revirar la mula para atrás* y meterle las espuelas y correr a meterse en el primer portal del pueblo que encontró. La Matita del Miedo quedaba por ahí por el Alto del Panteón, un poco más allá de donde está ahora el Primer Ciclo.

•••••

Pronto nos envolvió una nube en sus blandas y sutiles redes, se ocultaron las estrellas y se hizo más intenso el frío. Todos nos volvimos un ovillo, arropados de pie a cabeza, y nos dormimos.

Serían las once y media o doce de la noche, aproximadamente, cuando Manuel María se despertó. Parece que por haber quedado un poco más distante de la hoguera, el frío lo tenía acosado. Envuelto en su manta roja de lana, se acercó a la hoguera para calentarse; luego se puso a atizar el fogón y trató de arrimar un par de troncos más a la ardiente pira. En una de éstas, miró para atrás y como era densa la niebla y grande y brillante la llama, vió reflejada en la nube que nos envolvía propia sombra, de proporciones gigantescas y de una forma fantástica de enorme murciélago, pues al abrir los brazos la manta que le cubría el cuerpo y que sostenía con las manos, se abría semejando un par de enormes alas.

—¡La Silampa! ¡La Silampa! —gritó Manuel, pero enseguida cayó en cuenta de que la enorme sombra que veía era su propia sombra y se rió de buena gana. Todos despertamos a los gritos de Manuel; y cuando nos enteramos de lo que había pasado, reímos junto con él o a su costa y celebramos la ocurrencia con unos cuantos tragos. Sólo el viejo Marcos no se rió, pero no dijo nada.

El aviso

El joven Eduardo Ballesteros era un liberal convencido y un admirador fanático de Uribe Uribe y del Dr. Porras. Seguía de cerca el movimiento liberal en Colombia y se carteaba con el joven líder liberal panameño, Dr. Belisario Porras. Así es que estaba, como muchos otros jóvenes de su pueblo, sólo esperando el momento ansiado de entrar en acción. Su padre y todos sus hermanos, por el contrario, eran conservadores. Don Sebastián, su padre, era un hombre muy virtuoso y trabajador que había logrado amasar una fortuna y conquistar una posición destacada en el pueblo. Por esto y por su rectitud, rayana en la severidad, más que por sus actuaciones en la política que no habían sido muchas, el Gobierno de aquella época lo había distinguido con el puesto de Alcalde del Distrito más de una vez y siempre se había distinguido por el orden y la disciplina que había impuesto en el pueblo y la rigidez con que había castigado a los que *transgredían* la ley, cualquiera que fuese su posición o su fortuna. Una vez tuvo que imponer fuerte sanción a su propio hijo, el joven Eduardo, quien en una parranda se pasó en la bebida y le cortó las cuerdas del violín al músico del pueblo en un baile. Como Alcalde, hizo arrestar a Eduardo y lo metió en el cepo, como era la costumbre de la época. Como padre, pagó los daños y perjuicios.

Sea porque heredara esa extremada rectitud del padre, sea porque le guardara rencor, cuando estalló la revolución liberal

en el Istmo y llegó a su pueblo el dominio de los liberales, el joven Eduardo fue de los primeros en la persecución de los enemigos políticos, sin exceptuar a sus hermanos y a su padre. Antes por el contrario, habiéndose escondido éstos para eludir la prisión y el pago de la contribución de guerra, fue el mismo Eduardo quien indicó a sus compañeros de armas el lugar en donde estaban. Grande fue la pena de Don Sebastián al saberse delatado por su propio hijo; pero mayor aún fue su indignación y la dignidad y entereza con que se enfrentó a sus enemigos. Todos sus caballos de silla y todo su ganado fueron secuestrados y una suma, fuerte para aquel tiempo, le fue impuesta como contribución de guerra, suma que se negó enérgicamente a pagar. Prefirió ir preso a la capital provincial antes que pagar el rescate que se le exigía. Mas antes de marchar al cautiverio maldijo al hijo descarriado y dijo que no quería verlo más en la vida. Su esposa, sin embargo, pagó, poco tiempo después, la suma exigida y regresó el viejo patriarca a su casa, pero envejecido y quebrantado por las humillaciones sufridas y el dolor.

•••••

La ciudad de David estaba de fiesta celebrando el triunfo de las armas del liberalismo. El joven militar Eduardo Ballesteros, que hacía meses se había enlistado como soldado en su pueblo natal, era ahora un oficial del ejército vencedor. Hoy se daba una recepción y un gran baile en David en honor de los oficiales; pero él había amanecido un poco taciturno, un poco triste sin saber por qué y no deseaba ir a ninguna parte sino estar solo. Ya en la tarde se encontró con su general y díjole éste:

—Capitán Ballesteros, hoy es nuestro día. Espero que nos divertiremos mucho esta noche.

—Yo no me siento bien, mi general —díjole Ballesteros—. Con su venia, yo prefiero quedarme en el cuartel. No tengo deseos de ir a la fiesta.

Pero el General insistió en que fuera y cuando llegaba la hora, sin saber por qué, sintió Eduardo el deseo de cerrarse de

negro. Cogió su chaqueta, le arrancó los cordones rojos y los botones dorados y los cambio por cordones y botones negros. Así se presentó ante el General, quien al verlo llegar vestido de esta suerte, ordenó enseguida su arresto.

Tendido en el banco que le servía de lecho, horas después, y pensando en el lejano terruño, en su casa y en su familia, sintió de pronto una mano posarse sobre su corazón. Había un profundo silencio en el cuartel. No oyó Ballesteros el menor ruido, ni vió una sombra siquiera, aunque tenía bien abiertos los ojos y, en la penumbra, podía distinguir los objetos que lo rodeaban y por la ventana podía ver bien el cielo “estrellado” y la sombra negra de un árbol cercano. Encendió una vela y examinó su celda. No había señales de gente, ni se oía siquiera el murmullo de una voz humana. Apenas llegaban a sus oídos las melodías de la música lejana del baile. Pensó en su padre; sintió ansias de llorar y lloró copiosamente. Luego, apuntó en su libreta: 23 de Abril—Once de la noche.

En aquellos tiempos no había caminos ni teléfonos ni telégrafos en gran parte del Interior de Panamá y hacía tiempo que Eduardo no sabía de su familia. Había pasado ya más de un mes desde la noche del baile de David y se encontraba ahora en las inmediaciones de Aguadulce. La fortuna había sido pródiga con los liberales que se encontraban triunfantes en todas partes y también con el joven militar que se había distinguido en los combates y acababa de ser ascendido a Coronel. Ese día, encontrándose cerca de su pueblo natal sintió deseos de ver a los suyos. Pidió una licencia y su General, hombre generoso y noble, se la concedió enseguida. Por el camino iba el joven oficial anticipando el gozo de la llegada, del abrazo de sus hermanos y de su madre: “¿Y de su padre?” Un estremecimiento de pena y de dolor le recorrió todo el cuerpo. “¿Estaría vivo su padre?” “Aquella mano que se posó aquella noche en David, sobre su corazón ¿sería un aviso?”. Desechó esos tristes pensamientos. “No, su padre estaría allá en su casa, severo, duro, austero; pero

en el fondo lleno de ternura y de amor por el hijo “ingrato” y él correría a echarse a sus pies y a pedirle perdón. Después le explicaría cómo la guerra es cruel y dura y exige del militar los más duros sacrificios, no solamente físicos sino también de orden sentimental y moral.

Iban ya llegando al pueblo; a lo lejos se divisaba la graciosa silueta de la cadenita de montañas que le sirve de fondo; ya alcanzaba a ver las verdes colinas donde pareciera que se recostaban las casas del poblado. Ahí estaba ya el llano, liso como una mesa, y en el fondo, las casitas blancas. Por el camino, en dirección contraria, venían unos jinetes, gente que iba probablemente al pueblo vecino de Guararé. Al encontrarse se reconocieron. Era viejos amigos. Se saludaron cordialmente y a uno, que era su amigo íntimo, le preguntó por su familia.

—¿Y mi padre, qué razón me das de mi padre? —le inquirió con vehemencia.

El amigo, medio sorprendido, le preguntó a su vez.

—¿No lo sabías? Don Sebastián murió hace poco más de un mes, el día...

Eduardo sacó rápidamente su libreta de apuntes:

—No me digas —le interrumpió—. El 23 de abril, a las once de la noche.

—Sí, el 23 de abril en la noche, no sé la hora exacta.

Iba el amigo a preguntarle a Eduardo por qué se había hecho el que no sabía nada, pero éste ya había azotado su caballo y salido a todo andar hacia el pueblo, ya cercano.

Llegó a su casa y se fue directamente a buscar a su madre. Se puso de rodillas, se abrazó a ella, sollozando y diciendo con entrecortadas palabras:

—Perdón, madre mía. Pídele a él que me perdone.

El “barco fantasma”

Habíamos salido de Guararé en la Catalina, pequeño barco de vela de los que hacían el comercio de cabotaje hace unos treinta años, con viento contrario, viento del noreste, rumbo a Panamá. Sobre la cubierta habíamos tendido nuestros petates que serían nuestras camas en los dos o tres días que duraría el viaje, según los signos que había en el tiempo. (Dos días si seguía soplando norte y seguíamos “voltejeando” como estábamos ahora o aun si nos íbamos “en travesía”; tres días si nos “cogía” la calma chicha frente a Chirú).

Al ponerse el sol todos nos habíamos puesto un poco románticos y habíamos cantado, acompañados de guitarras, bellas canciones románticas de la época, como aquella que cantaban Rafael y Germán, a dos voces, que conmovía hasta a los viejos marinos curtidos por la intemperie, el mar y los temporales, como Ñan Vergara, Castillo y Longo:

“Si yo pudiera tender el vuelo
Sobre los mares ricos de albores,
Rasgar las nubes del vasto cielo
Y en las riberas del patrio suelo
Colgar el nido de mis amores...”

Las muchachas también cantaron. Hubo cruces de miradas ardientes, y de esbozos de sonrisas prometedoras. Todos venía-

mos tristes por el fin de las vacaciones, pero a medida que nos íbamos alejando del terruño y cuando ya apenas se divisaba la Cordillera Central de Los Santos como una simple línea azulosa, imprecisa en el atardecer, ya empezaban a florecer nuevas esperanzas y a esbozarse nuevos planes, con un cruce de miradas o de sonrisas; ¡Josefina, Flor María, Eufemia, nombres que fuisteis un tiempo inspiración y consuelo de corazones abatidos de colegiales traviesos!

•••••

Había llegado la noche y el viento seguía siempre contrario, aunque ya era un poco tarde en la estación para que soplara el Norte todavía. A cada rato se oía la voz del piloto que gritaba a los de proa:

—¡Listos, a viral!

Y repetían aquellos la orden como un eco:

—¡A viral!

—¡Largo, escota a proa!

—¡Largo, escota a proa!

—¡Largo!

Y pasaba la “votabara” por encima de nuestras cabezas y todos empujábamos “a un tiempo” para ayudarla; luego se “ensenaba” el viento en la vela y cambiaba ésta de pronto con tan gran fuerza hacia el otro lado, que ladeaba el barquito y la punta de la “votabara” y la de la vela misma se hundían momentáneamente en las agitadas olas.

Hubo un rato de silencio, durante el cual sólo se oía el silbido del viento en las jarcias y el chapoteo del agua. La noche era oscura pero muy estrellada. De pronto se oyó la voz de Ñan que decía:

—Ahí está otra vez el maldito barco pirata. Ahí se alcanza a ver la luz a estribor.

Todos miramos y unos vieron y otros no podían ver la luz en cuestión.

—Ahora está ahí, más tarde estará a babor; después “alante”

y después atrás. Y vamos a tener mal viaje porque ese barco fantasma es de mal agüero.

—¿Qué barco fantasma es ese? — pregunté yo. Y Longo, que estaba cerca, explicó:

—¿No sabe Ud. del buque fantasma que sale por estos mares? Pues, sí señor, por estas costas sale el fantasma de un barco pirata que naufragó hace mucho, mucho tiempo. Ese barco vino por aquí con un tesoro que enterraron los piratas en alguna parte de esta costas y que nunca se ha podido encontrar. Mucha gente lo ha buscado en las islas de Veraguas y de Chiriquí. Tomás González lo buscó en Isla Iguana, en Cambutal, en las playas de Venado, en Puerto de Vela; y muchos extranjeros lo han buscado por lugares lejanos como la isla de Cocos y las Galápagos y en Punta Burica; pero el tesoro *está es por aquí*, en estas costas, entre Punta Mala y las costas de Coclé, porque por aquí es donde se ve el barco pirata que lo sale todavía a buscar de noche. Ese barco naufragó por estas costas.

—¿Y Uds. creen eso, que hay un barco fantasma. — terció uno de los muchachos.

—¿Y qué más puede ser, pues? — dijo Ñan Vergara—. Todos los marinos, los de aquí de Guararé y de Las Tablas y los de la Villa y de Chitré, hemos visto las luces del barco, de noche, que se le cambian a uno “palante” *pa atrás y pa los laos* y después desaparecen de pronto. Eso no lo hacen los barcos de *verdá* que navegan por aquí. Todos estamos de acuerdo en que es un barco fantasma y debe de ser el buque de los piratas que vino por estas costas con el cargamento de oro y se hundió después.

En tanto, seguían viendo algunos, en lontananza, luces que aparecían y desaparecían y muchos aseguraron después que, efectivamente, habían visto el barco fantasma.

Leyenda del Zaratí

La princesa está hoy más bella que nunca y está alegre y feliz. Su pecho ha sentido las primeras llamadas del amor. Sus negríssimos ojos se han llenado de ardor y una luz nueva ilumina el profundo misterio de su dulce mirar. Recónditamente sus entrañas vibran y su alma suspira y sueña y se agita por el fuego sublime. Es amor lo que siente la bella indiecita. Tiene ya quince años y es precoz y ardiente como todas las hembras de su raza. Apenas sus senos han comenzado a llenarse, (a redondearse un poco el cono moreno y pequeñito y a tomar también forma el pezón) y ya empieza a sentir extrañas inquietudes. Sus caderas van haciéndose amplias y prominente su pecho; y el vientre comienza a ponerse tenso y terso y un vello muy fino cubre el vértice de su triángulo inferior.

La princesa india se mira en el claro espejo del río que pasa bien cerca de su aldea nativa. Se suelta el largo cabello azabache que el viento agita como una bandera. Se mira en el fondo del charco y se toca: el pelo, el rostro, los senos, pequeños y erectos; retuerce un poco su elástico cuerpo; admira sus flancos, sus gráciles muslos y piernas... y ríe satisfecha. Está linda. Luego, piensa en el joven que la hace sentir y pensar cosas nuevas y extrañas, el joven indio, aguerrido y valiente, cazador y guerrero, que la anda requebrando de amores desde hace días. Piensa en él y suspira. Con las manos aprieta los vírgenes senos y, riendo, se lanza a las ondas del río.



Zara, la moza más bella y admirada de aquella comarca, es la hija del cacique Nomé, señor el más rico y poderoso de la región, que la ama entrañablemente.

Zara acostumbraba venir a bañarse al río, acompañada de sus doncellas que se quedan a prudente distancia. Nada un rato y luego se sienta en la orilla, a mirar y a soñar, mientras murmurante corre el río en su empeño eterno de llegar quién sabe a dónde.

Hoy sus ojos buscan en la distancia, río arriba, algo concreto. Hoy va a venir Chigoré, el indio que ella ama, bogando en su balsa, río abajo, porque ella le ha prometido ir con él, más abajo aún, hasta las Angosturas, en donde se harán los dos el juramento de eterno amor.

Al fin aparece el indio; llega y los dos se van en la balsa, ligera y frágil, hasta llegar a las Angosturas. En un remanso que hay antes de llegar al sitio en que el agua se encajona entre las piedras milenarias, amarran la balsa y Chigoré salta el primero a la orilla para ayudar después a la hermosa doncella a hacer lo mismo. Están a la sombra de árboles gigantes, centenarios, frondosos. Se tienden sobre el arenal y se dicen tiernas palabras. El indio aprisiona con sus fuertes brazos el cuerpo flexible y dócil; besa, casi muerde, la boca fresca y roja; desflora los senos con labios violentos; y los dos se abrazan y se aprietan con frenesí.

Después se han ido, entrelazados los cuerpos, con los brazos echados alrededor de la cintura, andando por la orilla derecha del río hasta llegar a la angostura que se inicia con la caída del agua en uno como pozo redondo y profundo, cavado en la laja viva por el chorro de agua, a través de los siglos; han cruzado el río por allí, sobre troncos de árboles, atravesados, y han comenzado a subir, por un rodeo, a una como inmensa pared de granito, del otro lado del río. Desde lo más alto de este inmenso muro que se extiende en línea quebrada, río abajo, por un gran trecho, pueden contemplar un panorama imponente: enfrente,

un paredón paralelo a éste y casi tan alto, de rocas inmensas socavadas por el agua a través de milenios; abajo un lecho rocoso, amplio, en donde las aguas han cavado aun más el cañón, formando algo así como una cueva angosta y profunda por donde corre el río normalmente, a veces torrentoso y rápido, a veces apacible y remansado. Más allá está el valle abierto y, finalmente, la línea azulosa de las montañas.

Allí en lo más alto del paredón, llenos los ojos del panorama hermoso e imponente y las almas y los cuerpos de los sentimientos y los instintos del amor, se hicieron, ante los cielos distantes, ante el radiante sol y ante el Gran Espíritu, la solemne promesa de quererse y de ser el uno para el otro. Allí, en su lenguaje rudo y primitivo, invocaron la bendición de Dios para su amor puro y salvaje. Después acordaron hablar con Nomé, padre de la princesa, para arreglar la fecha de la celebración de la boda, cosa que daban por segura, dados la condición y el rango de Chigoré que era también un cacique muy apreciado en la región y aliado de Nomé.

El regreso en la balsa, río arriba, fue lento, no tanto porque la corriente impidiera que la balsa fuera rápidamente (pues Chigoré tenía fuertes brazos y buenas palancas para impulsarla) sino porque en cada remanso, en cada bello paraje a donde hubiera lirios o flores silvestres, se detenían un rato para volver a decirse dulces palabras y a hacerse tiernas caricias. Cuando llegaron al sitio de donde habían salido horas antes, las doncellas de Zara estaban ansiosas, desesperadas por la tardanza. Así es que tan pronto llegó Zara partieron rápidamente hacia el pueblo cercano, cavilando sobre qué hubiera podido pasar para que Nomé no hubiera enviado criados u ordenanzas a buscarlas. Mientras tanto, Chigoré seguía ascendiendo el río en su balsa, cantando alegremente a la vida y al amor, al río y a la luna, cuya blanca luz se colaba por entre el follaje para llegarse hasta las ondas en formas caprichosas; siempre con la divina imagen de Zara en la mente y en el corazón y sintiendo vivo todavía en la

boca el sabor de sus labios y en las retinas el fugor de sus ojos rasgados, negros y brillantes. Ni siquiera el más leve asomo de un presentimiento de tragedia ensombreció esas horas de felicidad de Chigoré que, siempre alegre y cantando, llegó al fin a su casa, pasada la media noche.

•••••

Lo que encontraron Zara y sus doncellas al llegar a la aldea no es para ser descrito: era el caos. Oyó Zara ayes y gritos de seres humanos y aullidos de unas fieras desconocidas que mordían de modo inmisericorde a sus hermanos de raza, los indios. Vió filas de indios cautivos y unos hombres blancos y fieros, con extraños vestidos y produciendo relámpagos y truenos con unos instrumentos de muerte. Algunos de esos seres sobrenaturales corrían como flechas sobre unos animales monstruosos. Muchos ranchos ardían. Las indias lloraban desoladas, recostadas a las cercas, coma animalitos asustados; y las más jóvenes y hermosas eran arrastradas por aquellos extraños hombres hacia las sombras de los bohíos que quedaban en pie o las de los montes cercanos. Escondida detrás del tronco de un árbol, sin hacer el más leve movimiento y conteniendo la respiración, contempló horrorizada aquel cuadro dantesco y, llena de dolor y de pena, adivinó la tragedia: “unos seres extraños habían conquistado su pueblo. Su padre estaría muerto o prisionero. Y ahora que estaban sojuzgados los hombres de su raza, los conquistadores se dedicaban al pillaje y al raptó de doncellas”. Ella había oído día antes una historia similar de lo que había pasado a otras tribus vencidas, más hacia el este y el norte, en Panamá y en Chame; había oído decir que aquellos hombres blancos no respetaban ni a las princesas, a las que también arrebatában de sus hogares para hacerlas sus mujeres.

En eso algunos hombres blancos descubrieron, al fin, a sus doncellas que estaban también ocultas entre la maleta; y con ojos asustados y el corazón hecho un nudo en la garganta, vió cómo, una por una, fueron sus amiguitas derribadas, vencidas,

ultrajadas. Pensó en Chigoré, el noble indio dueño de su amor; pensó en el juramento que acababan de hacerse y sintió una dulce tristeza honda; volvió a mirar el cuadro que se presentaba a su vista y toda la cólera de su raza vencida se rebeló en ella y, sintiéndose impotente para la venganza sólo pensó ya en la muerte, en el suicidio. Veloz como un venado, silenciosa como un jaguar, emprendió la fuga sin hacer ruido por entre el monte, río abajo, hacia las angosturas. Corrió y corrió sin parar y sin disminuir la velocidad hasta que llegó al paraje paradisíaco en donde aquella tarde se había rendido amorosamente al indio Chigoré. Estuvo allí un momento tendida en el mismo sitio que había ocupado en la tarde. Se veía entre el ramaje la luna blanca y suave como una caricia y el cielo como un palio azul y lejano. Venían rumores del río y de los montes, en alas de la brisa, y gratos perfumes de flores silvestres. Pensó en su padre, en Chigoré, en la posibilidad de su deshonor; y lloró amargamente. Luego, se levantó decidida. Lentamente caminó hacia el cañón del río, ascendió poco a poco por una vereda hasta lo más alto del barranco, en donde había hecho aquella tarde su juramento solemne de amor; fue hasta la orilla misma del precipicio y miró hacia abajo. La pared vertical de granito parecía más negra, a la luz de la luna. “Pero allí el lecho del río estaba muy lejos de la base del paredón. De arrojarse desde allí, caería en la roca allá abajo, pero lejos del centro por donde el río pasaba como una negra serpiente con escamas de plata”. Caminó un rato por el filo del barranco hasta encontrar un sitio donde la pared, cortada a pico, cayera casi directamente al lecho del río. Allí se detuvo. Miró al cielo, invocó al Gran Espíritu, miró a su alrededor para llevarse la imagen de aquellos agrestes lugares que amaba tanto; pensó en su padre, al que bendijo desde el fondo de su alma; y dedicó luego su último pensamiento al apuesto mancebo que amaba, a Chigoré, su primero y único amor, cuyo nombre pronunció en el instante mismo en que se precipitaba al abismo.



Dicen que, buscando por todas partes, todas las gentes del pueblo de Nomé y de la comarca vecina, encabezados por su cacique y por el inconsolable Chigoré, al fin encontraron, al día siguiente, ya por la tarde, el cuerpo desangrado de la princesa en un recodo del río, un poco más abajo del sitio a donde ella se había arrojado la noche anterior; dicen también que el pueblo le dio al río, en recuerdo de su princesa, el nombre de Zaratí o río de Zara; y que nunca hubo en la aldea zaratina un duelo mayor ni un entierro más solemne que el de la bella princesa mártir; y que jamás ojos humanos han contemplado un dolor más sincero, una pena más honda, una tristeza más legítima que la del angustiado padre y vencido cacique Nomé, hasta el punto que la leyenda popular atribuye el nombre de la actual capital coclesana al hecho de que, conmovidos hasta la médula tanto los conquistados como los conquistadores, por la pena y el duelo del jefe indio, al referirse a la aldea zaratina, decían siempre: aquí Penó Nomé.

De la suerte de Chigoré poco se sabe. Unos dicen que abatido por el dolor de la muerte de Zara, siguió su ejemplo y se arrojó también al abismo en las Angosturas. Otros dicen que murió peleando en un intento de rebelión contra los conquistadores.

De todas maneras, nos ha quedado el nombre de Zaratí, un bello nombre para un bello río; y una bella leyenda sobre la epopeya de amor y de sangre que fue la conquista de esta América Virgen por España, y que hoy, que gozamos de independencia y libertad y de todas las ventajas de la civilización, adquiere un sabor de vino añejo, muy diferente del amargo sabor que debió tener para los que vivieron la tragedia.

La Tepesa

Estábamos cenando, ya tarde de la noche, después de un viaje en automóvil desde la capital. Sentados todos a la mesa, conversábamos con la familia X, sobre cosas diversas. Estaban allí también acompañándonos dos viejos amigos, Eduardo y Juan Manuel.

Había ya terminado la cena pero seguíamos charlando. De pronto, en un momento de silencio de los que suelen presentarse en todas las conversaciones, dijo Don Pedro, el dueño de la casa.

—¿No sabe, compadre, que ha vuelto a salir aquí La Tepesa? En estas noches la oyeron en el patio de Don Higinio o el del Dr. Franco; y Chiche Mora le hizo un disparo. Después la oyeron que se fue, quejándose y pujando, quebrada abajo.

—¿La Tepesa en estos tiempos? —dije yo riéndome de la ocurrencia del compadre y creyendo, desde luego, que estaba bromeando. Pero dijo, al punto, No Juan Manuel:

—No se ría, capitán, que es verdá lo que le ha dicho Don Pedro.

— Yo no creo esas cosas — respondí.

—Pues yo oí la Tepesa una *vej* —insistió el viejo Juan Manuel—. Mejor dicho *doj vece*. Le he oído los *pujíos* y también la he oído llorando *ni muchacho chiquito*. Cuando yo tenía trece *añoj*; me llevaron a Tonosí a vender en una tienda de mi tío. Yo dormía en el rancho grande *aonde* estaban el alambique, el trapi-

che y la cocina, un rancho grande de treinta *varaj*, *cercao* con palma de escoba. Yo dormía en una *jamaca* y estaba cara *pal* cañal, como a las once da la noche, cuando oí un *pujío* y después otro y otro; y enseguida un sollozo como de muchacho chiquito: “pum, pum, pum, ñoé, ñoé”. Los perros *latían* y corrían de un *lao pal* otro adentro del rancho, pero ninguno salió. A mí me dió mucho miedo y me arropé *de pie a cabeza*. Al día siguiente todo el mundo hablaba de La Tepesa: que había *estao* por ahí, pujando y llorando.

“Después, ya hombrecito, estaba yo una noche en el rancho *aonde* dormíamos yo y un cubano que llamábamos Cuba y que había ido a hacer un horno de quemar cal en las caleras de Ño Tomasito. Salí yo a orinal. La noche *taba clarita* como el día. En eso pujó La Tepesa, *verbi gracia*, como allá a la esquina de Santiago el tuerto, en un palo de espavé grande que había *al pie* del rancho.

“—Caballero, ¿que é eso? —dijo Cuba, temblando del susto.

“—Es la Tepesa —le dije yo.

“—¿Y eso qué é?

“Entonces le expliqué yo que la Tepesa es un espíritu, el ánima de una mujer que mató a su hijo recién nacido y que Dios la castigó poniéndole la penitencia de andar por el mundo gimiendo y llorando, buscando en vano el hijo perdido. “Te pesa y te pesará, hasta el día del Juicio”, le dijo una voz del cielo y por eso la llaman Tepesa. Pasó un rato. Cuba estaba *muerto de miedo*, *arropao* de pie a cabeza y yo, aunque un poco temeroso, salí, aprovechando que la Tepesa se había *callao*, porque tenía una mujercita por ahí cerca y quería *dormí* con ella esa noche.

“Ya iba yo llegando al rancho de Rosita, que así se llamaba ella. En la *contracerca* del rancho había un palo de guayabo. Yo me agarré del *palo pa* meterme adentro, cuando me sollozó la Tepesa arriba del palo. Del susto di un brinco y quedé adentro. Casi rompo la puerta del rancho con la cabeza y no vi ni la escalera de *guarumo pa* treparme al *catre*; me agarré de la *cadena*, del

rancho, me *solivié* y quedé en el *catre* con Rosita, temblando y *apretao* con ella. Una tía de Rosita que *taba* también durmiendo ahí, me dijo: “¡Cómo se ha visto con la Tepesa, blanco! *Taba* arriba *der* guayabo”.

Hubo un momento de silencio, silencio profundo de alta noche interiorana. El pueblo ya dormía. Atrás se extendía el patio espacioso, lleno de frondosos árboles y de la oscuridad de la noche. Parece mentira, pero a pesar de la educación y de la certeza de lo fantástico y absurdo de estas creencias, en ese medio, en las noches calladas y oscuras del campo, al oír relatar esos cuentos que lo hicieron a uno temblar en la niñez, no puede uno sustraerse a un ligero estremecimiento de recelo y a un algo inexplicable como un brote momentáneo de credulidad.

—Y una vez —terció Eduardo, que había escuchado en silencio—, el *tata* de Nieves Vásquez tenía una *molienda* en el río Perales. Estaban ya todos acostados una noche pero no se habían dormido, cuando oyeron la Tepesa. Uno de los *piones* que era muy *chusco* le gritó: “María del Rosario, vení *a rezal* por el bien que perdiste”. Dicen que se puso tan brava que eso *no tenía aguantadero* y se venía hasta el mismo real *aonde* estaba la gente, sollozando y pujando. Los *perroj* *gemían*, con el rabo entre las *piernaj*, y se metían debajo de las *jamacas* y los *catres* de los *piones*, hasta que tuvo el señor Claudio que *rezal* la *magnífica*... Entonces la oyeron *dir* río abajo.

—Y una señora que llamaban la Fufa la vió aquí mismo en el pueblo, en la isla —añadió Don Pedro, que era quien había iniciado la conversación sobre este tema—. Dice que la vió una madrugadita, antes de llegar a la quebrada; que es chiquita como del tamaño de una muchachita de cinco años y muy *moñona*, que le arrastraba el pelo; y que tiene la cara como un colador. Ahí quedaron las huellas, a la orilla de la quebrada. Fufa llamó gente para que fueran a verlas. Camina con los talones para adelante. La Fufa dicen que es la única persona que la ha visto; pero se enfermó *del tiro* y cogió cama por tres días.

“Pero la Tepesa casi nunca camina. Ella andaba siempre por los aires y se le oye siempre en algún árbol, de preferencia a la orilla de las quebradas y los ríos porque dicen que ella mató al hijo echándolo al río donde la criatura se ahogó. Nadie sabe exactamente cuándo pasó esto. Unos dicen que fue *en tiempo de los indios*, antes de que vinieran los españoles. Otros dicen que fue una india que tuvo un hijo con un español y que para ocultar su vergüenza, ante los de su raza, hizo ese enorme sacrificio. Pero la verdad es que la Tepesa sí existe y todavía sale, aunque ya en los pueblos haya luz eléctrica y automóviles. Ya verá, pues, que en estos días volvió a salir y hubo una alarma grandísima en el pueblo”.

Todos los presentes asintieron. Era verdad que hacía poco tiempo se habían oído unos gemidos y sollozos una noche, todavía temprano, en un patio en lugar céntrico de la población y que la gente los habían identificado con los de la tradicional Tepesa. Era verdad que los gemidos y el llanto parecían venir de lo alto de un frondoso árbol de mamón y que alguien había hecho un disparo *al bulto*; y que después, en otra sección del pueblo, cerca de la quebrada que lo rodea, se oyó de nuevo la Tepesa y luego más lejos y más lejos, hasta perderse en la distancia.

Yo me quedé sonriendo, entre crédulo y burlón, pero guardé silencio. Hablamos de otras cosas y, como era ya tarde, pronto nos despedimos para entregarnos al sueño.

Señiles

—**¿B**ueno, Don Pepe y qué me dice Ud. de Señiles?
¿Será verdad que existe?

—Yo lo oí a Señiles. No es que me lo han contado. Lo oí con estos oídos que se ha de comer la tierra. Estábamos una noche en Puerto de Vela, a la orilla del río, acostados, conversando: Ambrosio Sáez, Toño Cedeño (el práctico de la montaña), Aguirrito y yo. Mi papá y Miguel Mursúa estaban en el rancho. El río pasaba aquí (y señaló con la mano el curso imaginario del río); al otro lado se levantaba una loma; y detrás de la loma se oyó el grito. Se sentó Toño Cedeño y todos nos sentamos.

“—Él grita otra vez —dijo Toño Cedeño—. Siempre da tres *pitío*. Ése es Señiles. Yo estoy cansao de oírlo en las montañas de Guánico. Y por *trej díaj*. No se consigue *na* en la montaña, ni siquiera *palomaj*.

“No había acabado de decir esto Toño cuando oímos otro grito y otro:

“¡Aaapa!. . . ¡Aaaaapa!. . .”, se oía lejos, pero *duro*, un grito agudo. Después ya no se oyó *más nada*. Reinó el silencio de la montaña”.

Don Pepe me contó la historia de Señiles como si él hubiera conocido al hombre misterioso que lleva ese nombre en la leyenda interiorana; interiorana digo, porque habréis de saber que el cuento de Señiles es conocido, con ligeras variantes, por los

campesinos, desde Ocú, Pesé y Las Minas hasta Las Tablas, Macaracas y Tonosí. Y dijo Don Pepe:

—Señiles era un señor de los campos de Macaracas. Él era muy creyente pero no sé por qué motivo, cuando en aquellos tiempos se respetaba tanta la religión, que el Viernes Santo la gente no hacía siquiera de comer, ni nadie se atrevía a bañarse por que se *torcía* este señor se atrevió a salir a cazar. Dicen que fue una tentación de algún espíritu malo. El caso es que llegaron unas *paisanas*, ahí, *cerquitita* del rancho del hombre. Cogió éste su escopeta para tirarlas y se fue persiguiéndolas: ellas brincando de rama en rama, de un *palo* a otro; y él detrás. El hombre no volvió a su casa. Al cabo de dos días la mujer, llorando, le contó a todo el mundo lo sucedido. Lo buscaron por todas partes . . . y hasta hoy; no volvió a aparecer más. Lo dieron por muerto pero no pasó mucho tiempo antes de que los cazadores de puercos de monte se dieran cuenta de que en lo más recóndito de la montaña se oía en ocasiones un hombre que gritaba tres veces y de que cuando esto sucedía, no salían los puercos por tres días a los *comederos* donde los esperaban; y desaparecían también todos los animales del monte: venados, conejos, pavas, *paisanas* y hasta las palomas.

“Una vez un hombre tiró un venado —continuó Don Pepe—, pero no lo mató y lo siguió por el rastro de la sangre hasta que llegó a un *limpio* en medio del monte. Y ¿cuál no sería su sorpresa y el susto que cogió cuando vió un montón de animales *de toda laya* y a un hombre que les curaba las heridas? Y casi se cae muerto de espanto cuando ese hombre, que era Señiles, le dijo: “Ud. que está ahí escondido detrás de esa mata, tenga más cuidado cuando tira un animal para que no lo deje ir herido. Dígaselo a los demás *montiadores* para que no los hagan sufrir inútilmente. Dícales que yo soy Señiles y que Dios me ha ordenado cuidar de sus animalitos”. El cazador, muerto de miedo, *echó* el cuento, y desde entonces todo el mundo se convenció de que el hombre que grita en la montaña, llamando a los animales, y el que desapareció un Viernes Santo persiguiendo unas *paisanas*, son una misma persona”.

—*Ahoras tiempos* llegó a Macaracas —interrumpió Enrique, (un amigo de Don Pepe que había estado escuchando también)—; decía yo, que llegó a Macaracas un alemán, quién sabe huyendo de qué, porque se *rejundió* en la montaña, a orillas del Río Quema, en las faldas del cerro del mismo nombre. Ese alemán era hombre mismo y sabía muchas cosas. Curaba los *picaos* de culebra mejor que nadie; lavaba oro en alguna parte de la montaña que *naide* supo dónde era, ni siquiera los hijos; se atrevía a pelear y era también cazador y muy atrevido, (que no le tenía miedo ni al tigre ni a las culebras que tanto abundan *poráhi*, porque se iba solo con su escopeta y se *perdía* en la montaña por dos o tres días, durmiendo a donde lo *cojiera* la noche). Pues bien, ese alemán contaba que una vez, estando él solito en un lugar *bien metido* en la montaña, bien lejos, y no habiendo encontrado nada qué tirar, echó unas maldiciones y unos *carajos*; y dice que, de pronto, se le apareció un hombre y le dijo: “Si Ud. quiere yo lo llevo a donde hay mucha *cacería*; lo que es aquí no encontrará nada”. El alemán decía que él lo había seguido y que cuando menos *acordó* se le volvió humo y dejó un olor a azufre. Ése era Señiles, aseguraba el alemán, y no es cosa buena”.

Después de este relato, comentó Don Pepe:

—Yo había oído de labios de algunos campesinos, la historia del alemán. Pero algunos creen que ese cuento se lo inventó el alemán para ahuyentar a los cazadores de los lugares en donde él tenía sus lavaderos de oro porque ellos están convencidos de que Señiles no es espíritu malo como quería hacer ver el alemán; y otros piensan que posiblemente la historia sí es verídica y que quizá lo que Señiles quería era alejarlo del lugar en donde él vive.

—¿Y dónde vive Señiles? —me atreví a preguntar. A lo que respondió Don Pepe, *al rompe* y con toda naturalidad:

—Señiles vive en Los Tres Cerros. En busca de esos Tres Cerros iba mi padre, con Santiago Cedeño, cuando enfermó en la montaña de la pulmonía que lo llevó a la tumba.

SERGIO GONZÁLEZ RUIZ

Y sin quererlo, y sin darme muy bien cuenta de lo que decía,
le dije a Don Pepe:

—Algún día iré yo a buscar a Señiles; algún día iré yo a Los
Tres Cerros.

El padre sin cabeza

Hubo un tiempo, ya lejano, en el cual sucedían en la Villa de Los Santos las cosas más extraordinarias. Entre estas cosas raras se cuenta la aparición que hizo en diversas ocasiones “un padre sin cabeza”. Salía por los lados de La Cantera, lugar éste así llamado porque hubo allí alguna vez una cantera en la época colonial. Se sabía cuando iba a aparecer “el padre” porque siempre se oía primero una campanilla que sonaba como algo de ultratumba, con un sonido extraño, raro, como de “cosa del otro mundo”.

Salí, de seguro, los Viernes Santos; y muchos fueron los feligreses que al abandonar la procesión antes de tiempo, antes de “la posa”, se encontraron en su camino, “de manos a boca”, con el “Padre Sin Cabeza”. Desde la salida de la procesión hasta la entrada de ésta en la iglesia se sentía por el lado de La Chorrera el tintineo de la campanilla. Pero el resto del año también se le oía a veces, a la media noche o al medio día; y si alguno se aventuraba a esas horas por las inmediaciones de La Cantera, se encontraba el Padre Sin Cabeza y era seguro que ahí mismo caía privado. Por este motivo era mirada “La Cantera” con temor y aún hoy se pasa por allí con recelo. En aquellos tiempos todos la evitaban pero hubo una mujer que se atrevió a ir un día a buscar al Padre Sin Cabeza, a las doce del día, a las soledades de La Cantera. He aquí el testimonio de Chefa Ñeje,

la mujer de “pelo en pecho” que tuvo tal osadía, pero que, a pesar de su valor, al encontrarse con el Padre Sin Cabeza, cayó ahí mismo desmayada y la encontraron mucho después, sin habla y presa del más grande terror.

Contó Chefa Ñeje que ella iba “al medio día en peso” para la cantera a ver si era cierta la leyenda, cuando de pronto oyó una campanilla detrás de unos matorrales; y que pocos momentos después se le apareció un hombre grande, muy grande, con una sotana negra, muy larga, agitando en la mano derecha una campanilla y en la izquierda una carta que hizo ademán de entregarle; y que cuando ella quiso verle la cara ¿cuál no sería su terror al no ver cara ninguna porque el hombre, que era evidentemente un padre, no tenía cabeza y sólo se le veía el muñón del cuello trunco que sobresalía apenas sobre el cuello de la sotana? Al instante, Chefa Ñeje se había desmayado, había perdido el sentido, y al volver en sí ya no pudo ver nada en donde había estado antes el Padre Sin Cabeza.

En los tiempos modernos le salió el padre un día a “Juan el de Lita”, más o menos en el mismo lugar y a idéntica hora. También oyó él primero la campanilla y vio luego salir de entre unos matorrales al Padre Sin Cabeza que lo llamaba para entregarle algo que parecía una carta. Él entonces, lleno de miedo, salió huyendo y fue “derechito” a la iglesia, en donde estuvo un largo rato arrodillado y rezando.

El origen de la historia del Padre Sin Cabeza se pierde en la noche de los tiempos. En la Villa se cree que es el ánima de un Padre misionero que llegó con los conquistadores y que fue decapitado en el Cerro de Juan Díaz, que queda por allí cerca del lugar llamado La Cantera, y en el cual se dice que vivía en aquella época un cacique poderoso. Y se cree que tal vez el ánima ha estado tratando de comunicarse en vano con seres queridos dejados en España, por medio de una carta que nadie se ha atrevido a tomar de sus manos; o que quizá ha estado tratando por ese medio de hacer conocer su trágica historia.

VEINTISÉIS LEYENDAS PANAMEÑAS

Sea de ello lo que fuere, después de “Juan el de Lita” nadie más ha vuelto a ver en Los Santos al Padre Sin Cabeza pero hay quienes aún hoy dan su existencia como cosa segura.

Setetule

Hay en la Sierra Tacarcuna, al norte y noreste del Darién varias eminencias o picos que llegan algunos a los dos mil metros de altura sobre el nivel del mar y otros pasan de mil o mil quinientos metros de elevación. Entre estas montañas hay una que, vista desde lejos, da la impresión de una mujer con los desnudos senos al aire y, sobre esta semejanza, tejió la imaginación de los indios una bella leyenda.

Las indias chocoes en la juventud se distinguen por sus líneas finas, la esbeltez de sus cuerpos y la belleza de sus senos pequeños y erectos. Y cuenta la leyenda que una tal india como éstas, sólo que la más bella y hermosa de toda la raza chocó, nació en las cercanías de Pinogana; y que cuando fue creciendo y ya alcanzó su desarrollo pleno, fue tan grande su belleza, que su fama se extendió por todas partes y todos los seres humanos y hasta las bestias mismas, al contemplarla, se desleían en uno como “embujamiento” o seducción irresistible.

Era que la niña estaba predestinada y era amada del sol, al cual podía mirar de frente sin que su luz la cegase. Antes bien, cuando esto sucedía, resplandecían sus ojos negros con un fulgor extraño, se nimbaba de luz y resplandores su cabellera, como la de una diosa; y toda ella se llenaba de una extraordinaria fuerza de seducción que fascinaba por igual a hombres y animales que, sumisos le rendían pleitesía. Y eran tan perfectos sus senos que la tribu le dió a ella el nombre de Setetule, que en

lengua indígena quiere decir senos de doncella o senos hermosos.

Consciente de su hermosura sin igual, adorada de todos y cortejada y deseada por los más hermosos y los más fuertes, a ninguno quería y a todos desdeñaba como que se sentía y era en verdad una reina. Ni ricos presentes, ni posición, ni fama; ni oro, ni perlas, nada conmovía a la reynecita que, gradualmente fue tornándose vanidosa y cruel con sus pretendientes. A muchos hizo perder el seso con sus desdenes y aun la vida a algunos, ordenándoles las tareas más duras y peligrosas como, por ejemplo, buscar en las montañas la flor de amor o *ambasarú*, de cuya búsqueda muchos no regresaron jamás.

Pero un día llegó el Mago o Brujo de la tribu rival, la de los cunas, Moly-Suri o Macho de Monte, feo y malo pero sabio y fuerte, a ofrecerle también, a Setetule, amor, fortuna y poderío. La bella apenas sí hizo caso de él; lo trató con el mismo rigor y el mismo desdén que a los demás pretendientes y ésa fue su perdición porque los poderes del mago cuna eran inmensos y cuando ella creía haberlo dominado, el mago permaneció impasible. En vano apeló al truco de mirar al sol pues el mago hizo que esta vez su luz la deslumbrara y, al fin, vencida, fue presa de la venganza del mago cuna que como castigo se la llevó bien lejos, hasta la sierra lejana y la convirtió en un cerro, lleno de ricos metales, el cerro que a distancia se ve en la Sierra Tacarcuna como una mujer acostada con los senos sobresalientes apuntando al cielo. Así por toda la eternidad, yace el cuerpo de Setetule, al aire sus senos turgentes y llenas las entrañas de ricos metales para tentar la codicia de los hombres que, en su afán de riqueza, la torturarán eternamente, sin saberlo, siempre que clavan sus piquetas en los socavones.

Los “ojiaos”

El joven doctor Vásquez acababa de regresar a Las Tablas, graduado de médico en una de las más afamadas universidades de los Estados Unidos y acababa de abrir su consultorio en su pueblo natal. Verdad era que de niño había oído muchas historias, que le parecían ciertas entonces, de enfermedades misteriosas y de medios más misteriosos aún para curarlas. Pero seis años de estudios en el Instituto Nacional y seis años más de rigurosos estudios científicos en la Escuela de Medicina, le habían enseñado a razonar lógicamente y con fundamento en hechos y realidades. La superstición y lo sobrenatural, por lo tanto, no tenían mucho lugar en sus procesos mentales cuando, después de hacer una detallada historia clínica y un prolijo examen de sus pacientes, trataba de llegar a un diagnóstico.

El caso que ahora tenía delante le parecía claro. Era una niña de unos diez años más o menos a quien le había atacado “alferesía”, hacía cosa de dos o tres meses. La niña, decían sus padres, había estado en perfecta salud hasta un día en que, de pronto, sintió “un dormimiento” en “la mano del corazón” (la mano izquierda) y perdió poco después el conocimiento y cayó al suelo con la cara, los ojos y la boca torcidos; con convulsiones de brazos y piernas; respirando trabajosamente. Se había puesto “moradita” y se había mordido la lengua. Había estado inconsciente como un cuarto de hora y, después de volver en sí, había

llorado y tratado de correr. El ataque le había repetido unas dos veces más en el curso de los dos últimos meses y ya la niña sabía cuándo le iba a dar por “el dormimiento” de la mano.

El Dr. Vásquez hizo un examen físico minucioso, sin encontrar ningún signo de lesión orgánica, excepto un ligero aumento de los reflejos patelares. Se trataba sin duda de un caso de epilepsia y había ya comenzado a escribir su receta de luminal, cuando el padre de la niña, que había seguido con interés todos los detalles del examen, le preguntó al joven galeno:

—Bueno, *dotol* ¿y qué cree Ud. que tiene la muchacha?

El Dr. Vásquez dudó un momento, pensando si era o no conveniente decirle a este campesino (porque campesinos eran la niña y sus padres), el diagnóstico de la enfermedad de su hija: pero al fin decidió decírselo.

—Epilepsia es lo que tiene su hijita, señor Pérez.

—Vea, *dotol* —replicó el campesino—. *Usté se ha equivocao*. Usté sabrá mucho pero eso no “*ej*” lo que tiene “*mija*”... Lo que ella tiene es “*ojiá*” y esa “*mardita*” vecina que se ha *mudao pa* la casa de enfrente de nosotros es la que *la ha “ojiao”*; pero la muy *condená* no quiere *jacéle* el remedio.

En vano trató el doctor Vásquez de convencer a aquel hombre de su error. Por más énfasis que puso en la seguridad de su diagnóstico y en los buenos efectos que le haría a la niña la medicina que él le recetaba, el hombre no salía de su idea fija e insistía:

—La muchacha lo que tiene es “*ojiá*” y con solamente que esa *mujel dé loj miao pa bañala* con *elloj* tiene la muchacha *pa* curarse. Caminen —dijo dirigiéndose a la mujer y a la hijita— *noj vamo a buscá* un curandero, que bien sabía yo que *loj dotore* no curan *estaj* cosa.

Diciendo esto, salieron del consultorio del médico, el señor Pérez y su mujer, llevando de la mano a la niña enferma.

•••••

En los pueblos del interior de Panamá las casas son bajas y están pegadas unas a otras en hileras paralelas que constituyen

las calles; éstas son generalmente angostas y por razón del clima, tal vez, las casas están siempre abiertas de día, de tal manera que una persona que pasa por la calle puede ver muchas cosas en el interior de las casas, a veces hasta el patio; y no es extraño que los vecinos se enteren con facilidad de lo que pasa en la casa siguiente. Así sucedió con la discusión que sostuvo el Dr. Vásquez con el señor Pérez sobre la enfermedad de su hija. La señora Josefa, que vivía al lado del Dr. Vásquez, oyó todo y cuando el doctor quedó solo, lo llamó y, con la familiaridad y el desenfado que acostumbra las personas que lo han visto a uno crecer desde la infancia, le dijo:

—Mirá, Ernestito, hay que creer en “ojo”. Yo te voy a *contal* muchas cosas que *vo no sabéi* y que yo he visto, pa que *viái*... Cuando yo estaba embarazada de Ifigenia...

—¿De quién, Ña Pepa? ¿no era de Ño Julián? —interrumpió el doctorcito.

—Dejáte de relajo, muchacho, tú *sabéi* lo que quiero *decil*, que cuando yo tenía a Ifigenia en la barriga, un día me llamó tu *mama* pa que viera la “parvá” de pollito que tenía una gallina que ella había “echao”. ¿Y qué *crei* que pasó? que “*namá*” que tuve que mirá los pollito y cayeron *toítoj* muerto. Eran catorce pollito, “de las cosas lindas”, y estaban todos muy vivitos, escarbando, con la madre; y yo los maté con la vista, sin *querel*...

No te *riai* que lo que te digo es la misma *verdá*. También paré un culebrón en el “patio abajo”. Era una culebra como de *doj metroj* de largo que venía de la *quebrá*. La miré y no se movió *má*... Vine, así pipona como estaba, hasta la casa (y ve la distancia que hay) a *buscal* quien la matara y en *too* ese tiempo no se movió ni un jeme. Ahí *taba* quietecita cuando volvimo y se dejó *matal*, sin moverse.

—Bueno, Pepa, esto sí se lo creo —dijo el doctor riendo maliciosamente.— Una mujer sí puede parar las culebras. Yo he oído muchos cuentos a este respecto.

—No *seai relajao*, Ernestito —protestó doña Pepa— y

poneme cuidao a lo que tengo que decirte. Hablo en serio. Tu tío Manuel casi me mata a Ifigenia y a su misma sobrina Chayo, con el “ojo”. Ese hombre miraba una parra de granadilla y enseguida la secaba. Lo mismo era con *laj mataj* de clavel. *¿Vo no habéi* visto cómo *le* ponen cascarones de huevo a las matas de clavel? Es *pa* eso, *pa* protegerlas del “ojo” porque hay gente de la vista fuerte que las secan con sólo mirarlas. Hizo una pausa como para tomar el hilo de un interrumpido relato y luego continuó:

—Cuando “*mija*” cayó con las calenturas llamamos primero a los médicos, pero nada; ya *taba* la muchacha hinchándose *toa* cuando dijo *mama*: “no hijita, aquí hay que *llamal* es a Ño Luca Bobadilla que es el especial *pa curá* “por ojo”. Vino Ño Luca y desde que *vido* la criatura, dijo que *sí taba* “*ojiá*”. Nos mandó *llevajla* a la primera “cruz de camino que hubiera”, o sea al primer sitio donde un camino se cruzara con otro; y *noj fuimo* con la muchachita al Cocal *onde* se cruza el camino del pueblo con un camino que va *pa Llano Afuera*. Ahí acostamo la niña “bocarriba” y llegó el viejo y empezó a *rezal* y a *santiguajla* con dos cuchillos *puesto* en *cru* y desde *lejo* porque decía que la niña estaba tan débil que no aguantaba la santigua de cerca, porque era muy fuerte la santigua. Poco a poco se le fue acercando el nombre y cuando ya *taba* cerquita de la niña botó los cuchillos y empezó *ahacejle* santiguas chiquitas con la mano, en la cabecita, en el pechito y en la *esparda*... Hijo, y fue santo remedio. Lo mismo pasó con tu prima Chayo. Tuvieron que *llamal* a Luca Bobadilla y entonces dijo él: “¡Ah! Si es que tienen la víbora en la casa” y miró a tu tío Manuel. Y de ahí en adelante Manuel no volvió a *miral laj muchachitaj pa* no “hacéles daño”.

—Hay otra manera de *cural* “los ojiao”, Ernestito —prosiguió doña Pepa.— El “ojiao” se cura, también es cierto, bañándolo con “*miao*” del que lo “ojea” o acostándolos juntos hasta que el enfermo sude la calentura, si tiene fiebre; pero eso es cuando se sabe quién es el que “ojea” a la criatura. Si no se sabe quién *ej*, *entonce* hay que *llamal* al curandero o también cuando no se pue-

den *conseguil* los *orine*; pero tiene que *sel* uno que sepa *cural* “por ojo”, no es cualquier curandero el que sirve.

En el intervalo había llegado una vecina que había alcanzado a oír parte del interesante relato de doña Pepa y para con corroborar la teoría, tan habilmente presentada por ésta e ilustrada con elocuentes ejemplos, contó también algo que ella había visto “con sus propios ojos”, para ayudar así a convencer al joven médico.

—Yo tenía un loro, doctor —dijo la señora— que hablaba y cantaba y tenía que hacer con todo el mundo y todo el mundo tenía que hacer con él. Un día vino un hombre de Tablas Abajo a traerme una carretada de leña. El loro estaba esa tarde contento, como nunca: habla que habla, grita que grita y cantando y *salomando*. El hombre terminó de “echar” su carretada de leña, le pagué los tres pesos y cuando ya se iba a montar en la carreta se quedó mirando al loro y me dijo: “Qué loro más bonito tiene, señora... y tan *sabío*”.

—¿Puede Ud. creer, doctor, que antes de que el hombre doblara la esquina de la calle, con su carreta, ha caído el loro pataleando y botando una agua verde por la boca y por los huequitos de la nariz? Quedó muertecito en un instante, doctor; y me lo mató ese hombre con la vista, le reventó la hiel. Hay que creer en “ojo”, doctor, no le quepa duda.

•••••

Pasaron unas semanas y ya el Doctor Vásquez se había olvidado del caso de la niña de Pérez, cuando un día llegaron al consultorio un grupo de personas con una enferma “en hamaca”, quejándose lastimosamente y sangrando. La sacaron de la hamaca, la colocaron en la mesa de exámenes del médico y cuando lo dejaron solo con ella, el Dr. Vásquez la examinó y pudo constatar que tenía el cuerpo lleno de laceraciones y heridas sangrantes producidas, según confesión de la enferma, por una azotaína que el señor Pérez le había dado con una tahona “de cuero crudo”, en castigo por haberse negado a aceptar que ella había “*ojiao*” a la hija de Pérez y, por consecuencia, a dar sus orines para el baño de rigor.

Hubo, como es de suponerse, alarma general en el barrio. Voluntarios fueron a dar parte a las autoridades. El señor Pérez fue llevado a la Alcaldía, multado y encarcelado.

El Dr. Vásquez, cuyo interés principal era servir a estas pobres gentes, se valió de esta coyuntura favorable para una solución salomónica del problema. Después de curar las heridas de la desdichada mujer, hizo que le trajeran a la esposa de Pérez, madre de la niña “ojiada”, y consiguió, con la primera, que diera los orines que le pedían, por lo que él la ayudaría a que se le hiciera justicia; y con la última que le hiciera una reparación a la mujer herida y se comprometiera a darle a su niña la medicina que él le había recetado, a cambio de conseguirle “los miasos” necesarios para el clásico tratamiento de los “ojiaos”.

La pavita de tierra

—¿Y qué me dice, mano Juan, de la Pavita de Tierra? ¿Qué le ha pasado que ya no sale?

—Sabe que *toavía* se oye, *a vece*, aunque ya aquí en er pueblo no creen en *esaj cosa*. Y también se oyen, de tiempo en tiempo, er chivato y er chivito, *manque* usted no lo crea —respondió mano Juan. Este era un viejo amigo, de La Miel, que había bajado de la montaña para los días santos, y a quien no había visto hacia mucho tiempo. Cuando yo era niño había estado allá en su rancho solitario en la cumbre de una loma que llamaban El Coro, y por las noches, antes de dormir, me «echaba» cuentos de tigres, de brujas, de aparecidos y de espíritus malos.

¿Y cómo es la Pavita de Tierra, mano Juan? seguí interrogando. ¿La ha visto alguno? ¿Qué es lo que hace?

—Vea, joven, yo sé que Ud. no cree ya en *estaj cosaj*; pero vengo a *dicile* que *no hay que creel ni dejal de creel*. —Hizo una pausa. Después prosiguió:— A la Pavita de Tierra no la ha visto *naide* viviente; pero sí se oye *en ocasione*, como le he dicho. En las *noche* largo que sale como de abajo de la tierra y después otro y otro, cada uno más largo que el *anteriol*... Mire, vea cómo se me *espeluca* el cuerpo, *namá* de acordarme de cómo *jace*. Imagínese usted un *sirbido* largo y agudo en medio del silencio de una noche *escura*, que no se ven ni las mano, y que parece que viene de las entrañas mismas de la tierra... Da *mieo*, le digo.

—Bueno, mano Juan, pero ¿por qué no la ha visto nadie? Yo

he oído decir que en otros tiempos bastaba levantar una de las tres piedras del fogón, cuando se oía la pavita, para verla. ¿No es así?

—*Asina* era, *señol*, pero yo *jallo* que usted está *equivocao* en una cosa y es que no era cualquiera *er* que se atrevía a levantá la piedra *der fogón pa vejla*. Eran *raroj* y *contaoj loj* que se atrevían a *jacé* la prueba, porque un *señol* de Bajo Corral que la *vido*, se murió *diunavé* y otro de Colón, que dicen que también la *vido*, se *vorvió* loco y se quedó chiflando *ni* la Pavita de Tierra hasta er día que se murió. ¿La Pavita de Tierra? ¡Jum! Ese es un espíritu malo, le digo; y *anuncea* la muerte también cuando hay enfermo grave. Eso sí lo tengo yo bien visto y *probao*, que cuando hay un cristiano enfermo y se oye la pavita de tierra, es seguro que se pone *más malo* y *más malo*, hasta que se muere. No lo *sarva naide*.

Yo, aunque respetuoso siempre de las creencias de los demás, no pude reprimir una sonrisa burlona al oír estas cosas. El viejo se picó y enseguida reaccionó como suelen hacerlo los viejos campesinos de mi tierra, con agilidad mental y con energía.

—Bueno —dijo mano Juan— yo sé que en *er* pueblo ya no salen ni la pavita, ni *er* chivato, ni *er* berrión, ni la tepesa, pero es que en *er* pueblo, según me han dicho, la gente se ha *vuerto er* mismo demonio y con los demonios no hay espíritu malo que *varga*. Y se rió a carcajadas, mano Juan, cuando vió que yo aceptaba que él tenía razón y de buena gana me reía también de su ocurrencia.

El “zajorí ” de La Llana

Era yo niño cuando oí hablar del “zajorí” de La Llana. De mi pueblo iba mucha gente hasta ese apartado rincón del distrito de Macaracas, más allá de La Pitaliza, en plena montaña, a consultar al “zajorí”. Hacían el viaje a caballo o a lomo de mula y el regreso lo aprovechaban para traer “huesitos”, para tahonas o bastones, y “piedras de amolar”.

¿Quién era ese personaje misterioso que adivinaba tantas cosas y que, como San Antonio, o mejor que San Antonio tal vez, hacía que lo perdido fuera encontrado? Mejor que San Antonio, digo, porque el “zajorí” de La Llana le decía a Ud. dónde se encontraba exactamente lo que quería encontrar y Ud. podía ir derecho al sitio que él le indicaba y era seguro que allí encontraba lo que buscaba; y además de esto, muchas veces le adivinaba lo que Ud. quería encontrar antes de que Ud. le hubiera dicho nada.

Entre la bruma de los años idos, recuerdo que la descripción que hacían del “zajorí” de Llana era más o menos la de un albino. Desde luego, entonces yo no sabía lo que era un albino y por eso quizás encontraba más fantásticas y raras la figura y la personalidad del “zajorí”. He aquí la descripción que más o menos hacían de él los que iban a consultarle:

Era un hombre de talla mediana, muy blanco y rubio, con cejas blancas y largas, labios descoloridos, pestañas blancas y ojos verdes, como ojos de muñeco, que le bailaban en las cuencas y con los que veía nada, o casi nada. Pasaba sentado en una

cama de palo y mientras hablaba con la gente que iba a consultarlo, seguía pelando pepitas secas de café, con las uñas extraordinariamente largas de sus pulgares, que dejaba crecer expreso para ese trabajo. Tenía una voz casi infantil y en su rostro no se reflejaba casi ninguna emoción o cambio de emociones. Había siempre en él una dulce expresión de placidez como en el de la mayoría de los ciegos.

El zahorí de La Llana no cobraba nada por su trabajo. Él recibía lo que quisieran darle y vivía realmente de la contribución voluntaria de los que creían en sus poderes de adivinación. Lo que más le regalaban era “comida”: arroz pilado, maíz desgranado, “en mazorca” o “en capullo”, ñames, yucas, plátanos, otoes, frutas, frijoles, etc. Algunos le llevaban ropa, otros dinero. Él no pedía ni exigía nada. Era sencillo. No alardeaba de sabio. Decía que él contestaba lo que le venía a la mente en el momento que se le hacía la pregunta; y acertaba muchas veces, casi siempre; pero no era un charlatán en el sentido de hacer creer que tenía “socio” o “*apauto*” con el diablo, etc. Sólo sabía, como lo sabía la gente de La Llana y de los campos vecinos y como lo llegaron a saber, poco a poco, las gentes de los pueblos después, *que él había llorado en el vientre de su madre, quien guardó el secreto y se lo informó más tarde, cuando ya él tuvo uso de razón*; y sabía, además, que mucha gente de muchas partes distantes, sin que él lo hubiera buscado o sin que lo hubiera deseado siquiera, venían hasta ese lugar retirado a preguntarle cosas que él no conocía y que no le interesaban; y que él contestaba lo que se le ocurriera en el momento o sea lo que él veía en ese instante con los ojos de la imaginación, lo que después, por algo extraordinario y desconocido, resultaba cierto en la inmensa mayoría de los casos.

Recuerdo, entre las cosas maravillosas que oí decir del “zajorí”, en mi niñez, los casos que enseguida relato y son ilustrativos de los poderes de adivinación, reales o ficticios, del hombre, lo cual, unido a la imaginación de la gente y a la exageración natural en estos casos, hizo tan famoso y tan sonado, entre

los campesinos y aun en los pueblos, el nombre del “zajorí” de La Llana.

Don Justo García y Antonio Velásquez, tableños, habían perdido sus caballos de silla. Los buscaron por todas partes, inútilmente. Finalmente fueron a ver al “zajorí” de La Llana y éste les dijo:

—El caballo del señor Antonino ya es muerto. El del señor Justo está en los llanos de Penonomé. Se lo robó un hombre blanco. Vaya a buscarlo. Por el relincho lo encontrará. Y así fue. En los llanos de Penonomé estaba el caballo de Don Justo, detrás de unos matorrales y por el relincho lo descubrió su dueño, que iba ya pasándose del sitio en donde estaba el caballo. El de Antonino no apareció nunca.

Después, fueron Julio Velásquez, que había perdido algunas reses, y un amigo suyo que había perdido un toro. A Julio le dijo dónde se encontraba su ganado; pero al otro hombre se negó a decirle quién le había robado el toro porque había adivinado las intenciones que el hombre tenía de matar al ladrón. También fue famoso el caso de un señor llamado Futroso que fue a pedirle al zajorí que le dijera dónde había “un entierro”. El “zajorí” le dijo: “en el potrero tal, al pie del palo de jaguatal, hay uno”.

—Ah, pero ese es mío— dijo Futroso.

—Bueno, confórmese con ese— le replicó el zajorí.

Y el caso de la señora de Luis Velásquez, que enterró la plata durante la revolución de los mil días y después no la encontraba porque “se había mudado de sitio” (de acuerdo con la creencia de muchos campesinos la plata enterrada “camina” o “se muda de sitio” cuando está mucho tiempo enterrada). Pues bien, fue a consultar al “zajorí de La Llana y éste le dió las nuevas señas de su entierro” (3 palos formando triángulo en un rincón de llano de la finca X) y así pudo la señora encontrar su dinero enterrado.

“El zajorí” de La Llana murió hace muchos años, pero todavía su fama persiste entre la sencilla gente de nuestros campos

SERGIO GONZÁLEZ RUIZ

(y aun de los pueblos) que creen en la existencia de los seres dotados de poderes extraordinarios de adivinación, uno de los cuales, quizá el más famoso de todos, fue el “zajorí” de La Llana.